

VOLUMEN
27

Arturo **Uslar Pietri**

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

Rafael Arráiz Lucca



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE

Rafael Arráiz Lucca

Nació en Caracas (1959). Escritor. Profesor Titular de la Universidad Metropolitana. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Abogado (Ucab, 1983). Especialista en Gerencia de Comunicaciones Integradas (Unimet, 2002). Magíster en Historia de Venezuela, Summa Cum Laude (Ucab, 2006).

Entre sus poemarios se cuentan: *Balizaje* (1983), *Plexo solar* (2002) y *Obra Poética* (1983-2004). Entre sus libros de ensayos se cuentan: *El avión y la nube* (1991), *Vuelta(s) a la patria* (1997), *El recuerdo de Venecia y otros ensayos* (1999) *El coro de las voces solitarias, una historia de la poesía venezolana* (2002). Es autor de la biografía de Raúl Leoni editada en esta misma colección (2005). Entre sus libros de entrevistas se cuentan: *Grabados* (1989), *Venezuela en terapia intensiva-conversaciones con medio país* (2003). Entre sus libros de cuentos para niños se cuentan: *Historias en la ciudad* (1990) y *El globo encendido* (1994). Sus crónicas de viajes se encuentran recogidas en el volumen: *Sellos en el pasaporte* (1994). Entre las antologías que ha realizado se cuentan: *Antología de la Poesía Venezolana* (1997), *Textos fundamentales de Venezuela* (1999).

Su trabajo ha merecido el Premio de Poesía de Fundarte (1987), el Premio Municipal de Poesía (1993), el Premio Monseñor Pellín al mejor articulista de opinión del año (1999) y el Premio Henrique Otero Vizcarrondo del diario El Nacional al mejor artículo de opinión del año (2001).

Se ha desempeñado en el campo de la gerencia cultural como Jefe de Redacción de la revista Imagen, Sub Director de la Galería de Arte Nacional, Presidente de Monte Ávila Editores Latinoamericana y Director General del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC). Ha sido Investigador en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA); Visiting Fellow en la Universidad de Warwick (1996) y titular de la Cátedra Andrés Bello del Saint Antony's College de la Universidad de Oxford (1999-2000), ambas en Gran Bretaña. Actualmente, en la Universidad Metropolitana, se desempeña como Decano Director del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri. Desde 1997 es columnista semanal del diario El Nacional. Desde el año 2000 es Presidente de la Fundación para la Cultura Urbana y, desde 2005, miembro de la Academia Venezolana de Gastronomía.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Arturo **Uslar Pietri**

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Arturo **Uslar Pietri**

(1906-2001)

Rafael Arráiz Lucca

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Cortesía de Vasco Szinetar (portada)

Tomado del libro Arturo Uslar Pietri. Antología cronológica BBVA

Banco Provincial (p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf7892006920162.13

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-015-0

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

Los primeros años (1906-1916)



El varón que nace el 16 de mayo de 1906 a las dos de la madrugada, según reza su partida de nacimiento, en una típica casa caraqueña entre las esquinas de Romualda y Manduca, número 102, y que responderá al nombre de Arturo Uslar Pietri, es heredero de dos tradiciones familiares enraizadas en Venezuela de manera consustancial. Una de origen alemán, específicamente de Hannover, los von Uslar, y otra de origen corso: los Pietri. Es el hijo mayor del coronel Arturo Uslar Santamaría y de Helena Pietri Paúl. Le siguen dos hermanas (Helena, 1908, y Teresa, 1909), que murieron antes de cumplir dos años, de modo que será prácticamente hijo único durante casi dos décadas, hasta que en 1925 nace Juan Uslar Pietri, su único hermano, que se entregó a los estudios de historia de Venezuela, y a la diplomacia, y falleció en 1998.

La aventura de Johann von Uslar en Venezuela ha sido relatada por menorizadamente por su bisnieto Uslar Pietri en un discurso que pronunció en la Sociedad Bolivariana de Venezuela en 1966, cuando se le rindió homenaje con motivo del centenario de su muerte, acaecida en Valencia el 1 de abril de 1866. De la unión con Dolores Hernández nacerá el abuelo de Uslar Pietri, el también general Federico Uslar Hernández (1825-1909). De la unión de Federico y Teresa nace en Valencia en 1870 Arturo Uslar Santamaría, quien morirá en Caracas, ya

anciano, en 1951. Helena Pietri Paúl es hija del general Juan Pietri Pietri y Carmen Paúl García, y morirá en Caracas en 1959, ocho años después de su esposo.

Las tradiciones familiares en las que entronca Uslar Pietri son militares, como es fácil advertir, pero con él se rompe una línea castrense de varias generaciones. Es posible que la aproximación inicial a la lectura del niño Uslar provenga de la afición por leer que profesaba su madre. Ella colocaba libros en sus manos desde muy pequeño, mientras su padre le refería con fervor los hechos de la historia nacional donde estuvieron involucrados sus antepasados. De modo que la historia del país no era un asunto de nombres extraños y lejanos, sino que había sido sustancia de la historia personal de sus parientes, con mucha frecuencia vinculados directamente con los personajes de la política republicana. De hecho, cuando el niño Arturo es bautizado el 26 de septiembre de 1908, con un poco más de dos años de nacido, los padrinos de bautizo serán Cipriano Castro y Zoila de Castro, entonces pareja presidencial.

Para el momento en que nace Uslar Pietri su padre se desempeña como Prefecto del Departamento Guaicaipuro, uno de los departamentos en que había sido dividido el Departamento Libertador, después de la organización establecida el 18 de noviembre de 1903. El cargo que desempeñaba era modesto, pero para ejercerlo se requería del respaldo de Cipriano Castro, con el que contaba el coronel, que lo había seguido en su gesta, pero esta circunstancia alejó a Uslar Pietri de sus primos Boulton Pietri durante casi toda su infancia, ya que esta familia no era afecta a Castro. Además, entre ambas familias había diferencias económicas considerables. No cabe la menor duda de que el devenir de los Uslar Pietri era modesto: basta recordar que el lugar donde quedaba su casa estaba bastante alejado de las casas del centro, espacio donde vivían sólo las familias afortunadas, como sus parientes Boulton Pietri, que moraban entre las esquinas de Conde y Principal, justo al lado del corazón de la plaza Bolívar.

La suerte del coronel Uslar Santamaría cambió todavía hacia estadios más comprometidos económicamente, cuando Castro es desplazado por Juan Vicente Gómez del poder, ya que perdió en lo inmediato su cargo y se vio en la necesidad de circunscribir sus tareas a la

pequeña finca de café que tenía en las afueras de Caracas, e incluso hasta allá fue a visitarlo la mala fortuna, porque en 1913 fue hecho preso y despojado de su pequeña propiedad, al parecer porque alguien lo relacionó con la conspiración de Román Delgado Chalbaud, y el general Gómez “cortó por lo sano” y lo encarceló. Sin embargo, suponemos que gracias a alguien que intercedió por él, salió de la cárcel y retomó el curso de su libertad y, también, se congració de alguna manera con el gobierno porque en 1916 es nombrado Jefe Civil de Cagua, otro cargo discreto que supo ejercer.

En 1913, en medio de las dificultades económicas y políticas de su padre, Uslar Pietri entra en una escuela atendida por una señorita que enseñaba a leer, tiene siete años, y le ha tocado vivir entre contradicciones y dificultades. Mientras su padre es extrañado del servicio público por castrista, su abuelo, el general Juan Pietri, alcanza cimas en el servicio público que, sin embargo, en lo inmediato no sirvieron para paliar la situación del coronel Uslar, aunque todo indica que la natural discreción de éste hacía imposible que solicitara que su esposa agenciara algún tipo de privilegio ante su padre, es decir, su suegro. El general Pietri muere en 1911, y el nombramiento de Jefe Civil de Cagua por parte del general Gómez ocurre tiempo después.

En 1914, cuando el niño cuenta ocho años, es inscrito en el Colegio Francés, en la esquina de Mijares, que administraban unos sacerdotes franceses y que albergaba a cerca de trescientos alumnos, integrantes de familias con una mediana posición económica en la ciudad. En algo ha debido mejorar la situación de los Uslar Pietri, que hizo posible la inscripción del niño en ese establecimiento. Allí va a compartir aulas con quien será su amigo de toda la vida: Eugenio Mendoza Goiticoa, y allí será preparado para hacer la Primera Comunión el 11 de junio de 1916. Entre los primocomulgantes figura su amigo Armando Zuloaga Blanco, quien encontrará la muerte en la escaramuza de la invasión del *Falke* en Cumaná, varios años después.

En varias oportunidades refirió Uslar Pietri que su familia no era particularmente católica, más allá del cumplimiento de los sacramentos de rigor. Él mismo, en diversas oportunidades de su vida, se declaró agnóstico: respetó la institución de la Iglesia Católica, y su raigambre social y política, pero no era un creyente, tampoco era ateo.

La suerte mejoró para el coronel Uslar Santamaría y la vida de los Uslar Pietri va a cambiar, por más que el cargo al que han destinado al coronel sea poco más que insignificante, en un poblado casi inexistente, prácticamente una humillación que, verdaderamente, el coronel Uslar aceptó con dignidad y entereza. Con todo y la ínfima importancia del cargo concedido, la vida se les hizo menos estrecha. Se mudan a Cagua primero y luego a Maracay. Estamos en 1916, y el niño cuenta con diez años. De estos primeros diez años de vida es sumamente curioso que Uslar Pietri no conservara mayores recuerdos. En todas las entrevistas que se le hicieron a lo largo de su vida, cuando celebró la alegría de la etapa infantil se refería a Maracay, cuando ya era un niño de diez años. Por algún motivo de psicología profunda nuestro biografiado no recordaba con fluidez los años que van de los cinco, cuando suelen fijarse los primeros recuerdos, a los diez; cinco años básicos para la formación del cuerpo psicológico del hombre. No creo que fuesen traumáticos estos años, si bien es cierto que la circunstancia política había colocado a su padre contra las cuerdas, pero tampoco fueron de grandes alegrías. A ello ha debido sumarse el estado de tristeza que en un hogar trae las muertes de dos niñas que le seguían en edad a él, y que han debido entristecer notablemente a sus padres, imantando el ambiente familiar de una comprensible pesadumbre.

Los valles de Aragua: **adolescencia y juventud** (1916-1923)

La primera mudanza de los Uslar Pietri, como dije antes, es a Cagua. Allí el niño será inscrito en una Escuela Unitaria, naturalmente pública, que dirigía el profesor Luis Alejandro Alvarado. El mismo año de 1916 su padre es trasladado a Maracay, y el niño entra en otra escuela pública, la Escuela Federal Graduada “Felipe Guevara Rojas”. Allí cursó los años que le faltaban de la escuela primaria y egresó en 1919, a los trece años. Entonces es inscrito para comenzar el bachillerato en el Colegio Federal de Varones de Maracay.

En la Escuela Guevara Rojas conoce a quien será un entrañable amigo y compañero de aventuras literarias y publicitarias de todas las horas: Carlos Eduardo Frías. El esplendor de su vida adolescente comenzará en compañía de Frías, así como el descubrimiento del campo venezolano, de la naturaleza, de todo el ambiente que será fundamental para su futura cuentística y sus novelas. Aquellos valles de Aragua, que el Uslar adolescente esculcará con alegría, fueron abriéndole las puertas de su vocación literaria.

Nace también por entonces una amistad, nunca desmentida por Uslar, con los hijos del general Gómez, en particular con Florencio, a quien apodaban “El negro” Gómez, aunque también era amigo de Juan Vicente. La frecuencia con la que el joven Uslar veía al general era casi diaria, era “de la casa” de los Gómez. Así me lo refirió en el libro de

conversaciones que sostuvimos; incluso me relató que estaba en casa de los Gómez el día de la muerte del general y refirió los hechos con meridiana claridad. Luego citaré sus palabras.

Aquel adolescente solía sentarse a la mesa del general Gómez con mucha frecuencia, sobre todo cuando Florencio lo invitaba a ir con su padre a la hacienda El Trompillo, en las afueras de Maracay, y pasaban varios días “temperando” en aquellos parajes aragüeños. De aquellos años escolares Uslar conserva el recuerdo agradecido de uno de sus profesores: el bachiller Rodríguez López, que le enseñó a amar la naturaleza. Maracay no pasaba de los cinco mil habitantes, pero en contraste contaba con casas muy grandes, muy bien construidas, no en balde era el lugar escogido por Gómez para vivir, y muy cerca del poder viven “las cortes”, los familiares y amigos. Los Uslar vivieron en distintas casas en la capital de Aragua, una en la calle Atanasio Girardot, otra en la calle Santos Michelena. De estos años en que el trato con Gómez le fue familiar, Uslar obtuvo insumos y recuerdos para su novela sobre el general tachirense: *Oficio de difuntos*.

En 1920 Uslar Pietri contaba con catorce años, y ya el impulso de escribir lo acicateaba. Publica su primer artículo el 28 de agosto en el diario *El Comercio* de Maracay, y se titula “El plátano o banano”, y luego publica un segundo artículo el 30 de septiembre, intitulado “Sapere”. No publica más en lo inmediato, y al año siguiente (1921) es inscrito en el internado de los salesianos en Valencia. Allí estuvo seis meses y regresó a Maracay. Este extraño intervalo es un misterio. Se sabe que su madre no estuvo de acuerdo con el extrañamiento del adolescente a Valencia y abogó por su regreso pero, ¿de quién fue la iniciativa de enviarlo a Valencia interno? ¿del padre, del mismo joven? El propio Uslar, que sepamos, no lo explicó nunca y, más bien, en el recuento de su vida pasó por encima de estos seis meses valencianos.

Regresa a Maracay en 1922, publica unos primeros y olvidables versos en el semanario *Paz y labor* de Maracay, vuelve al colegio en el que estaba y, de pronto, se le manifiesta un paludismo pernicioso hacia finales de 1922. El diagnóstico es de cuidado, de modo que los médicos recomiendan la mudanza hacia zonas benéficas, y la familia se muda a Los Teques, ciudad que gozaba de especial fama por sus condiciones climáticas propicias para la lucha contra este mal. En Los Teques va a

terminar el bachillerato, en el Liceo San José, un internado que gozó de notable prestigio hasta años recientes. Allí compartirá aulas con otro amigo que será su compañero de toda la vida, más allá de las diferencias políticas que se pronunciarán en el futuro, Miguel Otero Silva.

En este año de 1923 publica su primer cuento en la revista *Billiken*: “El silencio del desierto”, y también publica poemas y artículos. Las dedicatorias de estos textos hablan de sus afectos de entonces o de sus escritores admirados. Las ofrendas afectivas van dirigidas a Juan Vicente Gómez Núñez y Armando Zuloaga Blanco, las admirativas a Andrés Mata y Pedro Emilio Coll. Finalmente, se gradúa de bachiller en el Liceo San José de Los Teques el 23 de octubre de 1923, pero como era costumbre jurídica entonces, el título de bachiller lo expedía la Universidad Central de Venezuela, cosa que ocurre en su caso el 16 de enero de 1924, confiriéndosele el título de bachiller en Filosofía, después de haber presentado la tesis titulada “Todo es subjetividad”. El jurado de la tesis emitió el veredicto el 27 de diciembre de 1923, y estaba integrado por Juan de Dios Méndez y Mendoza, J. R. Ayala y, nada más y nada menos, que por José Antonio Ramos Sucre.

La salud del joven Uslar ha mejorado ostensiblemente en Los Teques, de modo que sus padres regresan a su casa de Maracay y a partir de 1924 el muchacho, que va a cumplir dieciocho años, se muda a Caracas. Alquila una pieza en una pensión, como era usual por parte de los jóvenes interioranos que se trasladaban a estudiar a la capital, y se inscribe en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela. De la oferta académica de entonces (Medicina, Ingeniería y Derecho), pues el Derecho le es menos ajena; ya estaba claro que la vocación literaria se imponía en su espíritu, aunque la vocación política todavía no asomaba su largo cuello de jirafa.

El quinquenio **universitario** (1924-1929)

El fervor literario que ha nacido en Maracay encuentra viento para seguir encendido en Caracas. Sabemos que vive en una pensión típica caraqueña, situada entre las esquinas de Jesuitas y Tienda Honda, y no muy lejos tienen lugar las tertulias literarias de la plaza Bolívar. Sobre la calidad de aquel ambiente literario, el juicio de Uslar no es muy favorable. Así se refería a la vida intelectual caraqueña de entonces:

Era en la plaza Bolívar o en las cervecerías a tomar cerveza y a conversar y hablar de literatura con una ignorancia tremenda. No habían revistas, no habían libros. En Caracas había dos librerías apenas, muy malas. Era una cosa terrible.

(Uslar Pietri, 1964:32)

De modo que, si bien el joven Uslar frecuentó estas peñas, lo cierto es que su aventura de lector ha debido sustraerlo un tanto de la experiencia bohemia. Además, la vida universitaria también lo llamaba. En esos años va a compartir aulas con los futuros integrantes de la llamada generación de 1928, aquella de la que el propio Uslar formó parte en su vertiente literaria, más no en la política, por causas que veremos luego.

En segundo año de Derecho el joven Uslar tiene una experiencia que fue aclarándole aún más su vocación profesional. Era requisito hacer una pasantía en algún juzgado, cosa que hace como escribiente del

Tribunal de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal, cuyo juez era Ernesto Solís. Allí conoce la probidad del doctor Solís, pero también observa de cerca el ambiente humano en el que tendría que desarrollarse su vida profesional, en caso de dedicarse al ejercicio profesional del Derecho, y su conclusión no fue auspiciosa. Sin que los estudios de abogacía se le hicieran una carga pesada, difícil de sobrellevar, al menos conoció de cerca su ambiente, y supo que no era el que había soñado para él. Un paso importante, sin duda.

En la universidad tuvo las puertas abiertas de la revista del Centro de Estudiantes de Derecho, y allí publicó algún ensayo meta-jurídico mientras se abría espacio en otras revistas: *Billiken*, *Elite* y *Fantoches*, a la par que calzaba su firma en artículos en *El Universal* y *El Nuevo Diario*. De estos tiempos son también unas crónicas taurinas escritas por Uslar, publicadas con el pseudónimo “Don Critias, el exiguo”, en el semanario *De pitón a pitón*, que se erigen en los únicos textos escritos por el autor sobre temas taurinos. Una rareza.

En esos años está en gestación el movimiento estudiantil que hará eclosión en 1928. Raúl Leoni organiza la Federación de Estudiantes de Venezuela, y Rómulo Betancourt se suma a ella, al llegar de Guatire a estudiar Derecho en Caracas. Jacinto Fombona Pachano culmina su gestión al frente de la FEV y escribe poesía. Fernando Paz Castillo imparte clases en los liceos, escribe poesía y alienta la naciente crítica plástica sobre la obra de los pintores del Círculo de Bellas Artes. Antonio Arráiz publica en 1924 un poemario que entró en la sala como una granada de mano: *Áspero*, toda una revolución poética. De este poemario en su segunda edición, en 1939, Uslar escribirá el prólogo, ya ubicando su importancia histórica y literaria. José Antonio Ramos Sucre está por publicar *La torre de Timón*, y recibe el silencio y la incompreensión de casi todos. Uslar avanza con sus primeros relatos, busca su propia voz, acomete poemas, redacta artículos, y no escapa a las lecturas de sus contemporáneos caraqueños: Leonidas Andreyev, Oswald Spengler, José Ortega y Gasset, entre muy pocos más.

Su nombre va haciéndose conocido entre los lectores y los condiscípulos, sobre todo en el ámbito de la literatura. Los temas políticos no le son ajenos, pero una circunstancia lo inhibe: la situación de su padre, funcionario del régimen gomecista, un hombre que, como vimos,

había conocido la calamidad de caer en desgracia con el poder cuando Gómez comenzaba su mandato, y había sido hecho preso, expulsado de su trabajo, y a quien le habían confiscado una finca en las afueras de Caracas, en Mariches, como vimos antes. De modo que la participación política de Uslar en contra de la dictadura gomecista suponía daños a su familia que el joven no quiso asumir. Además, la amistad con los hijos de Gómez, por más que ya no convivía con ellos en Maracay, seguía en pie, y seguramente constituía un obstáculo más para el ímpetu político del estudiante. El propio Uslar explicó esta situación tantas veces en las entrevistas que concedió a lo largo de su vida, que no es necesario detenerse en este punto. Señalemos, eso sí, que le creó una zanja difícil de sortear durante muchos años con sus compañeros de generación, quienes estuvieron presos o en el exilio mientras Uslar se retraía comprensiblemente en preservación de su padre.

Así como la publicación en revistas y periódicos fue ingente durante los años 1923 y 1924, se produjo un inexplicable hiato durante los años 1925 y 1926, cuando ningún registro hemerográfico se tiene de su actividad literaria. En 1927 la retoma, y continúa en 1928, para amainar en 1929, año en que viaja a París. Si en 1924 apareció uno de los relatos que integraría su primer libro de cuentos, la mayoría fueron publicados entre 1927 y 1928, años en los que el prestigio de cuentista de Uslar iba en ascenso. Ya entonces algunos lectores atentos consideraban que el joven adelantaba una obra singular, entre ellos Pedro Sotillo, Rafael Angarita Arvelo y Fernando Paz Castillo.

Si 1928 fue el año clave de la generación política, que terminó por ubicarse en la historia con el guarismo de ese año, también lo fue para la generación literaria con la aparición, en enero, del único número de la revista *Válvula*, cuyo editorial fue redactado por Uslar:

Somos un puñado de hombres jóvenes con fe, con esperanza y sin caridad. Nos juzgamos llamados al cumplimiento de un tremendo deber, insinuado e impuesto por nosotros mismos, el de renovar y crear. ¡Trabajaremos compréndonos o no! Bien sabido tenemos que se pare con dolor y para ello ofrecemos nuestra carne nueva. No nos hallamos clasificados en escuelas, ni rótulos literarios, ni permitiremos que se nos haga tal, somos de nuestro tiempo y el ritmo del corazón del mundo nos dará la pauta.

(Santaella, 1992:35)

Releer el editorial escrito por el joven narrador constituye todo un ejercicio de asombro, ya que el escritor ecuánime de su vida adulta, guarda poca relación con el fervor juvenil, y hasta agresivo, de esos años en que el joven no había cumplido todavía los veintidós.

Abominamos todos los medios tonos, todas las discreciones, sólo creemos en la eficacia del silencio o del grito. Válvula es la espita de la máquina por donde escapará el gas de las explosiones del arte futuro. Para comenzar: creemos, ya es una fuerza; esperemos, ya es una virtud, y estamos dispuestos a torturar las semillas, a fatigar el tiempo, porque la cosecha es nuestra y tenemos el derecho de exigirla cuando queramos.

(Santaella, 1992:36)

La actitud juvenil del grupo es más que evidente, quizás inspirado en ciertas posiciones artísticas europeas a las que, desde aquí y escasamente, tenían acceso los participantes. Pienso en el arte abstracto, en el futurismo, en el dadaísmo, aunque lo digo con precaución porque si bien es cierto que algunos conocían estos movimientos, siendo Uslar uno de ellos (publicó en *El Universal*, en diciembre de 1927, un ensayo intitulado “La vanguardia, fenómeno cultural”), no habían tenido tiempo para metabolizar estos postulados. Algunos de sus rasgos asomaban en sus textos, pero al mismo tiempo sobrevivían otros costumbristas y hasta criollistas. Hubiese sido imposible que “de buenas a primeras” el discurso literario de estos jóvenes fuese radicalmente vanguardista. Sin embargo, el proyecto de alejarse del costumbrismo y el criollismo es manifiesto. Al menos para Uslar lo era: no sólo lo expresa en el editorial sino en los cuentos que estaba tejiendo.

La revuelta literaria de *Válvula* es seguida por la revuelta política que generó la Semana del Estudiante en febrero de 1928. Fue entonces cuando Uslar se vio en la necesidad de sustraerse y concentrarse exclusivamente en su proyecto literario. No participó en los hechos de febrero, ni en los de abril, ni estuvo preso, ni tuvo que irse al exilio. Se concentró en su obra literaria y se empeñó en publicar un libro de relatos. Lo ayudó su padre, sufragando parte de la edición, y lo ayudó el editor Juan de Guruceaga, cobrando el costo de impresión solamente. Así fue como salió de la imprenta, en septiembre de 1928, el primer libro de Arturo Uslar Pietri: *Barrabás y otros relatos*.

Si consideramos la Venezuela literaria de entonces, evidentemente que el libro constituyó un hito, una separación de las aguas entre la forma de narrar imperante, costumbrista o criollista, y los giros vanguardistas que emanaban de algunos de sus cuentos. No en todos ocurría así, pero en varios sí, y ello ya suponía una puerta abierta hacia otros estadios de indagación narrativa. El vanguardismo de su cuentística inicial no sólo estribaba en la universalidad de los temas, lo que ya era bastante, sino en el lenguaje, en su frescura, en su imantación enigmática.

Algunos críticos de la época recibieron el libro con entusiasmo, otros no. Jesús Semprún lo castigó con una nota firmada con pseudónimo, publicada en *Fantoches*, donde dudaba del vanguardismo del libro. Por su lado, los comentarios entusiastas de Pedro Sotillo y de Rafael Angarita Arvelo le daban la bienvenida al novel escritor, de apenas veintidós años. Más tarde, en un ensayo documentado y lúcido de Domingo Miliani, "Arturo Uslar Pietri, una escritura para el cuento", publicado en un libro colectivo en homenaje a Uslar editado por la Academia Nacional de la Historia en 1984, el estudioso de la obra literaria uslariana, calibraba así el aporte de *Barrabás y otros relatos*:

Por los temas, por la incidencia constante de metáforas vanguardistas, por la utilización de puntos de vista orientados a independizar a los personajes de la omnisciencia tiránica de un narrador autor, aquel libro introdujo en el arte de narrar en Venezuela, procedimientos técnicos y expresivos que no se habían intentado con anterioridad.

(Miliani, 1984:210)

¿Exageraban Angarita Arvelo y Sotillo al recibir la *ópera prima* uslariana como un hito? No. Para comprenderlo es necesario remitirse al contexto en que surge el libro. Las promociones literarias de *Cosmópolis* y *La Alboradá*, una de finales del siglo XIX y la otra de principios del XX, si bien se propusieron avanzar en relación con sus antecesores, siempre bajo el ideal de la modernidad, lo cierto es que en el universo del cuento, hasta la fecha de publicación de *Barrabás y otros relatos*, no se contaba con intentos renovadores. Incluso, en el campo de la novela, los aportes para la fecha son mínimos, por no decir inexistentes. Rómulo Gallegos publica *Doña Bárbara* en 1929, por señalar

un solo ejemplo. De modo que en el contexto nacional no cabe la menor duda de la significación renovadora de algunos relatos del conjunto príncipe del joven Uslar. Así lo reconocen Miliani, Beatriz González Stephan, Nelson Osorio y algunos otros críticos literarios de formación profesional. Curiosamente, visto el conjunto de la obra cuentística del narrador, vamos a encontrar que sus cuentos más célebres no forman parte de este conjunto, sino del que le sucede: *Red* (1936).

Con motivo de los cincuenta años de la publicación de su *ópera prima*, en 1978, nuestro autor escribe un ensayo, "Mi primer libro", en el que rememora aquellos días iniciales e, incluso, describe la fiesta que sucedió al advenimiento del título, rociada más con cerveza que con whisky, en medio de la algarabía de los amigos, en la propia imprenta de Guruceaga (Tipografía Vargas), espacio que en la Caracas de entonces fue centro de reunión, ateneo, ágora, alentado por la bonhomía del editor. Así terminó el año de 1928, y en el que recién comenzaba, el joven Uslar pasaría a otra condición. Obtendría el título de doctor en Ciencias Políticas, una vez concluida la escolaridad, y presentada la tesis sobre *El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen*. El acto de graduación tuvo lugar el 22 de julio de 1929 y, de inmediato, el graduado se embarca con rumbo a Europa. Ha sido designado por el gobierno del general Gómez como Agregado Civil de la Legación de Venezuela en Francia y representante *ad honorem* ante la Sociedad de las Naciones, en Ginebra. Sobre los intrínquilis de su nombramiento nada se sabe, pero es evidente que los vínculos entre Uslar y los hijos de Gómez han debido contribuir con la designación. Por lo demás, no se trataba de un cargo de importancia o de un cargo para el que el abogado y novel escritor no estuviese preparado. No era un absoluto desconocido para el que el general Gómez hubiese reservado un cargo de naturaleza familiar.

La visión del mundo de aquel muchacho provinciano, que había crecido entre Caracas y los valles de Aragua, cambiaría para siempre. La ciudad de París, entre las dos guerras, era un hervidero de ideas y posturas artísticas. No exagero si afirmo que Uslar, sin la experiencia parisina de su juventud, habría sido otra persona.

París era **una fiesta** (1929-1934)

El motivo del viaje de Uslar Pietri a París no requiere mayor dilucidación. Buscó la oportunidad, y se le presentó, de vivir en la capital de Francia que, además, era el centro de la vida artística e intelectual del mundo occidental. Para un joven escritor, soltero, no había mejor destino que aquel para continuar con su tarea de escritura, con sus lecturas, y con el universo de tertulias al que se integraría: esa vía alterna de formación intelectual, en diálogo con sus pares.

La vida parisina le ofreció, por lo menos, cuatro espacios de realización. El cargo con el que llega a París lo pone en contacto de inmediato con el Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Francia: César Zumeta, un reconocido escritor de formación positivista, quien para entonces contaba con una larga experiencia diplomática en Europa, y que le propone desempeñarse como su secretario, tarea que Uslar adelanta durante los dos años siguientes en que Zumeta estuvo al frente de la Legación. Zumeta dictaba, y el joven copiaba, pero la operación iba precedida y sucedida por dilatadas conversaciones en las que el Ministro Plenipotenciario transmitía al joven sus impresiones venezolanas, sus lecturas de la realidad europea, de modo que la digna labor del secretario se hacía acompañar con la del diálogo pedagógico, en las oficinas de la delegación venezolana en la *rue Beethoven*. Zumeta abandona el cargo en 1931, y lo sucede un viejo amigo de los Uslar Pietri:

Laureano Vallenilla Lanz, aquel señor que le regaló al niño Arturo su primera bicicleta, en una tarde de visita en la casa paterna de Maracay. La relación con Vallenilla Lanz ya no fue la del Ministro-secretario, sino la del funcionario y su jefe de misión. Después de dos años, las tareas propiamente diplomáticas ya eran desempeñadas por el joven con destreza y pertinencia. Cuando Uslar regrese a Caracas en 1934, Vallenilla seguirá al frente de sus labores diplomáticas en Francia.

Dentro del mismo ámbito de la diplomacia, Uslar se trasladaba todos los otoños a Ginebra, e integraba la delegación venezolana que asistía a las reuniones de la Sociedad de las Naciones. Compartió entonces tanto con Zumeta como con Diógenes Escalante, pero también con un hombre más joven que ambos: Caracciolo Parra Pérez. Alguna vez declaró que la experiencia de las reuniones ginebrinas había sido, desde el punto de vista de la experiencia diplomática y de formación política, la más interesante de su primera estadía europea. También, en 1932, es nombrado Delegado por Venezuela ante la XVI Conferencia Internacional del Trabajo, lo que le dio otra visión de los temas laborales, siempre vinculados con la economía, que fue tema que se le presentó en París y ya no lo abandonó nunca.

De la experiencia ginebrina le quedaba el saldo de haber visto disertar a hombres de talla mundial en la escena política de entonces: Aristide Briand, Gustav Stresemann, Arthur Henderson, Julius Cutius, Dino Grandi, entre otros, así como la oportunidad de asistir a una suerte de observatorio de la realidad política europea antes de la consolidación del nazismo. Aquel laboratorio de políticas públicas fue enormemente formativo para Uslar quien, obviamente, le “sacaba el jugo” a aquellas reuniones en su sentido intelectual, de comprensión del mundo de entonces y, sobre todo, de conocimiento de las redes internacionales que se venían creando en la *Real Politik* de la Europa de entreguerras.

Por otra parte, el espacio diplomático le deparaba una existencia decorosa, sin lujos, pero sin grandes apremios económicos, lo que lo diferenciaba de sus pares en cuanto a la búsqueda incesante de recursos para sobrevivir por medio de la escritura. Quizás por ello, durante estos años en París, las colaboraciones en diarios y revistas venezolanas no hayan sido abundantes, sino tomadas por un *tempo* más determinado por sus propios intereses intelectuales, que por la necesidad.

Un segundo espacio de realización que le brindó la experiencia europea fue el de los viajes. Recordemos que para el momento en que zarpa el buque de La Guaira, el joven de 23 años jamás había salido de Venezuela. A principios de 1930 viaja a Italia, regresa a ese país en agosto. En compañía de su primo-hermano, Alfredo Boulton, visita Venecia. A principios de 1931 viaja a Marruecos. Visita Tánger, Rabat, Fez, Meknés, Moulay Idris, Marrakesh y Casablanca. En febrero hace una visita rápida a España (Madrid y Toledo) en busca de editor para *Las lanzas coloradas*, en julio se desplaza a Bélgica (Bruselas, Brujas y Gent), en octubre regresa a Roma, y luego visita Londres por primera vez. En 1932 viaja con Miguel Ángel Asturias a Egipto. Visitan Alejandría, El Cairo, Luxor, Karnak, y luego se movilizan hacia Jerusalén, Damasco y Beirut. Como puede comprobarse, los itinerarios no son baladíes, sobre todo por las incursiones en el norte de África y el Medio Oriente, además de la vida en Europa, evidentemente.

No obstante lo visitado, y las notas tomadas para futuras escrituras, no será de inmediato que Uslar comience a publicar sus crónicas de viajes, piezas que en el conjunto de su obra serán de significativa importancia. Publica apenas dos crónicas sobre sitios visitados una vez que regresa a Venezuela en 1934 (Toledo y Brujas). Será después cuando vaya formalizando un conjunto de importancia, por más que la redacción de los textos haya tenido lugar durante esos años. La veta de cronista de viajes o de observador que ensaya a partir de la experiencia viajera, se inicia en esta primera estadía parisina.

Un tercer espacio de singular importancia es el de un sucedáneo de la educación formal: la frecuentación de las tertulias literarias parisinas. Se repara poco en lo sustancial de este tipo de educación en diálogo con los pares, pero es fundamental. De aquellos primeros encuentros surge la amistad de tres jóvenes hispanoamericanos en similares condiciones y con sueños análogos: el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el cubano Alejo Carpentier, y el venezolano Arturo Uslar Pietri. Sobre esta amistad se ha detenido la crítica especializada con particular atención. El primero de los tres en llegar a París fue Asturias, quien se instala en la capital de Francia en 1924, mientras Carpentier llega en 1928 y Uslar, como vimos, en 1929. De modo que el baquiano en el laberinto de la intelectualidad parisina será Asturias, que adelantaba

a los otros dos en cuatro y cinco años de experiencia. Conocía el mapa con pertinencia. Sabía que en *La Coupole* se reunían unos, mientras en *La Consigne*, el *Dôme* o en *La Rotonde* otros, en tanto que entre los tres fue creciendo una comunidad de intereses vinculada con la realidad de sus países de origen, motivo central de sus desvelos y sus proyectos futuros. Los tres estaban allí con la conciencia del regreso, pues no buscaban hacerse franceses o quedarse para siempre en Europa. Con el paso del tiempo, las posiciones coincidentes fueron las de Asturias y Uslar, mientras Carpentier fue tomando el camino del socialismo. Sin duda, la literatura los llamaba como un imán portentoso, pero la política también.

Uslar se integró a la tertulia de Ramón Gómez de la Serna en *La Consigne*. Allí compartió con Jean Cassou, Máximo Bontempelli, Joan Miró, Pitigrilli (pseudónimo de Dino Segré) Jacques Maritain y Adolphe de Falgairolle, pero será a través de Max Daireux que su amistad con Cassou nazca y se robustezca, al punto que Cassou será el traductor al francés de *Las lanzas coloradas*. Conoció también a Curzio Malaparte, André Breton, Salvador Dalí, Luis Buñuel, Max Jiménez, Luis Cardoza y Aragon y a Rafael Alberti, con quien entabló amistad y la sostuvo durante muchos años. Alguna vez coincidió con Paul Valéry, pero de los poetas franceses con quien tuvo mayor vínculo fue con Robert Desnos, ya para entonces muy cercano a Alejo Carpentier. Vicente Huidobro y Alfonso Reyes también integraron el grupo de sus amigos parisinos, así como los venezolanos allá residentes: Teresa de la Parra y Francisco Narváez, quien a lo largo de toda su vida fue una presencia afectiva sustancial para Uslar. De hecho, buena parte de la frecuentación de los museos franceses la adelanta en compañía del escultor. Las artes visuales no le fueron ajenas, y algunas veces incurrió en comentarios sobre pintura, sin que en ello pretendiera reclamar para sí la autoridad de un crítico de arte. Muchas veces, también, fueron las artes visuales ámbito de relación entre unos universos y otros, en aquellos recorridos ensayísticos o televisivos que Uslar haría con singular elocuencia y maestría. El gusto por esta manifestación artística fue alimentándose y modelándose en París. En 1987 la Fundación Mendoza publicó su libro *Giotto y compañía* en el que se recogen sus comentarios sobre artes visuales. La obra fue prologada por

Alfredo Boulton, quien junto a Narváez sirvió de compañero privilegiado en la incursión plástica uslariana.

A la par de esta suerte de educación no-formal que el joven escritor va recibiendo, una constelación de lecturas lo ocupa. No creo exagerar si afirmo que estos años fueron los únicos en que sus lecturas estuvieron determinadas por el imán de los autores escogidos, y no por un proyecto intelectual que requería de la lectura de determinados textos. El propio Uslar fue dando la lista a lo largo de las entrevistas que concedió, y en cartas dirigidas a Josefina Vallenilla Lanz enviadas entre septiembre y diciembre de 1929: Valery, Breton, Rimbaud, Rabelais, Villon, Gide, Eluard, Michaux, Céline, Giono, Malraux, entre los franceses, y James Joyce, entre los británicos, así como leyó a Keyserling, a Massis, y a un judío que valoró especialmente: Spire. Como es obvio, la cultura francesa fue haciéndose suya, y será evidente ese dominio a lo largo de su vida intelectual futura. La adquisición de una segunda lengua representó la posibilidad de sumergirse en ella. Su formación de lector en Venezuela estuvo circunscrita a autores de habla hispana o a traducciones de textos de otras lenguas al español. Quizás no se haya reparado suficiente en que la formación lectora del joven Uslar sea de raigambre francesa y española, aunque la historia de Venezuela fue un polo de atracción de tal magnitud en su psique, que no cabe duda que se adentró en la literatura venezolana que, con mucha frecuencia, sustituía a la falta de una historiografía profesional.

El cuarto y último espacio uslariano en París es el de la creación literaria. Sabemos que para finales de 1929 el proyecto de escribir una novela toma cuerpo en su cartera de sueños. Sabemos que ha escrito algunos relatos, y todo ello lo refiere a Josefina Vallenilla Lanz en carta fechada en enero de 1930. Allí llama a su novela en proyecto con su título definitivo: *Las lanzas coloradas*. Casi un año después, en diciembre de 1930, vuelve a escribirle a su amiga, diciéndole:

La novela me va a volver loco. Es un trabajo aplastante. Te escribo en una mesa inundada de papeles mecanografiados desde donde me gritan sus mil voces mis personajes. Te juro que a fuerza de quererlos atrapar se me escapan. Además se me ha atravesado un asunto de la Sociedad de las Naciones que me ha obligado a relegar la literatura por

varios días. Creo que no me será posible irme a España hasta pasado el 14. El día que “Las lanzas coloradas” estén impresas sentiré un verdadero alivio. Puedes creerme que se me ha hecho insoportable.

Por otra parte, es cierto que a la par de trabajar en la investigación para la novela, nuestro autor soñaba con hacer una película sobre Bolívar, algo que de hecho se lo propone a su amigo caraqueño Rafael Rivero Oramas en carta del 24 de junio de 1930:

Yo no sé si tú continúas haciendo cinematógrafo, pero creo que sí porque lo tomaste con mucho entusiasmo. Es el caso que se me ha ocurrido que podrías hacer algo cinematográfico bastante bien para el Centenario del Libertador. No una película con escenarios y argumento, como no la podrías hacer por falta de recursos, y que por otra parte no tendría objeto porque lo que hay que lograr no es un episodio de Bolívar visto en la pantalla, sino al contrario una interpretación cinematográfica del Libertador. Interpretación cinematográfica es decir visión fotogénica, es decir: torsos y árboles, potros encabritados, y una vaga nébula de mundo construyéndose. O para hablar en un término en que se me comprenda mejor: un *poema fotográfico* al Libertador.

La carta fue escrita cuando la novela no había sido terminada, según consta en la misiva de diciembre de 1930 a Josefina Vallenilla. Quizá por ello el propio Uslar dio pie a que se hiciera ambiguo el motivo que originó la novela, ya que él mismo, en entrevista sostenida conmigo meses antes de morir, afirmó:

Yo siempre he sido muy venezolano, y me preocupaba la llegada de 1930, que era el año del Centenario de la muerte de Bolívar, y me preocupaba qué íbamos a hacer los jóvenes venezolanos con ese centenario. Entonces le escribí a Rafael Rivero, que se ocupaba de cine, a ver si hacíamos una película. En aquellos días yo había visto una película que me había impresionado mucho, de un autor ruso, que se llamaba *Tempestad en Asia*, y entonces pensé que podríamos hacer algo parecido, una película sin protagonistas, como una rememoración o como el descubrimiento de nuestra civilización. Pero aquellos sueños no terminaron en nada y, bueno, el guión que era *Las lanzas coloradas* se convirtió en una novela.

(Arráiz Lucca, 2001:12)

Todo indica que Uslar trabajaba en una investigación histórica que conducía a la escritura de un texto de creación, o novelístico o cinematográfico, y que el género terminó de definirse ante la respuesta de Rivero Oramas, que no sabemos si fue explícita o si fue suficiente con su silencio. En todo caso, el sueño cinematográfico culminó, y el proyecto novelístico tomó forma por completo. Por otra parte, las cartas a Josefina Vallenilla aclaran la fecha de escritura de la novela: no la terminó en la primavera parisina de 1930, como muchas veces se ha dicho, ya que en diciembre del mismo año le dice a su amiga que la novela “lo está volviendo loco”, con lo que la fecha de culminación ha debido ser en enero de 1931, y el período de gestación mucho más largo que tres meses primaverales. La escribió a lo largo de 1930, y pensaba en ella desde que llegó a París en 1929. Así lo certifican las cartas a Vallenilla que hemos mencionado.

En enero de 1931, con la novela recién revisada y corregida, viaja a Madrid en busca de editor. El mismo Uslar nos da la clave de sus peripicias de autor desconocido en España en un ensayo que recoge en su último libro publicado: *Del cerro de plata a los caminos extraviados* (1994). El texto se titula “Mi más remoto Madrid”, y en él hace referencia a Pepín Díaz Fernández, “que ya había prestado auxilio, en trance parecido, a Asturias.” De modo que quien le presenta a los editores del sello Zeus es él, y serán ellos los que firmen contrato con Uslar y le den un adelanto de derechos de autor, como él mismo refiere en el texto. Pepín Díaz Fernández trabajaba en la redacción de *Crisol*, y para abrirle las puertas del Madrid literario lo citó en un café a las dos de la madrugada, cosa que para Uslar era inverosímil en París.

La novela *Las lanzas coloradas* sale de la imprenta en Madrid en abril de 1931 e, inmediatamente, recibió el favor de la crítica. Un jurado la seleccionó como “El Libro del Mes”, el mismo mes de su publicación. Ejemplares de la obra viajan hacia América y su autor espera ansioso los primeros comentarios. La revista *Zigzag*, en Santiago de Chile publica la novela íntegra en noviembre en uno de sus números, y luego la edita como libro en 1940. En 1932 se publica la traducción al alemán de G.H Neuendorff, y en 1933 la traducción al francés de Jean Cassou. Se traduce al inglés muchos años después, en 1963, y luego al checo, también en 1963, al italiano en 1972, al rumano en 1974, al

portugués en 1977, y al serbio en 1986. Por primera vez se publica en Venezuela en 1946 en la Biblioteca Popular Venezolana del Ministerio de Educación. Este hecho no deja de ser curioso, ya que Uslar entre 1934 y 1945 estuvo cercano a las fuentes del poder o fue él mismo fuente de poder y, sin embargo, no se hizo publicar el libro en su país. Ocurrió, curiosamente, en 1946, cuando el gobierno de turno había desalojado por las armas a aquel del cual él había formado parte sustancial. Ya después de aquella primera edición venezolana, las ediciones nacionales de la novela han sido muchas, así como las españolas o de editoriales hispanoamericanas.

No cabe la menor duda acerca de la favorable recepción de la novela: así lo certifican las traducciones que de inmediato se ponen en marcha. Sin embargo, al no más salir el libro, una cierta ansiedad dominó al joven escritor. Tenía 25 años y se había entregado en “cuerpo y alma” a la escritura de la obra y, comprensiblemente, esperaba una reacción de la crítica de su país, cualquiera que fuese. Ello consta en carta que le dirige a Alfredo Boulton el 4 de junio de 1931, donde afirma:

Yo no creía que alrededor de “Las lanzas coloradas” se hiciese la conspiración de silencio. Todavía no lo creo. Aun cuando han tenido tres semanas para comentar y sólo han hecho alusiones de mera cortesía llenas de adjetivación banal. Todavía espero, espero en Pedro Sotillo, en Paz-Castillo, en Leo.

Si la novela salió en Madrid en abril, y fue enviada de inmediato a Caracas, pues no tenía más de tres semanas en manos de los lectores, lo que el joven autor considera suficiente tiempo para pronunciarse, y por ello espera. Pero lo más importante de la carta no es su reclamo sino lo que Uslar considera haber alcanzado con su obra. Entonces dice:

Cuando en un libro, con el tono certero y conmovido con que está hecho en el mío, se ha desnudado el alma toda de un pueblo, los hombres que se creen antenas de esa alma no pueden guardar silencio. De Venezuela, si es que vive, ha de llegarme la respuesta de lo que a Venezuela he dicho.

“Las lanzas coloradas” son un grito de amor doloroso. Amor total y vehemente por aquella tierra de que está hecho mi cuerpo, por aquel mundo que puebla mi espíritu, por aquellas cuitas que desgarran mi corazón. Que yo sepa no se ha hecho en Venezuela

nada semejante, ni en la trascendencia de la evocación, ni en la sinceridad del sentimiento, ni en el dolor sin retórica de la descripción de las almas.

Obra de comprensión infinita. Porque amo he comprendido. Porque ansiosamente adoro y sufro he podido ver y decir toda la divina simplicidad. Porque estoy transido de angustia he podido hacer mío todo aquel mundo. Mío para siempre. “Las lanzas coloradas” son mi título de propiedad.

Como el lector puede apreciar, el tono de la carta es extraño para el arquetipo de ecuanimidad que fue formándose alrededor de la personalidad adulta de Uslar. Recordemos que un joven de 25 años escribe, y que ese joven no ha sido inmune a los efluvios del romanticismo, y puede verse a sí mismo como una suerte de héroe literario, que desempeña una labor titánica. Por otra parte, no son pocas las tareas que el joven autor ha desempeñado exitosamente. Es cierto que en Venezuela para ese momento nadie ha escrito una novela como la suya, con el tratamiento que le da a ese universo temático, de modo que el aire de satisfacción que inunda la carta es justificado con base en la realidad, y el reclamo en cierto sentido también, aunque era muy temprano para formularlo, cosa que queda demostrada después en su país, cuando la novela, pocos años después, comienza a ser considerada como un clásico de la literatura nacional.

Con *Las lanzas coloradas* nuestro autor inicia el camino de la llamada “novela histórica”, faceta que desarrolla a lo largo de siete novelas donde aborda asuntos, episodios, etapas o personajes de la historia nacional, salvo en su última novela, *La visita en el tiempo* (1990), en la cual trabaja la figura histórica española de Juan de Austria. A *Las lanzas coloradas* (1931) la sucede la novela sobre la peripecia del Tirano Aguirre: *El camino de El Dorado* (1947), y luego dos novelas de una trilogía proyectada que no concluyó: *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de máscaras* (1964). Después de una pausa, publica *Oficio de difuntos* (1976), donde aborda la figura histórica del general Gómez, y luego trabaja a Simón Rodríguez en *La isla de Robinson* (1981). Sus aportes en este campo que la crítica ha denominado como tal, son sustanciosos. Incluso Uslar reflexionó sobre este aspecto en un ensayo recogido en uno de sus mejores libros de ensayos: *Fantasmas de dos mundos* (1979), y lo hizo enfrentándose al calificativo de “históricas”

para sus novelas. Concluye afirmando que toda novela en la medida en que trabaja un tiempo y un espacio, y busca hacerlo presente, es histórica. En el fondo, Uslar buscaba zafarse del encasillamiento al que la crítica quería confinar su obra novelística, y por ello reacciona poniendo en duda el concepto de novela histórica. Luego, a finales del año 2000, en conversación conmigo, se replantea el asunto desde una perspectiva de una humildad estremecedora:

En general, las novelas mías no son novelas. En realidad, son reconstrucciones históricas, así es El camino de El Dorado y Las lanzas coloradas.

(Arráiz Lucca, 2001:46)

No es cierto que sus novelas no sean novelas, como Uslar afirma, lo que ocurre es que son ficciones basadas en algunos hechos o personajes históricos. Uslar no estaba tejiendo un texto historiográfico, sino literario, basado en fuentes de la historia nacional o española, en el caso que ya citamos.

En cuanto a la obra como tal, releída a la luz de nuestros tiempos, sigue siendo una novela sorprendente. La habilidad plástica del autor para crear ambientes y ponerlos en movimiento sigue siendo de un valor notable. Lo mismo ocurre con algo que ya asomaba en sus primeros cuentos y que el autor mantuvo a lo largo de toda su obra narrativa: la escritura poética, con vuelos muy altos en su poder lírico, con construcciones verbales de gran lujo y belleza, fundadas en la exactitud. Y, ciertamente, aquello que el joven autor se propuso: tocar el alma de la venezolanidad en su trance independentista, está allí, se logra, se vive. La influencia de la estructura narrativa cinematográfica se asoma, al igual que un lenguaje plástico cercano a las artes visuales. No en balde el joven Uslar entró en contacto apasionado con el arte de las salas oscuras, así como frecuentó los museos de París. *Las lanzas coloradas* es la respuesta a una pasión nacional, pero se comprende mejor si se recuerda que fue escrita en París en 1930, cuando las vanguardias artísticas bullían, y la modernidad atravesaba una zona de esperanza, por más que ya Hitler afilaba sus colmillos. Es una novela profundamente venezolana, pero escrita por un venezolano que está en el corazón de los movimientos artísticos, y que la escribe “a punto

de volverse loco”, navegando entre papeles, con una fe en sus capacidades, que luego la vida le demostró que no era una fe baldía.

Con este cuarto espacio de realización personal, el de la creación literaria, se cierra su vida parisina. Una mañana de enero de 1934 llegó el oficio del gobierno venezolano señalando que la misión de Uslar Pietri en Francia había concluido y que debía regresar a Caracas. Se embarca en el buque *Colombie*, ya mejor dotado que el que lo llevó a Le Havre, cuatro años y medio antes, y llega al puerto de La Guaira el 6 de febrero de 1934. Su vida había cambiado para siempre. La experiencia europea, los viajes, la vida intelectual parisina, las lecturas, la adquisición de una lengua y la confirmación de sus dotes literarias, son algunos de los elementos que hacen del joven que zarpó en 1929 uno muy distinto al que regresa a comienzos de 1934. Sin embargo, si el proyecto de su vida es evidentemente literario, ya veremos cómo la realidad dispone otra cosa. El poder político tocará a su puerta.

Vuelta a **la patria** (1934-1939)

Aunque el contraste entre la vida parisina y la venezolana ha debido sacudir a Uslar en los primeros meses de su regreso, la verdad es que su inmersión en el mundo nacional fue consistente y persistente. Es nombrado presidente de la Corte Suprema de Justicia del estado Aragua, por ello se muda a Maracay a casa de sus padres, pero está al frente de esta responsabilidad durante menos de un año. En enero de 1935 renuncia. Él sabía que aquel trabajo sería transitorio y que las labores judiciales no constituían su vocación. Transcurre el año con viajes frecuentes a Caracas y reestablece el vínculo con muchos de sus amigos.

Todo indica que una vez que Uslar renuncia a su cargo judicial en Aragua, sobrevive económicamente con sus ahorros, y vive en casa de sus padres en Maracay por unos pocos meses, antes de mudarse definitivamente a Caracas. El 14 de enero de 1935 recibe una nueva confirmación de sus habilidades literarias: gana el concurso de cuentos convocado por la revista *Élite* con el relato “La lluvia”, uno de los cuentos más celebrados en el conjunto de su obra, futuro integrante del manojito de textos narrativos que prepara para su publicación. El jurado que falló el premio estaba integrado por Rafael Angarita Arvelo, Fernando Paz Castillo y Carlos Eduardo Frías, y quedaron como finalistas relatos de Ramón Díaz Sánchez y de Arturo Croce.

En marzo del año que corre sale a la luz pública el primer número de una nueva aventura literaria: la revista *El ingenioso Hidalgo*, órgano que fundan Pedro Sotillo, Julián Padrón, Bruno Plá (pseudónimo de Alfredo Boulton) y Arturo Uslar Pietri. La revista, dedicada a temas artísticos y culturales, sale en tres oportunidades, y luego naufraga en el mar de las dificultades económicas. En los tres números pueden leerse trabajos de Uslar.

El 17 de diciembre de ese año tendrá lugar la muerte de Juan Vicente Gómez, acontecimiento que el amigo de la familia contempla de cerca. Su cercanía con los hijos de Gómez hacía natural su presencia en aquellos momentos finales del padre:

Estaba allí cuando él murió, en el alto de la casa, como a un cuarto para las doce. Al minuto bajó Santos Matute Gómez y llamó al general López Contreras y le dijo: "Acaba de morir el Benemérito General Juan Vicente Gómez". Trasladaron el cadáver para Maracay en la madrugada, en un furgón, por la carretera de Las Delicias.

(Arráiz Lucca, 2001:14)

A los diez días de la muerte de Gómez comienza la vida de articulista de Uslar. Publica, sin firma, el editorial de *El Universal* del 27 de diciembre de 1935. El texto se titula "Conocimiento de nuestra realidad", y en él llama a la paz y la unidad del pueblo venezolano para la construcción de un futuro promisorio. En enero se integra a la redacción del diario recién creado, *Ahora*, y redacta la mitad de sus editoriales entre ese mes y julio de 1936. Los textos no llevan su firma. Entre ellos figura el editorial más célebre de la historia del periodismo nacional. Me refiero al del 14 de julio de 1936, en el cual se postula lo que se consolidó como una consigna venezolana: "Sembrar el petróleo".

La única política económica sabia y salvadora que debemos practicar, es la de transformar la renta minera en crédito agrícola, estimular la agricultura científica y moderna, importar sementales y pastos, repoblar los bosques, construir todas las represas y canalizaciones necesarias para regularizar la irrigación y el defectuoso régimen de las aguas, mecanizar e industrializar el campo, crear cooperativas para ciertos cultivos y pequeños propietarios para otros.

Esa sería la verdadera acción de construcción nacional, el verdadero aprovechamiento de la riqueza patria y tal debe ser el empeño de todos los venezolanos conscientes.

Si hubiéramos de proponer una divisa para nuestra política económica lanzaríamos la siguiente, que nos parece resumir dramáticamente esa necesidad de invertir la riqueza producida por el sistema destructivo de la mina, en crear riqueza agrícola reproductiva y progresiva: sembrar el petróleo.

En el contexto nacional, como es sabido, en el forcejeo por el poder entre los herederos de Gómez y el general Eleazar López Contreras, para el momento de la muerte del dictador, el Ministro de Guerra y Marina contó con el apoyo de prácticamente la única institución del país: el Ejército Nacional, el mismo que el propio general López Contreras había contribuido decididamente a profesionalizar a partir de 1911. Para el momento del célebre editorial ya habían tenido lugar dos hechos fundamentales: la revuelta del 14 de febrero y la presentación, por parte del gobierno, del primer plan que gobierno alguno hasta entonces le presentara al país, el llamado “Programa de Febrero”. Era evidente que un clima de apertura y modernización, así como de civilización del poder, estaba siendo adelantado por el gobierno. En aquel ambiente en el que se levantaban las voces con libertad, las de Uslar y sus compañeros de generación comenzaban a ser escuchadas. Ya señalamos que durante enero y julio de 1936 escribió muchos de los editoriales de *Ahora*, y el tema que tocaba era forzosamente político, siempre asistido por una precaución acompañada de perplejidad por los hechos que estaban sucediéndose. La Venezuela del primer semestre de 1936 es de grandes cambios, bien comandados por López Contreras o bien asumidos por su gobierno como consecuencia de la presión política y, por primera vez en muchos años, popular.

También antes del editorial que fue hito, Uslar integra un grupo creado por Mariano Picón Salas y Alberto Adriani: ORVE (Organización Revolucionaria de Venezuela), constituido en marzo. Se ha dicho con frecuencia que el estratega detrás del grupo era Rómulo Betancourt. Cierto o no, Betancourt integraba la organización y su liderazgo fue haciéndose notar en el conjunto, siendo quizá ésta una de las razones por las que Uslar no se animó a continuar en el grupo. De hecho, ORVE desaparece pronto, y Betancourt y los suyos fundan el

PDN (Partido Democrático Nacional), que va a ser el prólogo de la futura Acción Democrática. Las diferencias entre Uslar y Betancourt no eran personales sino filosóficas, como la vida en común permitió que se demostrara con creces, en el futuro.

Alberto Adriani, mientras fundaba ORVE con Picón Salas en marzo, le aceptaba a López Contreras el Ministerio de Agricultura y Cría, lo que no encerraba ninguna contradicción, ya que ORVE se presentaba ante la opinión como un grupo de jóvenes que buscaban la modernización del país, y que no querían regresar al pasado gomecista. Luego, en abril, Adriani es designado Ministro de Hacienda, y es desde esa posición que invita a Uslar a formar parte de su equipo. El editorialista de *Ahora* abandona la redacción del periódico y acepta el cargo de Jefe de la Sección de Economía de la oficina de Economía y Finanzas del Ministerio de Hacienda, y comienza a trabajar al día siguiente de irse del periódico y de publicar su mítico editorial. Inicia entonces una carrera en la administración pública que culminará el 18 de octubre de 1945, nueve años después.

Adriani muere en agosto, y Uslar no se entiende de igual manera con su sucesor en el cargo, de modo que le acepta al canciller Esteban Gil Borges una nueva responsabilidad en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Sin embargo, en los tres meses que estuvo al frente de la Sección de Economía en el Ministerio de Hacienda funda la revista *Hacienda*, desde la cual se intentaba contribuir con la modernización de las finanzas públicas, de modo que tuvo tiempo en aquellos meses de incidir en algo en el devenir del organismo. En la Cancillería es nombrado Director de Información, y más adelante de Política Económica. Hacia finales de 1936 los escritores en asamblea lo eligen presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela.

Hacia mediados de año sale de la imprenta su segundo libro de relatos: *Red*. Este conjunto fue previsto por su autor, como su nombre lo indica, como un tejido de vasos comunicantes entre los cuentos. No siempre ha sido leído el conjunto atendiendo a esa intención, pero ello no le resta nada de su eficacia narrativa. En verdad, si *Barrabás y otros relatos* significó mucho para la narrativa venezolana de 1928, en 1936 *Red* constituyó otra vuelta de tuerca en el proyecto narrativo de Uslar.

Andrés Mariño Palacio consideró a *Red* la “obra maestra” de Uslar, mientras más recientemente Víctor Bravo, en el prólogo a la antología *Cuarenta cuentos* de Uslar Pietri, afirma que *Red* integra un conjunto de textos fundamentales de la narrativa latinoamericana contemporánea. Señala a *Ficciones* (1944) de Borges, *Nadie encendía las lámparas* (1947) de Felisberto Hernández y *El llano en llamas* (1953) de Rulfo, en el conjunto.

A juzgar por los registros hemerográficos de los años posteriores a 1936, Uslar no continuó escribiendo relatos con la misma asiduidad en lo inmediato. Su tercer libro de cuentos será publicado en 1949, trece años después de *Red*, pero ello no ocurre solamente en el campo del relato sino en el de la novela. Su segunda novela será publicada en 1947, dieciséis años después de la primera. Si pulsamos el registro bibliográfico, hallaremos que entre 1936 y 1945 no publica un solo libro y, eso sí, muchos artículos abordando temas políticos, económicos y culturales, además de que comienza a dar conferencias, y a perfilarse como el notable orador que llegó a ser. En el capítulo siguiente hallaremos respuesta a este hiato bibliográfico. Volvamos a 1937.

A sus labores en la Cancillería suma la tarea pedagógica universitaria, integrándose al equipo de profesores de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela. No existían estudios de economía en Venezuela, materia que a Uslar se le reveló fundamental en Francia, y en la que se esmeró por comprender. Por ello se inició en la docencia universitaria impartiendo la cátedra de Economía Política, y de los apuntes que sus alumnos tomaban en clase, ante la inexistencia de bibliografía moderna sobre la materia, el profesor se vio en la necesidad de limpiar las notas recogidas y publicarlas mimeografiadas, primero, y luego en un libro que fue texto indispensable. Me refiero a *Sumario de Economía venezolana para alivio de estudiantes*, publicado por el Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Central de Venezuela en 1945.

En agosto de 1937 se integra al equipo fundador de un nuevo partido político, muy cercano al gobierno, el P.A.N (Partido Agrario Nacional). En él compartirá con Rodolfo Rojas y Amenodoro Rangel Lamus, mientras continúa al frente de la Asociación de Escritores de Venezuela. Al año siguiente es reelecto en estas funciones gremiales,

mientras la necesidad de crear unos estudios formales de economía en Venezuela lo llama a la tarea. A ella se dedica junto con José Joaquín González Gorrondona, Tito Gutiérrez Alfaro y José Antonio Hernández Ron, creando la Cátedra Libre de Ciencias Económicas y Sociales, que será la semilla de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, posteriormente creada en la Universidad Central de Venezuela. La cátedra se instala el 28 de octubre de 1938, con palabras del profesor Uslar Pietri:

En un pueblo desprovisto del sentido agresivo y creador del capitalismo, la vida económica abandonada al empirismo y a su propia suerte, degeneraba en un remanso, en lugar de ser el primer instrumento del progreso y de la transformación nacional. Nos decíamos fieles a un liberalismo teórico, sin pensar en las consecuencias sociales, políticas y culturales que la condenación al papel de productores de materias primas debía ocasionar a la nación. Nos seguíamos creyendo liberales, mientras el Estado, antes del petróleo, mantenía por medio de barreras artificiales las escasas y exangües industrias y después del petróleo, por medio de la distribución de aquella renta, y de la fijación del tipo de cambio, venía a intervenir, sin proponérselo, todos los aspectos de nuestra economía.

(Uslar Pietri, 1945:242)

Como se comprenderá fácilmente, una vez leído este párrafo, que fue escrito en 1945, no queda otro gesto que “quitarse el sombrero” y lamentar su vigencia. Este tipo de observaciones, provenientes de una inteligencia particular, fueron las que piedra sobre piedra construyeron el enorme prestigio intelectual que Uslar alcanzó a tener, de manera indiscutida en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XX.

A lo largo de 1938 se afana en su actividad de conferencista, y lo hace particularmente en la casa del P.A.N. Siete conferencias seguidas, entre febrero y marzo, intituladas “Un ensayo de interpretación económica y social de la historia de Venezuela”, que dan cuenta del sesgo por el que el investigador intenta comprender la realidad nacional. También viaja a San Cristóbal y dicta una conferencia en el mítico Salón de Lectura del Ateneo de San Cristóbal, disertando sobre “Regionalismo e integración nacional”.

Desde su trabajo en la Cancillería, donde había sido ascendido a Director de Política Económica, promueve la negociación del primer tra-

tado comercial con los Estados Unidos, Alemania e Italia, y en ese tratado se logra el abandono de la cláusula de “la nación más favorecida”, que no favorecía precisamente a Venezuela, y se adopta el sistema de *modus vivendi*. La firma del tratado formaba parte del diseño de una política económica exterior más moderna para el país, y de esos esfuerzos participaba el joven funcionario de la Cancillería.

El gobierno de López Contreras, seguramente atendiendo a las tesis de Alberto Adriani, colocó el acento en el tema de la inmigración. Fue por ello que en 1936 se promulgó la Ley de Inmigración y Colonización, y al año siguiente se creó el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización. Al presidente López Contreras, que observaba con interés el desempeño del joven Uslar en la Cancillería, seguramente le pareció un desafío interesante para el funcionario la dirección de este instituto. Uslar asume ese encargo en febrero de 1939 y lo entrega en julio del mismo año. Durante esos seis meses le toca recibir a inmigrantes vascos y judíos, motivo por el cual algunos se adelantaron a tildarlo de pro-comunista, en particular por el tema vasco. Al despedirse de la dirección del instituto se la entrega a su sustituto, un amigo y compañero de letras, Antonio Arráiz, a quien le escribiría el prólogo de la segunda edición de su primer poemario, *Áspero*, precisamente en ese año de 1939.

El destino que López Contreras tenía previsto para el joven de 33 años es el de Ministro de Educación. Allí lo nombra el 19 de julio de 1939, pero esa etapa de su vida la examinaremos en el próximo capítulo. En este, adelantémonos tres meses, y detengámonos en el matrimonio de Arturo Uslar Pietri e Isabel Braun Kerdel.

Se habían conocido cuando Uslar tenía 21 años e Isabel era una niña de 13, de modo que en ese entonces no se fijaron el uno en el otro. En 1936 se volvieron a ver, esta vez en las reuniones que organizaba el escultor Francisco Narváez en su taller de Catia, y comenzaron a frecuentarse. Así nació el amor entre ellos, y después de dos años de noviazgo se casaron en octubre de 1939, y estuvieron juntos hasta el momento de la muerte de Isabel, el 19 de diciembre de 1996. Convivieron durante 57 años, en los que procrearon dos hijos: Arturo (1940-1991) y Federico (1944), y vivieron en la mayor armonía. Así la recordaba Uslar, pocos meses antes de morir, en diciembre de 2000:

Mientras más recuerdo a Isabel más ternura siento por ella, una mujer excepcional, no tenía un pelo de egoísmo, era el ser más desprendido, más abnegado, más leal que podría haber. A mí me hizo mucho bien, me ayudó mucho su presencia, su ayuda. Era una mujer discreta, educada. Conmigo fue excepcional.

(Arráiz Lucca, 2001:42)

En un aniversario de bodas emergió la voz poética de Uslar y le cantó a la vida conyugal en el poema "Aniversario". Entonces el dibujo de la compañera fue exacto:

*Pasas sin ruido los paisajes
y las estancias de mi alma,
hablas si callas, si te alejas quedas,
en el fondo de la memoria
un eco de tu voz renace
a cada instante
para nombrar lo tierno y lo seguro.
Permaneces allí,
donde nada perturbas,
donde todo completas
con tan preciso tino de lugar y de hora.*

(Uslar Pietri, 1986:83)

Los hilos **del poder** (1939-1945)

Estando al frente del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización es “sondeado” por Diógenes Escalante, por órdenes del presidente López Contreras, sobre su posible designación como Ministro de Educación. Acepta la proposición y es nombrado ministro. Tiene 33 años, y sucede en el cargo al eminente médico Enrique Tejera Guevara, que había renunciado ante el rechazo del proyecto de Ley de Educación por parte del Congreso Nacional. Para el momento han pasado cinco ministros por el despacho desde que López Contreras es presidente. Dos actitudes temerarias se encuentran: la del Presidente que nombra a un joven, y la del joven que acepta el reto.

El fervor por los asuntos educativos era propio del espíritu uslariano. Ya escribía sobre estos tópicos desde que se desempeñó como editorialista en *Ahora*, y constituiría uno de los ejes temáticos de la prédica nacional del escritor. La importancia histórica de la Ley de Educación no presenta mayores dudas. En la exposición de motivos y en el articulado se recogía un pensamiento pedagógico, que remotamente se inspiraba en el espíritu renovador de un personaje que interesó siempre a Uslar: Simón Rodríguez. Pero ninguna de las ideas utópicas, obviamente irrealizables del educador caraqueño, respiraban en la Ley. Por el contrario, la sensatez primaba en el articulado. Éste atendía a una realidad que en la Venezuela de hoy es radicalmente distinta. La po-

blación nacional entonces era de cerca del 70% rural y cerca del 30% urbana, de modo que la Ley ponía la lupa en ello, buscando singularizar la enseñanza de acuerdo con el entorno y las tareas que éste demandaba, y estaba concebida para un país en el que las luchas entre la civilización y la barbarie no eran figuras literarias.

Si en cargos anteriores Uslar había tenido la oportunidad de hacer aportes modestos por la naturaleza de sus funciones, ahora la coyuntura era central: todo el afán modernizador que lo alentaba encontraba cauce en el tema-eje de la venezolanidad de entonces, y de hoy: la educación. Y si bien es cierto que durante su gestión la matrícula creció significativamente, que la construcción de nuevos planteles para la escuela primaria fue consistente, no es menos cierto que su mayor preocupación estribaba en alcanzar una alta calidad educativa en medio del reto de una demanda cada vez mayor de ingreso a la escolaridad.

Tiempo después de promulgada la Ley y puesta en marcha, los problemas educativos venezolanos estaban lejos de resolverse, naturalmente. Pero la Ley había puesto al día al país con los pasos que la modernidad había adelantado, y que durante la larga noche gomecista en materia educativa no habían podido darse. Éste fue, por lo demás, el tono y la naturaleza del aporte histórico del gobierno de López Contreras: un intento de civilización (en ambos sentidos, el civil y el de progreso) y de modernización del país.

La vocación cultural del joven ministro lo llevó a crear la Biblioteca Venezolana de Cultura, en donde se publicaron sendas antologías del cuento y la poesía nacionales. La del cuento, organizada por Uslar, conjuntamente con Julián Padrón, y prologada por el primero: *Antología del cuento moderno venezolano*; y la segunda, seleccionada por Otto D´Sola y prologada por Mariano Picón Salas y titulada *Antología de la moderna poesía venezolana*. Ambas, huelga decirlo, son piezas fundamentales para el estudio de nuestra lírica y nuestra cuentística.

Dos años después de concluida su gestión ministerial, Augusto Mijares afirmaba acerca de ella: “Sin duda, una de las más fecundas que se han visto en el Ministerio de Educación Nacional.” Y realmente no exageraba Mijares, ya que hubiese bastado para afirmarlo el logro de la Ley de Educación, pero hubo otros aportes que ya hemos consigna-

do. Se trataba, por lo demás, de la única experiencia de gerencia académica que el escritor tendría en su vida, ya que su obra pedagógica se materializaría, en su mayoría, frente a la audiencia del aula o la del televisor.

El desempeño de Uslar al frente del Ministerio de Educación contribuyó con el fortalecimiento de su prestigio como hombre de Estado, de tal modo que al producirse el cambio de gobierno y asumir la Presidencia de la República el general Isaías Medina Angarita, es nombrado Secretario de la Presidencia de la República. Uslar y Medina habían trabado amistad en el gabinete ejecutivo de López Contreras, en sus condiciones de ministros, el segundo de Guerra y Marina, virtualmente escogido por López Contreras como su sucesor, como ya se había vuelto tradición desde que el general Gómez había hecho lo mismo con López.

En mayo de 1941, el Ministro de Educación de López Contreras pasa a ser Secretario de la Presidencia de la República de Medina Angarita. El cambio no es menor. Está siendo invitado a participar políticamente en la conformación de un gobierno que se propone profundizar los cambios iniciados por el anterior y dar otra vuelta de tuerca. La posición a la que se le destina supone una interrelación con el país más variopinta que la del despacho de Educación, y quien lo nombra debió haber previsto que la estatura intelectual de Uslar, ya demostrada, lo colocaría en el lugar del asesor casi de inmediato: un hombre inteligente no tiene a otro cerca para ignorarlo. Por otra parte, la señal que enviaba Medina era inequívoca: el hombre más cercano a la Presidencia no era tachirenses, giro extraño para sus paisanos, y una señal de amplitud para el resto del país.

La voz de Uslar, así como la exactitud de sus ejecutorias, fue ganando espacio en la mesa donde se tomaban las decisiones, de allí que para muchos fue durante el gobierno de Medina el segundo de a bordo. “La eminencia gris” lo llamaban otros, y no faltaron muchos que le atribuyeran intrigas de palacio en las relaciones entre López Contreras y Medina Angarita, relaciones que se agriaron notablemente hasta llegar a la ruptura de la amistad entre ambos. Esto, Uslar lo desmintió siempre, y más bien lo anotó en su cuaderno de dificultades como una de las mayores, ya que se había desempeñado en el gobierno de López y le profesaba al general un claro afecto. En todo caso, el

Secretario de la Presidencia desempeñará el cargo durante dos años, hasta mayo de 1943.

En este período ocurrieron muchas cosas en Venezuela que merecen ser consignadas, hechos en los que sería imposible no ver la influencia de Uslar, siempre de acuerdo con Medina. Al no más comenzar el gobierno se toma la decisión de modificar la legislación petrolera, buscando mejorar la situación de Venezuela frente a las concesionarias británicas y norteamericanas. Este trabajo desemboca en la promulgación de la Ley de Hidrocarburos, el 13 de marzo de 1943. Esta ley, que supuso buscar la comprensión de los norteamericanos por una ley que perjudicaba sus intereses, trajo un cambio de consecuencias a largo plazo: le fijaba una fecha a las concesiones petroleras: 1983, circunstancia que fue allanándole el camino a la nacionalización del petróleo. Nada más y nada menos. Además, pechó de manera más favorable para Venezuela la actividad petrolera desarrollada por las concesionarias. Y de la comisión redactora, del espíritu y del articulado de la ley, formó parte Uslar, junto con el entonces Ministro de Fomento, Eugenio Mendoza Goiticoa, y otras personalidades del gobierno o cercanas a él. Ya esta sola ley significó un paso importante de la nación venezolana en el control de la actividad central de su vida económica, y hubiese bastado para señalar positivamente al gobierno de Medina. Pero los hechos no terminaron allí.

También formó parte Uslar de los que alentaron una nueva Ley de Impuesto sobre la Renta, que supuso una mayor posibilidad de recaudación por parte del Estado, y una relación más directa entre los contribuyentes y el fisco nacional. Al igual que la ley anterior, los trabajos comenzaron en 1941, y la ley se promulgó en 1943. También en estos años se toman dos decisiones pivotaes para la vida urbana caraqueña: la construcción de la urbanización “El Silencio” y la expropiación de la hacienda Ibarra para destinar los terrenos a ser la sede de la futura Ciudad Universitaria. Ambos proyectos estuvieron en manos del arquitecto Carlos Raúl Villanueva.

Antes de las realizaciones legales, que trajeron cambios notables, el gobierno de Medina tomó una decisión en 1941 que claramente señalaba el camino de la construcción de una sociedad democrática, ya que no puede entenderse de otra manera: la legalización de los parti-

dos políticos, ya sin la objeción que el gobierno de López Contreras le blandía a los partidos “comunistas”. Así fue cómo el PDN, liderado por Rómulo Betancourt, se convirtió en Acción Democrática y se presentó en el Nuevo Circo de Caracas el 13 de septiembre de 1941, con discurso de su presidente, Rómulo Gallegos. La legalización de los partidos apuntaba, en sana lógica, a que al vencimiento del período presidencial estas instituciones participaran en elecciones universales y directas para escoger al Presidente de la República, pero ya veremos cómo este proyecto no pudo materializarse. Y así como AD emerge como fuerza política legalizada, el propio gobierno crea su partido político, ya no las Cívicas Bolivarianas de López Contreras, sino un partido que se quiere dentro del espíritu de modernidad que se pregona. El Partido Democrático Venezolano (PDV) lanza su manifiesto el 18 de septiembre de 1943, después del proceso de constitución, de redacción de estatutos, y de agrupación de sus dirigentes. Entre sus fundadores y líderes principales está Uslar, que se venía granjeando una percepción favorable alrededor de su persona desde la Secretaría de la Presidencia, haciendo el trabajo de acercar al gobierno a muchos integrantes de la generación del 28, en edades decisivas, que no seguían las directrices de Betancourt, entre ellos los integrantes del PCV y de otras izquierdas. Dos factores se unieron para que estos sectores se prodigaran sonrisas: la personalidad abierta y simpática del presidente Medina y el trabajo de Uslar desde la Secretaría, que con su ya sólido prestigio intelectual trabajaba por la instauración de un régimen democrático y que llegó, como veremos, hasta donde le fue posible.

En mayo de 1943 Uslar es nombrado Ministro de Hacienda, y estará al frente de este despacho, donde ya había trabajado en 1936, como vimos antes, hasta enero de 1944, cuando es designado de nuevo Secretario de la Presidencia de la República. El paso breve por Hacienda supuso una vuelta momentánea a la labor docente en la Universidad Central de Venezuela. Pensó que convenía volver a las aulas a enseñar la materia, Economía Política, que ahora desempeñaba directamente desde el ministerio, pero no duró mucho la vuelta, ya que apenas seis meses después es llamado de nuevo a su posición en la Secretaría de la Presidencia, y salir del Palacio de Miraflores a impartir clases, en medio de las tareas del poder, era una misión imposible.

En 1944 la participación de Uslar en la conformación ideológica del PDV fue decisiva. De hecho, dictó una serie de conferencias que el partido organizó hacia los meses finales del año, donde ofreció sus puntos de vista sobre asuntos cruciales para el desarrollo de la economía y el papel del Estado en esta tarea. En particular, su conferencia intitulada “La libertad económica y la intervención del Estado”, dictada el 5 de septiembre de 1944, es una pieza angular de su pensamiento económico y de lo que fue el programa económico de la administración Medina Angarita que, como veremos, en sus líneas iniciales se extendió en Venezuela hasta 1989.

Después de hacer el elogio de Adam Smith, el conferencista refiere cómo el mundo marchaba hacia el intervencionismo de Estado en materia económica, y nos recuerda que estamos en 1944, cuando la guerra mundial tiene lugar. Incluso ofrece razones por las que el liberalismo económico ha fracasado, y se ha hecho necesaria la intervención del Estado en los asuntos económicos, que dejados a “la mano de Dios” han traído ingentes injusticias. Luego, al referirse al caso venezolano, establece dos etapas en nuestra economía, una que va de 1830 a 1921, signada por el liberalismo económico, y una segunda que comienza en 1921, con la irrupción del petróleo, en la que el intervencionismo del Estado es una necesidad, un imperativo categórico. A partir de esta argumentación afirma que en Venezuela no hay sino dos caminos:

o dejar que la acción de la transformación económica operada por el petróleo juegue libremente, y esto se transforme en ese gigantesco Caripito, en un inmenso Curazao; o que se haga punto de interés nacional que el gobierno intervenga enérgicamente, canalice ese flujo de riqueza, lo dirija y lo obligue a invertirse en forma reproductiva y permanente, a fin de ir creando una actividad económica que garantice que, el día en que desaparezca el petróleo, Venezuela será una nación normal, que podrá seguir viviendo.

(Uslar Pietri, 1945:283)

Antes ha hecho el recuento de cómo la economía petrolera, que tiende a fortalecer la moneda nacional, hace del país una nación importadora, prácticamente imposibilitada de exportar sus productos, de allí la mención a Curazao y, en sentido análogo, a Caripito, región donde

el petróleo causó cambios radicales en su economía y estructura social. Luego explica cuáles han sido las medidas que el gobierno de Medina ha tomado en atención al análisis que él ha hecho, con lo que queda demostrado que el intervencionismo del Estado en materia económica comienza durante este gobierno, siempre fiel a la consigna de “Sembrar el petróleo”:

Estas medidas han sido: la protección arancelaria, que han continuado el sistema de contingentes de importación; el capitalismo de Estado, que es muy importante en Venezuela, y por el cual la nación, en función promotora de industrias y en función de gran banquero, como irónicamente se ha querido decir por allí, ha estado aportando dinero barato para que se funden industrias, para que se emprendan labores agrícolas, para que algo de la riqueza petrolera quede y arraigue en tierra venezolana; las primas de exportación, el dólar-fruto, el sistema que ha establecido el control del cambio y que permite que Venezuela siga exportando café y cacao (...) y por último, la legislación obrera, el seguro social, la jornada de ocho horas, y la protección del capital humano de la República.

(Uslar Pietri, 1945: 284)

Como puede catarse fácilmente, en pocas palabras el Secretario de la Presidencia ha explicado en qué ha consistido la política económica del gobierno que representa, y cómo se busca hacer buena su consigna de 1936. Esta política, ciertamente, no fue la misma que implementó López Contreras, mucho más inclinado al liberalismo económico que al intervencionismo de Estado, con lo que una diferencia más se acentuaba entre ambos mandatarios. Puede decirse que el intervencionismo de Estado en materia económica comienza programáticamente con la administración de Medina Angarita, y esa fue la política pública central de Venezuela hasta 1989, cuando el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez se vio en la urgencia de implementar un cambio radical, desmontando todo este esquema inicialmente diseñado por la administración Medina, y que después encontró en la llamada economía Cepalista (Comisión Económica para América Latina), un sustento todavía más elaborado teóricamente.

La polémica política arrecia en 1944, y Uslar se ve envuelto en ella, respondiéndole a Rómulo Betancourt en algunos casos, participando

activamente en la constitución del PDV y terciando en los ataques que la oposición le dirigía a su persona, ya que al hacerlo se le señalaba como “eminencia gris” del gobierno, con lo que, de paso, se perjudicaba al propio presidente Medina. Si a partir de 1942 la polémica pública comienza con sus primeros intercambios, ya para 1944 el fuego cruzado entre dos figuras de peso (Uslar Pietri y Betancourt), era persistente.

También en 1944 estaba en marcha una reforma de la Constitución de 1936, que vendría a darse con la promulgación de la misma el 5 de mayo de 1945, por parte del presidente Medina. El tema de fondo que avivaba el fuego de la polémica estribaba en si la reforma permitiría la elección directa y universal del Presidente de la República, o si persistiría el régimen indirecto, de elección de tercer grado, para el Jefe de Estado, así como la elección de segundo y tercer grado para diputados y senadores. La reforma dejó el sistema electoral impoluto, con lo que, al hacerlo, se ignoraba que ésta sería la base de la argumentación que se esgrimió para el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945, por parte de Acción Democrática.

Se cuentan con intervenciones de Uslar en las asambleas del PDV donde se manifiesta una abierta inclinación hacia la instauración de un sistema de elección directa. Así lo cita Astrid Avendaño en su excelente estudio *Arturo Uslar Pietri, entre la pasión y la acción*, cuando le da la palabra:

No hay sino un criterio para juzgar si estamos en presencia de una democracia o de una falsificación más o menos afortunada de ella y este criterio es simplemente si el pueblo elige su Representación directamente o si lo hace por intermedio de dos, tres o cuatro grados.

(Avendaño, 1996:279)

No obstante lo dicho, la verdad es que para Uslar el tema era espinoso, ya que el gobierno del que formaba parte sustancial no podría pensar así, por lo que no era fácil llevar a la práctica sus convicciones. De hecho, en explicaciones de los hechos que condujeron al 18 de octubre, Uslar se refirió en varias oportunidades a la teoría gradualista que se proponía el medinismo en relación con el tema electoral, pero debo señalar que estas explicaciones las dio Uslar en el fragor de su

campana electoral de 1963, o justo antes de que ella comenzara, con lo que sus palabras involucraban consecuencias políticas inmediatas. Quizá las más cercanas a la cruda verdad de los hechos las dio al final de su vida, ya despidiéndose, cuando ante mi insistencia señaló lo siguiente sobre este tema de la elección directa y la sucesión presidencial:

Era muy difícil que me escogiera a mí: yo no soy tachirense, y la tradición de militares tachirenses se imponía, hubiera sido un atrevimiento, una osadía contra los instrumentos del poder. Un día me dijo: “Vamos a hablar Arturo, vamos a hablar de la sucesión de la presidencia. Tú deberías ser el presidente de Venezuela, tienes todas las condiciones para serlo, pero desgraciadamente en las circunstancias actuales yo soy el heredero de Cipriano Castro, a pesar de que mi padre murió peleando contra él, y no sería posible que yo rompiera esa tradición. Vamos a ver en quién pensamos”. Entonces, de esa conversación surgió la candidatura de Escalante.

RAL: ¿Usted se la sugirió?

AUP: No, yo no se la sugerí, pero él la asomó y entonces lo llamamos a Washington y vino y pasó una de las cosas más trágicas que yo he presenciado en mi vida: ese proceso de pérdida de la personalidad de Escalante.

(Arráiz Lucca, 2001:18 y19)

Como se infiere claramente de lo dicho, si esta conversación tuvo lugar antes de la reforma constitucional, pues es evidente que Medina no contemplaba otra elección diferente a la de segundo y tercer grado, y si tuvo lugar después, pues igualmente revela que al seguir la tradición castrista, Medina no consideraba posible otro sistema distinto de sucesión presidencial que el ratificado por la reforma constitucional de 1945. Por más que Uslar considerara que una democracia para serlo de verdad tenía que “elegir directamente a sus representantes”, la tradición militarista tachirense, según Medina, prescribía otra cosa.

Por su parte, Betancourt declaró que siendo esa la reforma constitucional que impedía la elección directa, se imponía una candidatura de consenso del PDV, ya que era un hecho que el Presidente de la República sería el que ese partido escogiera. Por ello, una vez ungido Escalante, viajan Betancourt y Leoni a conversar con el Embajador de Venezuela en Washington y llegan a un acuerdo. Al menos así lo señala Betancourt en su libro *Venezuela, política y petróleo*:

En una caliginosa tarde de verano washingtoniano, sentados sobre las maletas sin abrir en el lobby del hotel Statler, le pintamos con dramáticos colores la situación de Venezuela. Con franqueza le dijimos que si no surgía en los elencos del oficialismo un presidenciable dispuesto a impulsar una reforma de la Constitución pautando el sistema de sufragio directo, universal y secreto para la elección de los personeros del poder público, resultaba inevitable el estallido de una insurrección cívico-militar. Escalante, antes de anunciarnos su asentimiento y el compromiso que adquiriría de propiciar una reforma democratizadora de la Carta Política y una tónica de honradez en la Administración, nos miró en silencio, por largos minutos, 10, 20, tal vez. Era la suya una impresionante mirada de hombre con el sistema nervioso ya quebrado, por causa que no pudimos conocer cabalmente sino dos meses después, cuando debió retirarse de la liza política, víctima de un colapso cerebral.

(Betancourt, 2001: 199)

De modo que existía un acuerdo en torno a Escalante entre la principal fuerza opositora y el gobierno, mientras los partidarios del general López Contreras y él mismo no pensaban igual, y trabajaban por la candidatura de éste, con ínfimas posibilidades, dado el sistema electoral escogido, lo cual no hacía sino avivar el fuego del enfrentamiento entre López y Medina, que ya venía cocinándose desde hacía varios años. Esta situación contribuyó enormemente a que los ataques de los lopecistas contra Medina fuesen haciéndole rasguños al prestigio del Presidente y creando una situación de inestabilidad en el Ejército que, huelga recordar, era creación más de López que de Medina, evidentemente.

Medina avanzaba hacia el 18 de octubre sin saberlo: tenía un Ejército más dividido de lo que imaginaba, dada la situación de tirantez con López Contreras; había escogido a un tachirense civil como su sucesor, que contaba con el apoyo de AD sobre la base de un pacto que él no había propiciado, y que había desactivado una conspiración militar de oficiales de mediana gradación que Medina obviamente desconocía. Y fue entonces cuando ocurrió lo impensable: Escalante se sumió en la demencia. Se activó de nuevo la conspiración militar y sus integrantes llamaron a AD a formar parte de ella; Medina ungió a su Ministro de Agricultura, Ángel Biaggini; y el general López y sus seguidores continuaron expresando su inconformidad. De estas tres fuerzas en conflicto, dos se debilitaban una a otra: el lopecismo y el medi-

nismo, y se “coló por los palos” un par de actores que no se tenían previstos en escena: la alianza circunstancial de Rómulo Betancourt y los suyos, y el oficial Marcos Pérez Jiménez y sus compañeros.

Para la fecha, Uslar venía de abandonar la Secretaría de la Presidencia en julio, y había asumido el Ministerio de Relaciones Interiores en el mismo mes. Con ello se buscaba que el hombre de confianza de Medina pudiese accionar desde una atalaya más apropiada con miras a las elecciones en puertas. El proyecto quedó en suspenso. El 18 de octubre de 1945 la vida de Arturo Uslar Pietri cambiaba para siempre. La noche anterior cuando se fue a conciliar el sueño, no imaginaba el giro que al día siguiente darían las cosas. Medina Angarita sí contaba con alguna información, de hecho, para el momento del golpe: uno de sus cabecillas había sido hecho preso, Marcos Pérez Jiménez, pero ya era tarde.

Se ha señalado con propiedad que Medina ha podido enfrentar la revuelta, que contaba con fuerzas para ello, pero que prefirió evitar un baño de sangre y entregó el poder. Todo indica que esta versión es cierta. Uslar narró los hechos desde su perspectiva en varias oportunidades y, como suele suceder con sus versiones, cuántas veces refirió los acontecimientos, la historia fue siempre la misma, apenas una pizca de dramatismo, una veces más que otras.

Uslar estaba en su despacho, y a las diez de la mañana recibe una llamada del Presidente de la República que le pide se dirija a Miraflores. Entra directamente al despacho presidencial y encuentra a Medina con cara de preocupación. Lo acompaña por algunos momentos y el Presidente le sugiere que regrese a su oficina en el Ministerio. Al mediodía Uslar va a su casa a almorzar, le refiere someramente los hechos a Isabel, su mujer, y recibe una llamada de alarma de Jóvito Villalba, quien le dice que le han comunicado que en el Cuartel San Carlos se oyen gritos y disparos. Al minuto llama Pedro Sotillo buscando confirmación de las especies que corrían por la ciudad. Entre los dos decidieron irse juntos a Miraflores a prestar su colaboración, desde el centro neurálgico del poder. Ignoraba el hijo de Arturo y Helena que al salir de su casa no volvería a ella durante los próximos cinco años. El paso del automóvil que los llevaba se hizo imposible, ambos se apearon y avanzaron hacia el Palacio. Los interceptó un militar que

les pidió que entregaran sus armas, y así lo hicieron. Fueron apresados y, después de horas de angustia e incertidumbre en Miraflores, fueron trasladados hasta la Escuela Militar de La Planicie.

Los condujeron a una habitación donde ya estaban, desconcertados, el ex presidente López Contreras y Mario Briceño Iragorry, Presidente del Congreso Nacional. La noche insufló a los presos con la mayor ansiedad. A la mañana siguiente se les informó que el general Medina había preferido dimitir ante la magnitud de la sublevación. A las once de la mañana entró el Presidente derrocado con paso firme y veloz, seguido por un numeroso grupo de oficiales insurrectos. Entonces, refiere Uslar, el general Medina sacó fuerzas de su más recóndita reciedumbre de soldado y le habló a los oficiales, sugiriéndoles que restablecieran el orden público y llamaran a hombres ilustrados y patriotas para volver a la normalidad lo más rápido posible. Los oficiales lo escucharon en silencio, y se lo llevaron.

El 29 de noviembre de 1945, más de un mes después del golpe del 18 de octubre, Uslar es conducido desde su celda al aeropuerto de Maiquetía. En el mismo avión viajan al destierro López Contreras, Medina Angarita y Diego Nucete Sardi. Se iban contra su voluntad. Uslar en una oportunidad en que lo había llamado el Ministro de Relaciones Interiores del nuevo gobierno, Valmore Rodríguez, le había dicho que él no quería irse, que quería defenderse en los tribunales, pero Rodríguez le explicó que el nuevo gobierno los quería fuera del país. La defensa a la que alude Uslar se refiere al hecho según el cual el 10 de noviembre se inicia una averiguación penal en su contra, por enriquecimiento ilícito, ante un Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa que fue creado con motivo de las causas que se les seguían a algunos funcionarios de la administración de Medina Angarita, López Contreras y hasta la del general Gómez. El Jurado prohíbe la enajenación de sus bienes, y prescribe el embargo de los mismos hasta que no se dictara sentencia. De estas acusaciones Uslar pide que se le permita defenderse, pero el nuevo poder constituido prefiere que se ausente del territorio nacional.

La Junta Revolucionaria de Gobierno se instala a las diez de la noche del día 19 de octubre en el Palacio de Miraflores a la luz de lámparas de gasolina, pues la luz eléctrica estaba cortada como consecuencia

de la refriega. La Junta la preside Rómulo Betancourt y la integran otros tres miembros de AD: Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa y Gonzalo Barrios, y por los militares, el mayor Carlos Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas, así como el propiciador de las conversaciones entre los conjurados, el médico Edmundo Fernández. Para el momento de constitución de la Junta, Pérez Jiménez estaba preso en la Escuela Militar, y estaba allí, como dijimos, desde el 18, cuando los militares fieles a Medina advirtieron que era uno de los cabecillas. Esto, con una audacia desconocida, lo aprovechó Delgado Chalbaud para estar él, y no Pérez Jiménez, en el momento de integración de la Junta. Al menos así lo refiere Betancourt, cuando historia los hechos en el libro antes mencionado.

Los desterrados llegan en un avión de *Pan American* a Miami, pero el destino que ha previsto Uslar para sí y su familia es Nueva York. Durante los días que median entre Miami y Nueva York su casa de Caracas es saqueada. Aquel hogar que había sido construido en un terreno comprado el 25 de septiembre de 1941, cuando la familia que comenzaba a formar con Isabel Braun iniciaba su andadura, aquella casa que había diseñado Carlos Raúl Villanueva en la avenida Los Pinos de La Florida, número 49, y que le fue embargada por sentencia del 14 de marzo de 1946. Después, para dolor de su dueño, le fue entregada por el gobierno a un oficial chileno integrante de la Delegación de ese país en Venezuela. En el lugar sagrado dónde crecía su biblioteca, se instaló la lavandería, según refirió Uslar en muchas oportunidades. Los libros se salvaron porque su entrañable amigo Francisco Narváez pudo llevárselos a su casa, y porque quienes entraron a saco en la residencia no buscaban literatura sino documentos que pudieran comprometerlo.

En la escalerilla del avión que hacía efectiva la deportación, un representante del Ministerio de Relaciones Interiores les ofreció mil dólares a cada uno, pero ninguno los aceptó. El dinero con que pudo sobrevivir los primeros meses en los Estados Unidos se lo prestó Alfredo Boulton: diez mil dólares.

En Venezuela quedaban nueve años de servicios al Estado, seis de los cuales se desempeñó como Ministro. El hombre que volaba hacia el norte sumaba 39 años, una esposa en ascuas, dos hijos de cinco y un

año, que no entendían nada de lo que estaba pasando, y un futuro incierto. Estos años de ejercicio del poder lo habían alejado de su primera vocación: la literatura. En nueve años había publicado dos libros: *Las visiones del camino* (1945), una obra brevísima que comprendía crónicas de viajes europeos, realizados hacía ya varios años, y el citado *Sumario de Economía para alivio de Estudiantes* (1945). Había dictado, eso sí, numerosas conferencias afinando sus percepciones económicas y políticas, y había disertado públicamente en muchas oportunidades. Ya entonces hablaba como después los venezolanos nos acostumbramos a escucharlo: con puntos y comas y con un inconfundible tono e inflexión de la voz. Había concluido su primera etapa de vida política. La vocación del escritor estaba por encontrar tiempo y espacio para recuperarse.

El exilio en **Nueva York** (1945-1950)

El desterrado se traslada de Miami a Nueva York en tren, llega a la estación Central de Manhattan y, según relata Tomás Polanco Alcántara en *Arturo Uslar Pietri-biografía literaria*, lo recibe Manuel Vicente Rodríguez Llamozas, quien se ha casado en segundas nupcias con Carolina Uslar Urbaneja, prima hermana de Arturo Uslar Santamaría. Estos parientes alojan al ex Ministro caído en desgracia en su apartamento en el N° 755 de Park Avenue, en donde los Uslar Braun vivirán hasta febrero de 1947, fecha en la que se les hizo posible mudarse a un apartamento alquilado en el 390 Riverside Drive, número 5B, sitio en el que habitaron hasta su regreso a Venezuela.

No fue fácil para Uslar superar el golpe del 18 de octubre de 1945, no ya el político sino el personal. Se trataba de un hombre muy joven, cuyos horizontes eran más que promisorios, que incluso muchos llegaron a pensar que podía sustituir a Medina y, literalmente, de la noche a la mañana fue hecho preso, despojado de sus responsabilidades, aventado al exilio y, para colmo, confiscados sus bienes acusándolo de enriquecimiento ilícito. No es menudo el cambio. Un cataclismo sacudió sus bases.

El 14 de marzo de 1946 el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa dicta sentencia, despojando a Uslar de sus bienes en Venezuela. La noticia es transmitida por su madre a Nueva York, y cae como

un balde de agua fría en el hogar Uslar Braun. El despojado acusa el golpe y le escribe una carta pública a Rómulo Betancourt el 26 de marzo. La misiva es publicada en algunos periódicos de Caracas. El tono es, naturalmente, extraño para el espíritu uslariano:

Esta carta tiene por objeto consignar mi indignada protesta contra el atropello de que usted pretende hacerme víctima al condenarme por medio de su Jurado de Responsabilidades. La condenación que usted ha pronunciado contra mí no me afecta sino materialmente. Me arrebató usted por la fuerza, ebrio de odio y de rencor gratuitos, el legítimo patrimonio de mis hijos, pero mi conciencia y mi honra quedan incólumes...

En verdad, ha sido trágica la equivocación de los militares al llamarlo a usted para entregarle el Gobierno. Usted nunca ha podido ser otra cosa que un demagogo, y en el ejercicio del poder continúa siéndolo irremediablemente. Con ese pintoresco fárrago de nociones inconexas, que usted ha acumulado en sus lecturas apresuradas e incompletas, empezó a fabricar esa falsa imagen de hombre cultivado y de muchas aptitudes. Sin embargo, lo que hasta ahora se le ha visto y ha dicho de política, de economía, de historia, es superficial y muchas veces inexacto. Del gran monumento jurídico y social de la ciencia administrativa no conoce usted ni la silueta.

Con el despliegue permanente de esa quincalla verbal y con la audacia inconsciente del que no sabe lo que hace y nada tiene que perder, ha logrado apoderarse usted del comando efectivo del Gobierno y enrumbarlo, por un camino de errores hacia la satisfacción mezquina de sus oscuras pasiones de hombre tarado de complejos.

Como comprenderá el lector, es cierto que la indignación mueve esta carta, como su mismo autor lo reconoce. Esta es, sin duda, la misiva más dura que Uslar escribió en defensa de sus legítimos intereses y en contra de quien los afectaba. Buena parte de la comunicación se dedica a detallar el origen de los bienes que se le confiscan, y a defenderse de las acusaciones que por el manejo de las partidas discrecionales se le imputan. Abatido, despojado de sus bienes y en el exilio, el ex Ministro consuela a su esposa y le apunta que están por comenzar tiempos muy duros para ellos, pero que todo finalmente se esclarecerá.

Si pulsamos el registro hemerográfico veremos que apenas publica un artículo en 1946. Sin embargo, se entusiasma con nuevos proyectos literarios que empieza a esbozar mientras busca un trabajo que le permita sostenerse en Manhattan. Primero consigue redactar guiones para

programas de radio educativos, en el Servicio de Información Interamericano, y luego los profesores Federico de Onís y Frank Tannenbaum le abren las puertas de la Universidad de Columbia. En 1946 ingresa como profesor visitante, pero en 1947 mejora su condición al ser designado profesor asistente. Onís dirige el Departamento de Español de la Facultad de Lenguas Romances de la universidad, mientras Tannenbaum integra el equipo del Departamento de Historia e imparte clases de historia latinoamericana. En aquel recinto académico Uslar va retomando su vocación de escritor y de profesor, además de que entabla amistad con escritores del mundo de habla hispana que trabajan en la universidad o pasan por allí a dictar conferencias: Germán Arciniegas, Andrés Bello, Francisco García Lorca, Ángel del Río, Eugenio Florit, José Antonio Núñez Portuondo, Luis Alberto Sánchez, Tomás Navarro Tomás, Raúl Roa, Jesús de Galíndez, Pedro Salinas, entre otros.

El profesor Uslar dictaba sus clases en español, ya que quienes cursaban la maestría en estudios hispánicos estaban obligados a recibir las clases en la lengua que estudiaban. De un curso sobre Literatura Venezolana fueron emanando los ensayos que componen su libro *Letras y hombres de Venezuela*, publicado por el Fondo de Cultura Económica de México en 1948. De ese libro son memorables sus ensayos sobre Simón Rodríguez, Andrés Bello, Juan Vicente González, Cecilio Acosta (a quienes se esmera en ubicarlos en su justa dimensión, sin la sobreestimación que muchos han manifestado por su vida y obra), Arístides Rojas, Teresa de la Parra y, finalmente, el excepcional ensayo sobre la significación histórica de la obra de Juan Antonio Pérez Bonalde. Las clases sobre literatura venezolana, y algunas conferencias sobre personajes históricos nacionales (Bolívar, Vargas), mitigan el “guayabo” del exilio. El trajín diario del profesor gira en torno a las letras del país que ha perdido, y no sabe por cuánto tiempo. Entre los ensayos del volumen, además, hay uno sobre “El cuento venezolano” en el que se acuña un término, de manera tan natural que en un primer momento pasó casi inadvertido. Dice Uslar en 1948:

Lo que vino a predominar en el cuento y a marcar su huella de una manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una

adivinación poética de la realidad. Lo que a falta de otra palabra podría llamarse un realismo mágico.

(Uslar Pietri, 1993: 254)

En 1976 Enrique Anderson Imbert publica su libro *El realismo mágico y otros ensayos* y en él apunta que el crítico de artes plásticas alemán Franz Roh lo acuñó por primera vez en 1925, refiriéndose a la pintura. También admite que luego, el propio Roh dejó de usarlo y lo cambió por el de “nueva objetividad” para señalar el mismo fenómeno. Lo cierto es que Uslar ha debido leer la observación de Anderson Imbert y el 20 de febrero de 1985 en *El Nacional* aclara la génesis del concepto. Este ensayo, intitulado “Realismo mágico”, es incluido por Uslar en su libro *Godos, insurgentes y visionarios*, publicado en 1986, y luego lo añade en la reedición de *Letras y hombres de Venezuela* de 1995, justo después del ensayo en el que acuña el nombre. Es evidente que quería aclarar el origen del concepto, allí dice:

¿De dónde vino aquel nombre, que iba a correr con buena suerte? Del oscuro caldo del subconsciente. Años antes había yo leído un breve libro de Franz Roh, que trataba de algunas formas del expresionismo en la pintura alemana, que llevaba el título de Realismo mágico. Algo inevitable acercó en mí, sin razón aparente y de un modo casi avariento, esos dos fenómenos en un nombre común. No fue una designación caprichosa e inadecuada, sino la coincidencia de un hecho cultural con un nombre que parecía creado para él. Cuando lo escribí no me acordaba de Roh.

(Uslar Pietri, 1995: 261)

Lo cierto es que el primero que utiliza la expresión aplicada al ámbito de la literatura es Uslar. El trasvase subconsciente del universo plástico al literario no le resta importancia al hallazgo. Tampoco Uslar iba por el mundo reclamando la paternidad de la expresión.

El vértigo del trabajo intelectual toma por completo al profesor, y no sólo va tejiendo los ensayos que compondrán el libro citado sino que emprende otra empresa novelística. A lo largo de 1946 y parte del año siguiente, escribe su segunda novela: *El camino de El Dorado*, publicada en Buenos Aires en la editorial Losada en 1947. Habían pasado dieciséis años de la publicación de su primera novela y ambas, curiosa-

mente, tienen algo en común: fueron escritas fuera de Venezuela. De nuevo valiéndose de temas históricos, Uslar noveliza a un personaje subyugante de nuestro período colonial, el tirano Lope de Aguirre. Se concentra en la última y dramática etapa de la vida del vasco, entre 1537 y 1561, período en que inicia su epopeya en Perú y la culmina al caer muerto en Barquisimeto, por mano de Diego García de Paredes.

De todas las novelas escritas por nuestro biografiado es ésta la que se ciñe más estrictamente a la cronología histórica, quizás ello es así porque la distancia en el tiempo se lo permitió. También es la que acude menos al fuego de la imaginación, pero en contrapartida ofrece un lenguaje de altísimos lujos verbales y suntuosidad. Por otra parte, seguir la aventura de Aguirre en busca de El Dorado es un tema que desde muy joven tocaba la puerta de nuestro autor. Indagar en ello era, a su vez, adentrarse en la psique del hispanoamericano de los tiempos de la conquista. Este fervor por penetrar en el laberinto de la historia buscando explicaciones va a mantenerse intacto a lo largo de toda la vida intelectual de Uslar. El tema ya lo había abordado en un relato publicado en 1936, que integraba *Red*, intitulado “El fuego fatuo”, en el que aparece el personaje del tirano Aguirre. El germen de la novela está allí, y la necesidad de entregarse a la empresa novelística esperaba el momento preciso, que sólo el tiempo podía darle, y que durante diez años se lo había impedido, enfrascado en las tareas de la vida pública. Este antecedente explica que, prácticamente de inmediato, nuestro autor se entregara a la redacción de su novela: el tema estaba esperándolo desde hacía años, de modo que no hubo un hiato entre la elección del tema en medio de un abanico de posibilidades y la escritura. El tema simplemente estaba allí.

En 1947 publica cinco artículos en *El Nacional* donde aborda el tema político, y las consecuencias del 18 de octubre de 1945, pero va a ser el 10 de junio de 1948 cuando publique la primera entrega de su columna “Pizarrón”, de la cual escribirá la última el 4 de enero de 1998, cincuenta años después. Las etapas de esta columna fueron las siguientes: una primera en que escribe artículos con frecuencia semanal o quincenal y abarca de junio de 1948 a julio de 1954; una segunda, con artículos de frecuencia irregular entre febrero y abril de 1958, y una

tercera, con artículos de frecuencia semanal entre el 2 de mayo de 1966 y el 4 de enero de 1998.

Una selección de artículos de estos dos años, 1947 y 1948, compone un libro singular de nuestro autor: *De una a otra Venezuela*, publicado en 1949. La estructura capitular de esta obra ya anuncia sus obsesiones temáticas de los próximos cincuenta y dos años: el petróleo, la venezolanidad, la economía en un contexto ético y la educación, todos ellos ejes temáticos que compartirá con la literatura. El mismo año de la publicación de este libro de ensayos entrega a los lectores su tercer libro de relatos: *Treinta hombres y sus sombras*, publicado en Buenos Aires por la editorial Losada. Han pasado trece años desde la publicación de *Red* y veintiuno de *Barrabás y otros relatos*. Como vemos, el escritor se ha reencontrado con la novela, el ensayo periodístico y el académico, así como con el cuento, además del salón de clases: recinto que habría de revitalizarlo. Paradójicamente, en varias oportunidades Uslar recordó esos años en Manhattan como entre los mejores de su vida, por más que el motivo que lo aventara hacia la isla fuese tan amargo.

Sobre *Treinta hombres y sus sombras* la valoración autorizada de su crítico más completo, Domingo Miliani, es la más recomendable. Dice Miliani:

Con su tercer libro regresa a temas y motivos regionales, cuando los cuentistas se orientaban hacia un cosmopolitismo que el propio autor había sugerido en Barrabás y otros relatos, como un medio de liquidar los vicios heredados del costumbrismo y del criollismo; pero ese retorno a la propia realidad lo consigue sobre la base de una nueva dimensión: la tradición oral de los cuentos populares y folklóricos, cuyos temas, técnicas y personajes incorpora para desarrollarlos y recrearlos con recursos expresivos cultos. De esa manera, por segunda vez, traza itinerarios remozadores, elude el lugar común y gana para sí el mérito de volver a ser considerado renovador.

(Miliani, 1969:149)

Conviene añadir a lo apuntado por el crítico que la vuelta a los temas de la cultura popular venezolana se inscribe en el marco de lo ya señalado: la concentración venezolanista en que transcurre buena parte de su tarea intelectual en el exilio. “El baile del tambor”, “El

gallo” y “El venado”, son tres de los relatos más celebrados de este volumen. Miliani, a éste último, lo pondera como el de mayores logros en cuanto a la técnica narrativa, pero el jurado del concurso de cuentos de *El Nacional* en 1949 premia “El baile del tambor”.

La escena política nacional cambia a partir del 24 de noviembre de 1948 cuando una Junta Militar de Gobierno le da un golpe de Estado al gobierno democrático y legítimamente constituido de Rómulo Gallegos. Queda demostrado entonces que el proyecto de Betancourt y los suyos no es el mismo de Carlos Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez, y que la sociedad entre estas dos fuerzas desde el 18 de octubre de 1945 era evidentemente circunstancial.

Uslar pide de inmediato regresar a Venezuela, pero la solicitud le es negada en los primeros meses del nuevo gobierno. Le es concedido el permiso en mayo de 1949, pero entonces vuelve solo al país, por unos cuantos días. Doña Isabel y los hijos permanecen en Nueva York. Desde hace cuatro años el hijo de Arturo y Helena no se reunía con sus padres, y ya los progenitores avanzaban hacia la ancianidad. La visita, por otra parte, será decisiva en cuanto al futuro laboral del escritor. Atiende la invitación del Secretario de la Junta Militar de Gobierno, Miguel Moreno, y éste le ofrece en nombre del gobierno la Embajada en los Estados Unidos o en París, donde él quisiera, pero Uslar no tiene entre sus planes permanecer fuera de Venezuela, quiere regresar a reconstruir su vida, a habitar de nuevo su casa de La Florida, que durante los años en que le fue arrebatada el gobierno se la entregó al Agregado Militar de la Embajada de Chile en Venezuela, y en muchas oportunidades refirió el desterrado que en el lugar de su biblioteca funcionó el espacio de la lavandería. Declina la invitación a formar parte del gobierno, pero entiende que éste no tiene ningún inconveniente en que regrese a su país.

En esos días se reúne con su amigo de infancia, Carlos Eduardo Frías, y éste le propone que al regresar integre la Junta Directiva de su compañía de publicidad, ARS, en calidad de socio, y que los ayude en las tareas diarias de la empresa. Como es sabido, la empresa de Frías es la pionera de la publicidad en Venezuela, y para entonces ya era la principal que operaba en el país. También los Otero le ofrecen la dirección de *El Papel Literario* para el momento de su regreso. Ambas ofertas le abren un panorama a Uslar, de modo que va a regresar a Nueva York a

concluir sus compromisos académicos, y a escribir un texto que le ronda la cabeza y se le impone como un imperativo, antes de volver definitivamente a Caracas, el 17 de julio de 1950, a su casa de La Florida, la cual le ha sido devuelta por voluntad de la Junta Militar de Gobierno, el 23 de diciembre de 1948, cuando le entregan a sus propietarios originales las posesiones que les habían sido confiscadas por la República, previa invalidación de la sentencia confiscatoria.

El lapso de un año entre la aceptación de la oferta de ARS y *El Nacional*, Uslar lo dedica a escribir, impartir sus clases en la Universidad de Columbia, y a tomar un curso sobre las nuevas técnicas publicitarias en la misma universidad donde trabajaba. Al no más llegar a Nueva York el desterrado tomó clases de inglés durante varios meses, de modo que comprender cursos en esa lengua no era tarea imposible y, si bien es cierto que se expresaba en inglés con acento, no es menos cierto que lo leía fluidamente y lo escribía, sin pretensiones literarias, aunque con soltura.

La experiencia estadounidense venía a sumarse a la parisina, lo que contribuyó decididamente en la conformación de la personalidad madura de Uslar. El interés por comprender el mundo norteamericano, y el neoyorquino en particular, fue sumamente consistente en nuestro biografiado. Prueba de ello es uno de los mejores ensayos de toda su obra literaria: "La ciudad de nadie", escrito en Manhattan en 1950, en los meses antes de regresar a Caracas. El ensayo penetra en la psique del neoyorquino de su momento, como pocos textos que se hayan escrito sobre la ciudad. Suerte de radiografía de los valores norteamericanos, e indagación en la condición solitaria del ciudadano en las megalópolis, el texto es de una lucidez notable. Después de detenerse en los orígenes de la ciudad, y tomarle el pulso a los latidos de su conformación, hecha sobre la base de flujos migratorios, Uslar le hinca el diente a los valores de esta sociedad nueva que se cuece en la isla:

¿A dónde vamos? Al fondo del vagón está sentado el hombre que caza crucigramas en la revista. Cerca de mí, tendido en el asiento, ronca dormido el borracho. Al otro extremo, una mujer vestida de oscuro aprieta a su costado a una niña flaca de anteojos. Lo demás está vacío. O está lleno de algo que no vemos.

(Uslar Pietri, 1960: 68)

Por razones que no he podido precisar, este ensayo luminoso no es publicado de inmediato por Uslar. Lo da a conocer en 1953, cuando Edime publica sus *Obras Selectas*, después lo publica en la editorial Losada en 1960, y luego lo incluye en la edición completa de sus textos de viajes: *El globo de colores*, en 1975. Con este ensayo se cierra la experiencia neoyorquina del intelectual, que gracias al destierro ha recuperado sus hábitos de escritura, y que en los días que van del 29 de noviembre de 1945 al 17 de julio de 1950, ha acometido y concluido varias obras de significación. Además, se ha acercado a otra lengua y, quizás todavía más importante para su madurez, ha conocido el vértigo de la caída desde la cúspide del poder hasta las amarguras del exilio. El hombre que regresa a Venezuela después de su segunda estadía fuera del país tiene cuarenta y cuatro años, de los cuales ya suman diez los que ha vivido fuera de su patria y, paradójicamente, las dos veces en que ha sido extrañado, la venezolanidad de sus intereses se ha robustecido aún más. Esto, curiosamente, ocurrirá de nuevo cuando Uslar regrese a vivir en París, entre 1975 y 1979, desempeñándose como Embajador de Venezuela ante la UNESCO. Entonces urdirá dos novelas, su último libro de relatos, y un extraordinario libro de ensayos (*Fantasmas de dos mundos*). Las dos novelas serán de tema venezolano (Juan Vicente Gómez y Simón Rodríguez), el libro de relatos, también, mientras que el libro de ensayos estará dentro del ámbito hispanoamericano y universal.

Segunda vuelta a **la patria** (1950-1958)

Los años que están por comenzar para el joven escritor serán de intenso trabajo, no sólo en el orden de la escritura sino en el propiamente referido al sustento de su familia e, incluso, a la formación de un patrimonio. Durante trece años (desde 1950 hasta 1963) Uslar integrará la directiva de ARS. Desde allí impulsará un buen número de campañas publicitarias y contribuirá a diseñar otro buen número de programas de radio y televisión. *El torneo del saber*, *Héroes de la nacionalidad*, *La actualidad en marcha* y *El gran teatro de los jueves*, serán algunos de los espacios radiales y televisivos en los que participará al momento de diseñar sus contenidos. La televisión en Venezuela comenzó cuando la Televisora Nacional, canal 5, inició sus transmisiones regulares en noviembre de 1952, y apenas un año después empezó a transmitir señal el canal 2, Radio Caracas Televisión, donde salió al aire por primera vez su legendario programa *Valores humanos*, el 25 de noviembre de 1953. Este espacio semanal fue haciendo de Uslar uno de los personajes públicos más conocidos del país. Su rostro y su inconfundible tono de voz, llamando a los televidentes “mis amigos invisibles”, acompañaron a los venezolanos durante décadas. Entonces, el aula restringida a cuatro paredes se trastocó en una audiencia de multitudes a quienes comenzaron a llegar aquellos progra-

mas en los que resumía, magistralmente, la vida y la obra de los grandes personajes de la historia universal y nacional.

El primer programa fue transmitido, como ya dije, por Radio Caracas Televisión y, en su primera etapa, fue visto semanalmente hasta el 4 de junio de 1959, habiéndose cumplido doscientas diez transmisiones. La segunda etapa se inicia el 16 de agosto de 1964, ahora sí con el título de *Valores humanos* y se interrumpe la serie el 13 de agosto de 1967 en RCTV. Se inicia una tercera etapa en Venevisión el 3 de septiembre de 1967 y concluye el 29 de diciembre de 1973. La cuarta etapa se inicia en el canal del Estado, Cadena Venezolana de Televisión, el 5 de marzo de 1974 y concluye el 30 de enero de 1975. El programa se suspende durante cuatro años y unos meses, mientras Uslar se desempeña como Embajador de Venezuela ante la UNESCO, en París, y se reanuda en Venevisión una quinta etapa el 3 de julio de 1979 hasta mediados de 1982. Entonces coincide con una serie que ha hecho para Venevisión titulada *Raíces venezolanas*, y otra intitulada *Cuéntame a Venezuela* que es transmitida por este canal, mientras *Valores humanos* pasa en su quinta etapa a Venezolana de Televisión. En este canal estará hasta 1985, cuando la última etapa se transmite en 1986 por RCTV, el canal donde comenzó treinta y tres años antes. Estos programas, que Uslar articulaba con puntos y comas, fueron transcritos y corregidos por el autor, y publicados a lo largo de los años en varias ediciones, con gran éxito de librería.

El 13 de noviembre de 1950 es asesinado el Presidente de la República, Carlos Delgado Chalbaud, después de haber sido secuestrado por un comando encabezado por Rafael Simón Urbina. En lo inmediato, la Junta Militar de Gobierno busca un sustituto de Delgado Chalbaud, y cree encontrarlo en la figura del doctor Arnoldo Gabaldón, quien de hecho despacha algunos pocos días desde Miraflores, pero la Junta decide no designarlo, y busca al entonces Embajador de Venezuela en Perú: Germán Suárez Flamerich, quien es designado hasta diciembre de 1952, cuando Marcos Pérez Jiménez, ya sin interpuesta persona, asume el mando de la dictadura, al desconocer los resultados de las elecciones para la conformación de una Asamblea Constituyente, comicios que gana abrumadoramente Jóvito Villalba y su partido.

Para la fecha, Uslar ya había sido nombrado director de *El Papel Literario* de *El Nacional*. Estará al frente de este órgano central para la literatura venezolana entre julio de 1950 y enero de 1953, durante dos años y medio. Desde allí hace esfuerzos por darle una visión más universal al órgano que dirige. A su vez, sirve de puente para que nuevas firmas se inicien en la aventura de la escritura. Sin embargo, llegó un momento en que Uslar se sintió rebasado por sus responsabilidades en varios frentes de trabajo y prefirió abandonar la tarea de dirigir *El Papel Literario*. También en 1950, a su regreso al país, funda la Cátedra de Literatura Venezolana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. En octubre, el profesor Uslar vuelve a las aulas de su *alma mater*, pero está al frente de su asignatura hasta 1952, cuando se niega a formar parte de la comparsa en las celebraciones de la “Semana de la patria”, evento que solía organizar el régimen y al que prácticamente obligaba a asistir a los profesores universitarios, cosa a la que Uslar se niega, y no le queda otra alternativa que abandonar sus labores docentes. En 1951, además, se solidariza con sus pares docentes y firma la carta que solicita la restauración de la autonomía universitaria violada por la Junta Militar de Gobierno. Como vemos, su vuelta a la docencia en aulas fue breve.

Este mismo año muere su padre, a los 81 años. Fallecía aquel hombre que se había entregado a las causas guerreras de distintos caudillos en el siglo XIX durante veinte años de su vida, aquel hombre modesto que había seguido las órdenes de Joaquín Garrido, de Luciano Mendoza, José Ignacio Pulido, Juan Pietri y Cipriano Castro, y que por fidelidad a éste último, al ser sucedido mediante golpe de Estado por Juan Vicente Gómez, Uslar Santamaría se refugió en su finca de las afueras de Caracas y dejó de participar en política. Lo pagó caro, hasta allí llegó la policía a buscarlo y encarcelarlo en respuesta a un rumor que lo afiliaba con los intentos de Román Delgado Chalbaud de derrocar a Gómez, como ya señalamos. Moría aquel hombre que de niño vivía enfrente de la casa de Antonio Guzmán Blanco, el “Ilustre Americano”, en tiempos en que fue aclamado, y creció siendo amigo de los hijos del caudillo.

En este año de 1951, además, es electo como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. A ella se incorporará el 20 de

marzo de 1958 con un discurso intitulado “El carácter de la literatura venezolana”. Ocupa el sillón F, el que regentara hasta el momento de su muerte Jacinto Fombona Pachano. Después de detenerse en la obra poética de Fombona, se adentra en el tema álgido de responder si existe una literatura venezolana, y de ser así, cuáles son sus rasgos fundamentales. Repasa los estudios que sobre nuestra literatura se habían publicado hasta entonces, y arriesga con su prudencia característica algunas conclusiones. Es un texto sumamente valioso y, si se quiere, singular dentro del panorama de los discursos de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, en su mayoría centrados sobre aspectos particulares de la obra de algún autor, y menos proclives a visiones de conjunto como ésta. Entonces le responderá, recibéndolo, el académico Ramón Díaz Sánchez.

Su índice bibliográfico se ve enriquecido con la publicación de un libro de ensayos: *Las nubes*, editado en la Biblioteca Popular Venezolana del Ministerio de Educación. Bajo este título inspirado en las nubes de Aristófanes (“éstas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprensión.”), se recogen ensayos de diverso aliento, desde los breves artículos publicados en “Pizarrón” entre 1949 y 1950, hasta algunos más dilatados. El libro señala el nacimiento de un universo temático que no abandonará nuestro autor hasta su último libro de ensayos: la naturaleza de lo hispanoamericano, la sustancia de la que estamos hechos los habitantes de esta zona del mundo. En *Las nubes*, por primera vez, el Uslar ensayista aborda el tema de manera sistemática, dedicándole la primera sección del libro.

En 1952 publica otro libro de ensayos, guiado por el procedimiento que ha nutrido sus libros anteriores. Me refiero al de seleccionar de entre su producción de artículos, ensayos y discursos un conjunto de afinidades temáticas arbitradas por una coherencia. Así, *Apuntes para retratos*, recoge semblanzas sobre las figuras de Bolívar, Simón Rodríguez, Francisco de Miranda, José Tomás Boves, su abuelo -el general Juan Pietri-, Alberto Adriani, Henri Pittier, Diego Nucete Sardi, su padre -Arturo Uslar Santamaría-, Nijinsky, Churchill, Nehru y, finalmente, Roosevelt. Como vemos, la figura de Simón Rodríguez se repite,

pues ya había sido tratada en *Letras y hombres de Venezuela* y sería abordada de un todo en la novela que luego lo tuvo por protagonista. Del conjunto destaca por su sentimentalidad el largo ensayo sobre la vida y obra de Adriani, a quien había conocido de cerca en los tiempos en que éste lo invitó a formar parte de la nómina del Ministerio de Hacienda, y el conmovedor artículo escrito con motivo de la muerte de su padre. En este libro, como en *Letras y hombres de Venezuela*, se hacía patente su interés, y en algunos casos devoción, por la historia y las letras venezolanas, dibujando perfiles que suponían una generosa entrega al estudio de la vida y la obra de estos hombres.

El 12 de enero de 1952 en *El Nacional*, nuestro autor publica un artículo que desata una polémica. “Guaicaipuro” se titula, y recibe la respuesta de Miguel Acosta Saignes y la organización de un foro por parte de la gente que hace la revista *Cruz del Sur*, en abril de ese año. Allí se discute sobre la posición de Uslar, abiertamente polémica, expresada en el artículo de marras. Evidentemente, su posición, ya anunciada en los ensayos integrantes de *Las nubes*, es otra vuelta de tuerca en su línea argumental que tiene al mestizaje como el epicentro de la explicación hispanoamericana. Posición que Acosta Saignes, sin negarla del todo, enfrentaba desde otras trincheras ideológicas. La discusión, como era de esperarse, fue civilizada y respetuosa.

El año en que comienza su larga aventura televisiva (1953) será el de la publicación de un nuevo libro de viajes, esta vez no siguiendo el trazado de otras geografías sino el de la nuestra. *Tierra venezolana* se publica con fotografías de Alfredo Boulton, y supone un nuevo recorrido general por la geografía nacional, que se sumaba al que ya había efectuado el joven Ministro de Educación en 1939. Impresionista, pero no por ello exclusivamente lírico, el texto sigue el curso de la incursión de Teseo en el laberinto. Y si Edime publica este libro de viajes venezolanista, también hace públicas ese año sus *Obras selectas*, que representan el primer corte general que pudo hacer nuestro autor.

Hacia finales de 1953, el 15 de septiembre, falleció Isaías Medina Angarita. La dictadura militar, dada su convalecencia como consecuencia de un accidente cerebro-vascular, le había permitido regresar al país desde su exilio neoyorquino en 1952, de manera de pasar sus últimos días en el país. Uslar hizo el elogio y el análisis de la vida y obra de

Medina en varias oportunidades, y recordaba con emoción el día del entierro de Medina. Quizás sea el momento de traer el recuerdo de unas imágenes simbólicas que hablaban desde el espacio físico creador de nuestro autor. En su biblioteca, que estaba dominada por su espíritu austero, en la zona en que escribía había una pequeña mesa entre dos sillas que servía de base a dos fotografías: la del momento en que Uslar firma el acta de nombramiento de Secretario de la Presidencia de la República en presencia de Medina, y otra con Jorge Luis Borges. Diáfana y elocuente gramática de las dos pasiones vitales de Uslar: la literatura y la política, en el reconocimiento de sus dos más admirados cultores.

En 1954 Uslar es reconocido con el Premio Nacional de Literatura, compartido con su amigo Mariano Picón Salas. Entonces el premio se otorgaba por la edición de una obra, *Las nubes*, y no como ahora, que se confiere por la totalidad de un trabajo literario. Publica otro libro de crónicas de viajes, *El otoño en Europa*, y una antología de textos nacionales con destino a los estudiantes: *Lecturas para jóvenes venezolanos*. En Madrid, para su alegría, se publica la primera antología de sus cuentos: *Tiempo de contar*. En julio de ese año suspende la publicación de su columna periodística, “Pizarrón”, y va a reanudarla por poco tiempo en 1958. En estos años se concentra en su trabajo en ARS y en la participación en juntas directivas de empresas de sus parientes Boulton Pietri. Me refiero a Avenza y Seguros La Seguridad, así como en otras de empresarios venezolanos distintos a su familia materna: Envases Venezolanos y el Banco Nacional de Descuento, donde su amigo José Joaquín González Gorrondona es el principal accionista. Por supuesto, no abandona sus investigaciones literarias: de hecho, en 1955 da a conocer el fruto de una de ellas: *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Este libro, por cierto, no es un conjunto de ensayos recogidos y seleccionados de diversas fuentes sino un estudio breve, el único que Uslar acometió desde esa perspectiva, más cercana al ensayista académico que literario. Por ello constituye una pieza extraña en el conjunto de su obra. La escribió entre 1953 y 1954, respondiendo a una creencia que anidaba en su pensamiento desde hacía ya años: la importancia del género novelístico en Hispanoamérica, su radical significación para la definición de lo propio americano.

En 1955 ingresa en la segunda Academia que solicita su presencia: la de Ciencias Políticas y Sociales, y le corresponde el Sillón que dejó vacante con su muerte el doctor Francisco Arroyo Parejo. El discurso de incorporación versa sobre un tema recurrente suyo: “El petróleo en Venezuela”. Lo recibe el académico Rafael Caldera con un discurso amistoso y favorable. Ese mismo año, además, hace un corte con una primera etapa de su columna y recoge algunos de sus artículos en libro. Se titula *Pizarrón*, e incluye aquellos publicados entre 1950 y 1953.

A lo largo de 1956, sin la urgencia semanal de “Pizarrón”, nuestro autor decide experimentar con un género inmaculado para él: el teatro. *El día de Antero Albán* es montada por el Teatro Universitario de la UCV en 1957, mientras otra agrupación lleva a escena *El dios invisible* durante el mismo año, pero sus obras son recogidas en un volumen y publicadas en 1958. Allí están, además de las mencionadas, *La tebaída* y *La fuga de Miranda*. Su obra más celebrada, *Chúo Gil y las tejedoras*, será publicada en 1960, y con ella se cierra el capítulo de su obra dedicado al teatro.

Esta incursión en la dramaturgia no es aislada. Más bien, forma parte de un acuerdo con dos amigos cercanos, Ramón Díaz Sánchez y Guillermo Meneses, para penetrar en el espacio teatral, de manera de intentar fortalecerlo en Venezuela. El acuerdo, además, cuenta con la complicidad del director del Teatro Universitario, Nicolás Curiel, y con el estímulo de Alberto de Paz y Mateos, Juana Sujo y Horacio Peterson, quienes reclamaban textos de autores venezolanos para ser llevados a escena. Entonces se dio la paradoja de contar con excelentes directores y actores, y muy pocos textos modernos que trabajaran la realidad nacional. Uslar acudió al llamado.

En *El día de Antero Albán* vuelve sobre una de sus obsesiones temáticas: el azar y la magia como ingredientes de la venezolanidad, la riqueza fácil como circunstancia nacional y la austeridad como antípoda imposible. En *La tebaída* se trabaja con un tema universal: la identidad. ¿Quiénes somos, de dónde venimos?, mientras que en *El dios invisible* la trama gira en torno a las fuerzas intangibles que influyen y nos gobiernan. En *La fuga de Miranda*, breve cantata, se urde la historia de la hipotética fuga del Generalísimo de la prisión en La Carraca. Finalmen-

te, en *Chúo Gil y las tejedoras*, el eje temático es el de la murmuración y la mitología, con todo el elenco de personajes que crea la imaginación en ejercicio. Esta última obra se enlaza con la primera para cerrar el círculo de la indagación en algunos de los elementos de la idiosincrasia del venezolano. Treinta años después de publicada, en 1990, en el Teatro Teresa Carreño se monta una versión lírica de *Chúo Gil*, con música del maestro Juan Carlos Núñez. Fue un acontecimiento.

Venezuela avanza en diciembre de 1957 hacia un desenlace previsto por muy pocos: el fin de la dictadura de Pérez Jiménez. En los primeros días del mes, el régimen incurre en un fraude electoral que va aceitando una reacción en el seno de las Fuerzas Armadas que se expresa a partir del 1 de enero de 1958, y que en caída libre y dramática, dará al traste con la dictadura el 23 de enero de 1958. La conjunción de tres factores, el militar, el popular y el conspirativo, comandados por la Junta Patrótica, precipitan el desenlace.

En la cronología de los hechos, el abandono del país por parte de Laureano Vallenilla Lanz y Pedro Estrada, Ministro de Relaciones Interiores y jefe de la policía política respectivamente, el 10 de enero, emite una clara señal sobre la magnitud de la sublevación militar. El 14 de enero circula el llamado “Manifiesto de los intelectuales” que, en verdad, no ha debido identificarse así, ya que no estaba firmado en su mayoría por intelectuales sino por profesionales de distinta índole. En cualquier caso, el haber firmado el documento le trajo como consecuencia la cárcel a Uslar. A su casa fueron a buscarlo los esbirros de la Seguridad Nacional la noche del diecisiete de enero. Primero lo llevaron a la sede de la policía política y luego a la Cárcel Modelo, en donde lo encerraron en un calabozo. El sitio era muy estrecho para tanta gente, pero alguien se arrimó y le cedió un pedazo de cama. En la madrugada del 23 de enero los presos oyeron el ruido de las hélices del avión que se llevaba a Pérez Jiménez. La alegría no les cabía en el pecho.

Uslar y sus compañeros de cautiverio convencieron al carcelero que no tenía sentido que los tuvieran allí, y después de una negociación expedita les entregaron a Enrique Velutini y a él un jeep militar que los condujo a Miraflores. Todos los habitantes de la ciudad estaban en la calle, era una fiesta. Los accesos al palacio presidencial estaban ce-

rrados, pero como Velutini y Uslar iban en un jeep militar los dejaron entrar. Saludaron al presidente de la Junta de Gobierno, el contralmirante Wolfgang Larrazábal, y a Uslar lo intercepta Alirio Ugarte Pelayo, solicitándole ayuda para redactar el Acta Constitutiva del nuevo gobierno. En el salón en donde redactaban el documento había un retrato de Pérez Jiménez, cosa que a Uslar le molestaba, hasta que le dijo a Ugarte Pelayo que lo esperara un momento. Desmontó el cuadro, lo llevó hasta el patio de Miraflores, y ante la mirada atónita de muchos, lo partió contra el piso. Regresó al salón y pudo comenzar a redactar el Acta. El trabajo se interrumpió de nuevo, pero esta vez por solicitud de la Junta de Gobierno: querían que Uslar le hablara al país por radio, de manera de traer paz a la población, ya que se habían detectado algunos focos xenofóbicos, dada la gran cantidad de europeos (portugueses, italianos y españoles) que había adoptado a Venezuela como nueva patria, huyéndole a las secuelas calamitosas de la Segunda Guerra Mundial, unos, y a la Guerra Civil española, otros.

Gracias a la transmisión radioeléctrica, en casa de los Uslar Braun se enteraron del lugar en que se encontraba el jefe de familia que, por su parte, estaba lejos de concluir la jornada. No había podido comunicarse con ellos, ya que habían cortado la línea telefónica de su casa. Vuelve a la mesa con Ugarte Pelayo y, al fin, inician la redacción del Acta. Se basan para ello en la del 24 de noviembre de 1948 pero ajustan mejor las palabras, señalando:

Las Fuerzas Armadas Nacionales en atención al reclamo unánime de la nación y en defensa del supremo interés de la República, que es su principal deber, han resuelto poner término a la angustiosa situación política por la que atravesaba el país a fin de enrumbarlo hacia un estado democrático de Derecho y en consecuencia ...

(Catalá, 1998:79)

Por cierto, el primer decreto de la junta lo encabezaba la “Junta Militar de Gobierno de la República de Venezuela” el 23 de enero, y la junta la integraban además de Larrazábal los oficiales Abel Romero Villate, Roberto Casanova, Carlos Luis Araque y Pedro José Quevedo. Ante la protesta popular, al día siguiente se cambia la denominación y a dos integrantes. Pasa a llamarse la “Junta de Gobierno de la Repúbli-

ca de Venezuela” y son sustituidos Abel Romero Villate y Roberto Casanova por los civiles Eugenio Mendoza Goiticoa y Blas Lamberti, con lo cual el carácter militar de la Junta se avino con la civilidad de los nuevos integrantes.

Aún no amanecía, y Uslar es consultado acerca de la integración del Gabinete Ejecutivo que debía nombrar de inmediato la Junta de Gobierno. Sugiere algunos nombres y le hacen caso, pero antes deja en claro que no aceptaría formar parte del nuevo gobierno. Tenía en mente sus compromisos laborales, y no estaba entre sus planes inmediatos el ejercicio de una responsabilidad pública. Llega a su casa a las siete de la mañana e ignora que en aquel año de 1958 regresaría a la actividad política, después de trece años de haberse separado involuntariamente de las lides del poder. Estaba por abrirse un nuevo período en la vida del padre de Arturo y Federico. Era un hombre joven, de 52 años, y ya lo auxiliaba un prestigio de singulares proporciones, aquilatado en las vicisitudes de una vida de gran pulsión intelectual y política.

El llamado de **la democracia** (1958-1963)

Concluida la gesta del 23 de enero, en la que Uslar tuvo la participación ya señalada, nuestro autor vuelve a sus tareas habituales, aunque hay una que había abandonado transitoriamente y retoma con nuevos ímpetus. Ya el 25 de enero publica un artículo que acusa un gran entusiasmo por los días por venir. Se titula “El alba de la democracia”, y en él se trasluce la voluntad de participar en la construcción de un sistema político verdaderamente democrático. Con este artículo, además, renace su columna “Pizarrón” en *El Nacional*, aunque no pasará mucho tiempo antes de que suspenda de nuevo el esfuerzo semanal, interpelado por sus tareas parlamentarias.

En marzo se incorpora a la Academia Venezolana de la Lengua con el discurso ya citado, y no deja de participar en el debate político acerca de la posibilidad de presentar un candidato único a las elecciones que se habían convocado para diciembre de ese año. El país, bajo la Junta de Gobierno, adelanta un proceso de democratización en medio de grandes dificultades, sobre todo provenientes de las Fuerzas Armadas, en donde algunos de sus integrantes intentan derrocar a la Junta por la vía de las armas, de manera felizmente infructuosa. Es evidente que un sector significativo de los militares no comulgaba con el proyecto democrático, y deseaban volver a los tiempos de Pérez Jiménez o

a inaugurar unos propios. Por ello, los partidos políticos constituidos firman el pacto de *Puntofijo*, el 30 de octubre de 1958, en el que se comprometen inteligentemente a gobernar con sentido de cooperación, de manera de preservar el ensayo democrático de las fuerzas reaccionarias de un sector militar. Cuando se firma el pacto, se ignora que otro factor atentará contra la democracia: la izquierda en armas, inspirada en la revolución cubana.

Uslar atiende el llamado de su compañero generacional Jóvito Villalba y acepta integrar las planchas de URD como candidato a senador por el Distrito Federal en las elecciones de diciembre de 1958. Este partido apoyaba la candidatura de Wolfgang Larrazábal, conjuntamente con un frente amplio de agrupaciones. Uslar sale electo senador para un Congreso que iba a estar signado por algo muy distinto al bipartidismo. Acción Democrática contaba con una preeminencia, pero necesitaba los votos de otras toldas políticas para lograr mayoría. AD sumaba 32 senadores y 73 diputados; URD: 11 senadores y 34 diputados; COPEI: 6 senadores y 19 diputados, mientras el PCV contaba con 2 senadores y 7 diputados. A esta composición van a sumarse las divisiones de AD a lo largo de la administración de Rómulo Betancourt, que dejaron a su gobierno ante una situación más precaria que la que tuvo al comenzar. Para 1962 este cuadro fue haciendo de Uslar lo que la prensa comenzó a llamar “El hombre congreso”, ya que era el fiel de la balanza en la Comisión Delegada del Poder Legislativo, y las fuerzas políticas descansaban en la sindéresis de Don Arturo para la toma de decisiones.

Antes de esta situación, entre Uslar y Betancourt se produjo una suerte de reconciliación que, la verdad sea dicha, no se mantuvo en pie durante mucho tiempo. Por iniciativa de Marcos Falcón Briceño, para el momento Embajador designado ante los Estados Unidos de Norteamérica, se reunieron en su casa Betancourt y Uslar. Corría el mes de febrero de 1959, y se dieron un abrazo bajo el espíritu de reconciliación nacional que trajo el 23 de enero. A esa reunión, además, asistieron Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Luis Augusto Dubuc, mientras Uslar fue acompañado por su hijo Arturo. Betancourt, al no más asumir la Presidencia de la República el 13 de febrero de 1959, designa a Uslar

como Embajador especial para pronunciar el discurso con motivo de la inauguración de la estatua de Simón Bolívar en Washington. En este gesto la gente vio una rectificación: hacía apenas trece años atrás el mismo Betancourt encabezaba el gobierno que despojó a Uslar de sus bienes y lo condenó por enriquecimiento ilícito, mientras que ahora lo reconocía públicamente. Uslar aceptó el reconocimiento con humildad, ha podido no hacerlo, ha podido no acudir a la cita en casa de Falcón Briceño, y continuar con un pleito a muerte durante el resto de sus días. No lo hizo. Tampoco se avino con el gobierno de Betancourt; por el contrario, le hizo una oposición sumamente dura, con críticas muy fuertes desde su curul en el Congreso Nacional. La verdad es que el gesto enalteció tanto a Betancourt como a Uslar: fue un momento estelar de pedagogía política venezolana.

El 20 de octubre de 1959 la muerte toca la puerta en casa de los Uslar. Fallece Helena Pietri Paúl de Uslar Santamaría. Había nacido en 1885 y gozaba de la fama que un carácter impetuoso le había labrado. Era distintísima de su hijo, pero compartía con él el fervor por la lectura, hábito que había sembrado en Uslar desde niño. Seguía la vida política con fruición, y por ello le parecía que su hijo participaba en ella con demasiada prudencia.

La vida parlamentaria de Uslar se prolongó por tres períodos legislativos. En el primero fue electo en las planchas de URD, en el segundo en las de su propia candidatura presidencial y, en el tercero, en las del partido que fundó en 1964: el FND (Frente Nacional Democrático). Se despide del parlamento en 1973 cuando no se presenta en plancha alguna en las elecciones generales de ese año.

Su participación en el quinquenio legislativo 1959-1964 fue intensa. Formó parte de la Comisión Especial del Senado, designada el 28 de enero de 1959, como consecuencia de la proposición del senador Elbano Provenzali Heredia, para la redacción de la nueva Constitución Nacional. En esa comisión participó durante los dos años que tomó la redacción de la nueva Carta Magna, y sus observaciones fueron no sólo tomadas en cuenta, sino cruciales en muchos casos para determinar el tono filosófico de la Constitución. Advirtió, en varias oportunidades, que se trataba de construir una democracia representativa, y

no una directa, para la cual pensaba que el país no estaba preparado. Cuando el 23 de enero de 1961, a tres años de los hechos celebrables, se firma el ejemplar de la nueva constitución en sesión solemne del Congreso Nacional, el senador Uslar está satisfecho con el texto constitucional que ha salido del horno legislativo, texto que, por cierto, ha sido el de más larga duración en la historia política venezolana.

Conjuntamente con su tarea de co-redactor del articulado de la Constitución Nacional de 1961, participa en el debate legislativo diario. Lo encontramos apoyando la propuesta de crear el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) por parte del senador Miguel Otero Silva, cuya redacción de la ley tomó muchos años hasta que, finalmente, a comienzos del período legislativo 1964-1969, se formalizó su creación.

Participa en los debates legislativos sobre la creación del INCE (Instituto de Capacitación Educativa), la reforma agraria, el problema de la delincuencia, la recesión económica, la ley de alquileres, la OPEP, la economía en situación de emergencia, la naturaleza de los créditos adicionales, la materia tributaria, los temas de contraloría, la política presupuestaria y un largo etcétera que llama al asombro o, más bien, que confirma la vocación enciclopédica de nuestro biografiado. Obviamente, sobre todos estos temas no era experto Uslar, pero sí era un hombre dominado por el sentido común, y ese era el ingrediente que mejor introducía en las discusiones en la Cámara, llevando las aguas a un lugar apartado de los dislates de los díscolos de siempre. Por otra parte, de varios temas sí era conocedor a fondo nuestro parlamentario. Economía y petróleo, para sólo citar dos.

En diciembre de 1959, las Ediciones Orinoco del partido URD publican un conjunto de ensayos y conferencias del novel parlamentario, intitulado *Materiales para la construcción de Venezuela*. En la pestaña del libro, su compañero de viaje político en todas las horas, Ramón Escovar Salom, hace el elogio del autor. Ya entonces se advertía lo que venía fraguándose naturalmente: la futura candidatura presidencial del escritor, que era presentada en su condición de hombre de letras y de Estado por Escovar, no sin dejar de apuntar que la personalidad de Uslar era tan extraña como excelsa en el conjunto de nuestra historia

republicana. El libro entero recoge el clima de entendimiento nacional que sobrevino tras el 23 de enero, clima del cual participó decididamente Uslar al querer contribuir con la construcción del sistema democrático.

El 11 de agosto de 1960 nuestro biografiado se incorpora a la Academia Nacional de la Historia con un discurso intitulado “Una oración académica sobre el rescate del pasado”. También, a lo largo de 1960 y 1961 Uslar, además de sus tareas de parlamentario y de integrante de diversas juntas directivas de empresas nacionales, urde una novela que imagina integrante de una trilogía. No lo ocupan las tareas del columnista semanal ni las del conductor de su programa televisivo, pues ambas habían quedado en suspenso desde su entrega a las labores parlamentarias. Publica en 1962 un nuevo libro de ensayos, *Del hacer y deshacer de Venezuela*, donde recoge algunos de sus textos escritos entre 1954 y 1961, muchos de ellos fruto de la solicitud de una conferencia, algún prólogo o el discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia. La mayoría versan sobre temas históricos nacionales, siempre comprendiendo lo nacional dentro de una perspectiva hispana. Es un libro de ensayos importante: define todavía más el campo de investigación en el que se mueve el ensayista de largo aliento, no el articulista.

En relación con el proyecto de trilogía novelística que señalé antes, en 1962 es publicada finalmente, en Buenos Aires, a cargo de la editorial Losada, la primera de ellas: *Un retrato en la geografía*. La trilogía (inconclusa) se titula *El laberinto de fortuna*, y en ella se pretende trabajar el período venezolano que va de la muerte de Gómez al 23 de enero de 1958. La segunda de la trilogía es publicada en 1964 y se titula *Estación de máscaras*. La tercera, nuestro autor no la escribió. ¿Por qué? Lo ignoro. Sospecho que la reacción de la crítica, que respondió con un incomprensible silencio, desanimó un tanto a nuestro novelista. Quizás el silencio crítico que cubrió la obra provenga de sus propósitos “sin la intervención de autor, sin anécdota hecha”. Quizás el lector halló un cuadro contemporáneo en el que la falta de autor lo hacía un tanto impersonal, sin la emoción que el mismo lector había hallado en *Las lanzas coloradas*, o sin el fulgor poético que recordaba

en *El camino de El Dorado*, para sólo citar los antecedentes novelísticos del autor y no los cuentísticos, campo en el que ya entonces era reconocido como un maestro.

A principios de 1962 dicta una conferencia que es grabada y luego editada (en el sentido anglosajón) por él mismo. Se titula "Política para inocentes" y es publicada en la *Revista Nacional de Cultura*, y la traigo a cuento por que es paradigmática de la manera de discurrir de Uslar y de sus ideas políticas. Es una suerte de resumen. Primero el autor dibuja un vasto panorama histórico sobre el concepto de política, luego enfoca más el punto y lo trae a Venezuela y, finalmente, aporta sus observaciones. De entre ellas hay una de enorme vigencia:

De modo que el gran problema político de nuestro tiempo es buscar la solución de esa cuadratura del círculo por medio de la cual logremos toda la libertad posible salvando y preservando el máximo de igualdad posible, es decir, lograr el máximo de justicia social sin sacrificar la libertad, porque lograr una de las dos cosas sacrificando la otra es muy simple, pero es monstruoso.

(Uslar Pietri, 1962:27)

En el mismo texto, además, ofrece una suerte de perfil del político y de la política que resulta muy revelador:

El político necesita otra cosa y esa sí que no se adquiere ni se enseña. Es una especie de sexto sentido, de intuición, de sensibilidad, de cenestesia de lo colectivo que le permite oler, respirar, adivinar lo que la gente está esperando, o deseando, o detestando, y actuar en consecuencia. Por eso es por lo que la política no es una ciencia; ni una disciplina que se aprende, sino que es más bien un arte. Un gran político decía que la política es el arte de las posibilidades y con esto está dicho que es la más difícil de todas las artes.

(Uslar Pietri, 1962:29)

Tres años antes, en un homenaje que organizó URD a la figura histórica de Medina Angarita, al definir al ex presidente, Uslar hizo un retrato por oposición a lo que consideraba un político de significación. Entonces decía:

Medina no era un teórico, ni un doctrinario, ni un hombre que repetía cosas aprendidas en los libros, ni un oportunista político que había corrido a cubrirse con una falsa toga para en un momento determinado ganarse un aplauso de la muchedumbre; Medina era fundamentalmente un hombre que creía en el pueblo venezolano.

(Uslar Pietri, 1959:40)

Como vemos, la consustanciación del político con su pueblo era el valor máximo que Uslar le atribuía a la personalidad del político arquetipal, y para ello se necesitaba que éste desarrollara no una ciencia, sino un arte, cosa que no había manera de aprender, con lo que la condición de los grandes políticos provenía de un sustrato difícil de explicar. ¿Fuerza telúrica? ¿Predestinación? En verdad, no hallamos en el pensamiento de nuestro biografiado sesgos que apunten hacia el pensamiento mágico en estos territorios. Lo que quiere señalar Uslar, probablemente, es que la condición humana, la buena índole y los atributos naturales no se adquieren. Habla de una suerte de aristocracia del espíritu -que no tiene que ver con la condición económica-, que se opone a la ramplonería de quienes no lo detentan. Y al hacer énfasis en la condición artística de la política, colocaba a sus mejores cultores en un peldaño más arriba que el científico, ya que éste se adquiría con inteligencia, mientras el otro no. ¿En quién pensaba Uslar cuando hacía estos retratos por oposición?

Las actuaciones en la Comisión Delegada del Congreso Nacional en 1962 van señalando el camino de una posible candidatura presidencial para 1963. En las posiciones ecuanímes de Uslar un grupo de gente vio una síntesis conveniente para el país de entonces. A ello se añadía que la figura pública de Uslar era sumamente conocida, no sólo en el mundo político por sus actuaciones en el pasado, y en el presente parlamentario, sino por la incursión semanal en televisión con su programa *Valores humanos*. El venezolano lo identificaba fácilmente, y reconocía sus conocimientos. De modo que su estatura política fue haciéndose cada vez más señalada, y no cabe la menor duda de que fue el primer intelectual y político venezolano que utilizó el medio televisivo con destreza, interpretando plenamente sus alcances. Fue de los primeros en participar en un debate por televisión,

cuando en mayo de 1963 fue a dialogar ante las cámaras con el entonces Ministro de Minas e Hidrocarburos, Juan Pablo Pérez Alfonzo, bajo la moderación del periodista Carlos Rangel, acerca de la política petrolera del gobierno, sobre todo en lo relativo a las concesiones de hidrocarburos. De aquel diálogo se conserva el recuerdo favorable de dos conocedores del tema petrolero, discutiendo civilizadamente ante los “amigos invisibles” para quienes el rostro de Uslar, y su inconfundible tono de voz, eran familiares. Leído el conversatorio a la distancia, las diferencias entre ambos no eran mayores que las similitudes. La angustia era la misma.

La candidatura presidencial y la fundación de **un partido político** (1963-1968)

Desde finales de 1962, el dirigente máximo de un pequeño movimiento político, MRP (Movimiento Republicano Progresista), Ramón Escovar Salom, adelantaba conversaciones con otros grupos para hacer de Uslar un candidato único de la oposición, pero se topó con las aspiraciones de Villalba y Larrazábal, quienes consideraban que debían presentarse a las elecciones. Por otro lado, el intento de AD y COPEI de presentar un candidato único también naufragó ante la decisión del Buró Sindical de AD de respaldar la candidatura de Raúl Leoni, y dejar de lado los intentos de Betancourt por asomar otros nombres. De modo que para abril de 1963 las candidaturas de Leoni (AD), Caldera (COPEI), Villalba (URD), Ramos Giménez (AD-oposición) y Larrazábal (FDP) estaban en marcha, y a ellas se sumaba en la contienda la de Uslar Pietri. Se presenta apoyado por el MRP de Escovar Salom, Carlos Guillermo Rangel, Andrés Roncayolo y Francisco Vera Izquierdo, el sector agrario liderado por Ramón Quijada (Comité Electoral Campesino), el grupo de Independientes Pro Frente Nacional (IPFN), y los grupos animados por Antonio Requena, Nerio Neri Mago, Isaías Medina Serfaty (Frente de Unificación Nacional, FUN) y Juan Sananes, así como por el partido de Amado Cornielles: OPINA.

Uslar buscó ser el candidato del entendimiento nacional, un candidato de consenso, pero no logró el objetivo. El episodio más significa-

tivo de este forcejeo entre distintas fuerzas ocurrió en el seno de la AVI (Asociación Venezolana de Independientes), organización en la que militaban buena parte de los empresarios venezolanos, que se creía estaban naturalmente inclinados por su candidatura. Finalmente, la organización no lo apoyó explícitamente, y dejó a sus militantes en la libertad de votar por quien quisieran, después de declaraciones de algunos de sus miembros a favor, como la de Oscar Machado Zuloaga. El juego de las alianzas y posibles apoyos fue intenso durante esos primeros meses de 1963, hasta que el escritor decide lanzarse al ruedo con los respaldos con los que contaba. La tarea era urgente.

En julio comienza a recorrer el país buscando el favor del electorado. Su campaña comenzó en San Cristóbal: zona del país en donde los herederos del medinismo y el lopecismo podían inclinarse, naturalmente, por su candidatura, identificándolo con ambas administraciones. El lema de su campaña fue “Arturo es el hombre”, y el símbolo, una campana. Las técnicas publicitarias modernas fueron puestas en marcha, de ello se ocupaba en su equipo de campaña el publicista Raúl Sanz Machado, integrante del grupo de cerebros de ARS, la empresa de la que Uslar, hasta entonces, formaba parte. El candidato buscaba debates televisivos con los otros contendientes, en particular con Leoni, pero éste, que sabía no tener el don de la palabra, inteligentemente no lo aceptó. Caldera sí fue al debate. Entonces se esmeró en señalar las vinculaciones de Uslar con la izquierda, a partir del idilio que estas fuerzas sostuvieron con el gobierno de Medina. Uslar asestaba sus golpes en el terreno de las precisiones administrativas, donde pensaba que Caldera era menos diestro. La corta campaña del candidato (141 días), en líneas generales, se basó en el uso del recurso televisivo, espacio en el que el candidato se movía como pez en el agua y, por supuesto, en el contacto directo con la gente. La oferta electoral no se diferenció de su prédica de siempre: sembrar el petróleo, luchar contra la demagogia, abogar por una administración eficiente de los recursos del Estado, gobernar con los mejores en cada área, promover una política de concordia nacional que incluyese un tratamiento distinto de la cuestión guerrillera, entre otros temas. Pero estos aspectos fueron resumidos entre áreas de acción que dibujó el candidato en su programa de gobierno, presentado a consideración de los electores el 7 de octubre

de 1963 en Maracaibo: Política de Justicia, Política de Desarrollo y Política de Soberanía. Las tres iban anteceditas por dos *leitmotiv* de la campaña y del programa: la Necesidad del Cambio y la Venezuela Posible.

En el contexto nacional el año de 1963 fue bastante agitado, ya que las fuerzas armadas subversivas hicieron de las suyas. Comienza el año con el robo de las obras de la exposición "Cien años de pintura francesa" en el Museo de Bellas Artes, continúa con el incendio de los depósitos de la tienda por departamentos *Sears*, sigue con la voladura de puentes de carreteras en el estado Falcón y los hechos continúan en su escalada de violencia. Los subversivos incendian la fábrica de caucho *Good Year* en Caracas y, en septiembre, perpetran el más condeñable y criminal de los hechos: asaltan el tren de paseo entre Los Teques y el parque de El Encanto, y en la refriega fallecen civiles, completamente ajenos a la batalla por el poder. El hecho trajo consigo una fuerte reacción del gobierno de Betancourt y son detenidos los parlamentarios del PCV y del MIR, a quienes se les vinculaba con los acontecimientos. El año, como vemos, fue sumamente intenso en acciones violentas por parte de la guerrilla.

Regresando al panorama electoral, de haberse nucleado la oposición en torno a una figura única, con seguridad habría ganado las elecciones, pero no fue posible, y la victoria la obtuvo la candidatura de Raúl Leoni, a pesar del desgaste natural que produce el ejercicio del poder. Obtuvo la victoria con un porcentaje de votos menor (32,80%) que el que obtuvo Betancourt (49,18%) cinco años antes, motivo por el que afirmo que si la oposición hubiese presentado una candidatura única, Leoni no habría obtenido el triunfo. Al menos esto es lo que señalan los números. También puede alegarse que de haber concurrido dos candidatos con posibilidades, la polarización entre ambos habría favorecido a Leoni. En cualquier caso, lo cierto es que el fenómeno electoral de la contienda fue la candidatura de Uslar. Obtuvo el 16,08% de los votos, con el respaldo de las poblaciones de Caracas y del centro del país, y las fuerzas que lo acompañaron, en torno a la denominación de Independientes Pro Frente Nacional (IPFN), alcanzaron cinco escaños en el Senado y veintidós en Diputados, lo que constituía una fuerza determinante para el juego de los acuerdos en el Poder Legislativo.

El pacto de *Puntofijo*, en rigor, se había roto en cuanto a su composición tripartita a partir de 1961, con la salida de URD del gobierno de Betancourt, como consecuencia de la posición ante Cuba y la OEA, de modo que el presidente Leoni se proponía gobernar en medio de una alianza distinta a la que venía sosteniendo Betancourt con COPEI. Después de las conversaciones necesarias, el acuerdo de Leoni se produjo con Villalba y URD, y con Uslar y su fuerza en el parlamento. Meses después, el uslarismo pasó a ser gobierno también, además del apoyo que le brindaba en el Congreso. Esta alianza política, a contracorriente de Betancourt, que se fue a Europa por cerca de ocho años, la adelantaba Leoni con uno de los enemigos más acérrimos del gobierno anterior y de AD en general: Uslar Pietri, y se llamó la “Amplia Base”. No se ha escrito suficiente sobre estos episodios, y se ha tendido a simplificar al gobierno de Leoni como una continuación del de Betancourt, cuando en verdad fue distinto en muchos aspectos, empezando por la composición del tablero de fuerzas que lo acompañaban en el gobierno. Todo indica que Leoni no se sentía cómodo ni cónsono gobernando con las fuerzas de Caldera, a las que consideraba anatemas de su posición socialista, mientras que se sentía más cerca de Uslar y Villalba, de quienes no lo separaba el tema confesional que Leoni siempre consideró propio de la derecha. Por otra parte, el vínculo más estrecho que tuvo Uslar con los dirigentes de AD lo sostuvo con Leoni y Gonzalo Barrios, con quienes sentía una simpatía que nunca experimentó con Betancourt. A Leoni, en particular, lo había conocido como estudiante en la misma Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, y eran amigos desde entonces.

Curiosamente, las fuerzas políticas independientes que apoyaron a Uslar en las elecciones decidieron formar un partido político el 24 de febrero de 1964, apenas dos meses después de los comicios. Desaparecía el IPFN y nacía un partido político: el FND (Frente Nacional Democrático), presidido por el propio Uslar y secundado por Escovar Salom.

El respaldo del recién constituido FND al gobierno de Leoni se expresó primero en el Parlamento, hasta que en noviembre de 1964 el Presidente hizo pública la conformación del nuevo Gabinete Ejecutivo. Entonces Uslar y su partido pasaron a formar parte del Poder Ejecutivo, junto con URD. El FND estuvo en funciones ejecutivas con José

Joaquín González Gorronzona al frente del Ministerio de Comunicaciones; Ramón Escovar Salom como Ministro de Justicia y Juan José Palacios a la cabeza del Ministerio de Agricultura y Cría. El 14 de marzo de 1966 el FND abandonó el Poder Ejecutivo, mientras URD permaneció brindándole su apoyo por unos meses más. Uslar razonó en una larga carta la decisión de su partido. En ella aludía al hecho de no haber podido concretarse los objetivos que llevaron al acuerdo del gobierno de “Amplia base”. Por otra parte, en el seno de su partido el desarrollo no era “miel sobre hojuelas”, pues los distintos grupos no respondían a intereses unánimes. De hecho, siete parlamentarios electos en las planchas del IPFN no se sumaron a las filas del FND, y decidieron permanecer independientes. Pero estas tormentas internas no influyeron de manera determinante en la decisión de separarse del gobierno. Eran harina de otro y del mismo costal.

Este mismo año de 1966, Uslar retoma su columna “Pizarrón” en el diario *El Nacional*. La había abandonado en abril de 1958, y regresaba el 2 de mayo, pero ya no la suspendería hasta el 4 de enero de 1998, cuando se despide de ella para siempre. Quizás coincida la decisión de regresar al periodismo de opinión con su propia y personalísima decepción por la vida política partidista, la misma que lo condujo a ir regresando hacia su vida de escritor. Al año siguiente, en 1967, renuncia a la dirección del FND, pero no se separa del todo de la actividad política, ya que formará parte de los respaldantes de la candidatura de Miguel Ángel Burelli Rivas en las elecciones nacionales de 1968, conformando el llamado Frente de la Victoria. En estas elecciones sale electo por tercera vez como Senador en las planchas del FND, y este fue su tercer y último período legislativo.

En el campo literario, como señalamos antes, había sufrido dos decepciones por parte del mundo de la crítica literaria. Sus novelas *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de máscaras* (1964) no habían sido bien recibidas, de modo que el silencio conspiró contra ellas. Esto, sin embargo, no sumió en la depresión a nuestro autor sino que, por el contrario, lo trajo de vuelta al universo del relato: espacio donde su destreza estaba fuera de toda sospecha. En 1966, en Madrid, se publica su cuarto libro de relatos: *Pasos y pasajeros*. Su libro de cuentos, anterior, *Treinta hombres y sus sombras*, se había publicado en 1949, de

modo que habían pasado diecisiete años desde su publicación y ya estaba en marcha el llamado “Boom” de la literatura latinoamericana. El riesgo de acometer unos relatos fuera del discurso de su tiempo estaba presente, pero Uslar eludió el peligro perfectamente y entregó una suerte de renovación de sus propias propuestas estéticas.

Al año siguiente recoge en un libro doce discursos pronunciados en años recientes. *Oraciones para despertar* se titula el conjunto, al que luego en dos ediciones sucesivas, en 1981 y 1998, le agrega otras disertaciones sobre temas venezolanos. Con motivo del cuatricentenario de la fundación de Caracas, el Concejo Municipal adelanta un programa de ediciones, entre las cuales figura un libro de nuestro autor: *Las vacas gordas y las vacas flacas*, publicado en 1968. En él se recoge una selección de artículos de su columna “Pizarrón” y otros ensayos y discursos, en su mayoría de tema nacional.

En el panorama político, su candidato a las elecciones de 1968, Miguel Ángel Burelli Rivas, no alcanza la victoria. Uslar, ya lo señalamos, es electo Senador en las planchas del FND, pero el llamado de otras actividades distintas a la política se hace cada vez más claro. El periodismo y la literatura tocan ahora más fuerte a las aldabas de su puerta.

La dirección de ***El Nacional*** (1969-1974)

Contemporáneamente a la asunción de la Presidencia de la República por parte de Rafael Caldera, a principios de 1969, la familia Otero le ofrece a Uslar la dirección de su periódico. El escritor acepta, y estará al frente del rotativo hasta 1974, cuando entonces el destino le tiende con otros derroteros. La dirección del periódico coincide con la decisión interior del escritor de no atender más el llamado de la política por la vía de las instituciones partidistas. Ha quedado escaldado de la experiencia, comprende que no está hecho para la tarea incesante de dirigir un partido político. Lo considera un sacrificio de sus otras vocaciones.

En ese mismo año, en el que la mañana del sábado se torna en el tiempo de la evaluación de la marcha del periódico durante la semana, Uslar publica un libro de ensayos hispanoamericanista: *En busca del nuevo mundo*. El libro es editado en el Fondo de Cultura Económica de México y contiene sus reflexiones sobre el tema en los años, para entonces, recientes. El crisol del mestizaje, los primeros viajeros de indias, la generación libertadora, la influencia determinante de España, los poetas de América y de la península, son algunos de los temas del libro al que, en la coda, añade tres visiones viajeras sobre Holanda, Sicilia y Caracas.

En 1970 inicia una etapa de su vida signada por múltiples y dilatados viajes, actividad por la que siente un fervor único. Vuelve a Israel en ese año, y se prepara para darle la vuelta al mundo al año siguiente, para lo cual emplea en ello casi tres meses. El periplo lo recoge en un texto signado por la amenidad: *La vuelta al mundo en diez trancos*, que luego fue incluido en *El globo de colores*, que recoge la totalidad de su obra de crónicas de viajes, publicado en 1975. Monte Ávila Editores publica en 1971 su conjunto de ensayos y artículos intitulado *Vista desde un punto* y, el mismo año, le es conferido el Premio Nacional de Periodismo.

En 1972 ocurre un hecho inimaginable para muchos: publica su primer poemario, *Manoa*, abarcando así la totalidad de los géneros literarios. La mayoría ignoraba que Uslar escribía poemas desde la juventud. De hecho, el orden de aparición de los textos es casi cronológico, y el primero está fechado en 1932, cuando nuestro autor contaba veintiséis años. La primera edición es de autor, y con un tiraje mínimo, de cuatrocientos ejemplares fuera de comercio. De inmediato la editorial Tiempo Nuevo publica la obra y la coloca al alcance de la gente.

Durante cuarenta años Uslar acometía al margen de su discurso central estos poemas, signados por la brevedad y por la intimidad de muchos de sus temas. Además, en ellos anida el mismo impulso que mueve sus crónicas de viajes: la observación aguda de la realidad a partir de un sesgo, un punto de entrada que lo conduce a la vastedad de la reflexión histórica. Dos de ellos se adentran en el universo de perplejidades que instauro la realidad cósmica. En "Signo en el polvo", escrito con motivo de la llegada del hombre a la luna, Uslar poetiza la soledad del hombre: íngrimo testigo de los hechos que él mismo protagoniza, suerte de mensajero de la vida y de la muerte:

*Ni voz, ni ruido, ni eco,
 el peso perdido y el tiempo
 y el árbol y el agua y el pájaro,
 nada viviente, ni rastro de la vida,*

*sino aquella burbuja translúcida
entre la luz de fuego y la sombra de hielo.*
(Uslar Pietri, 1972:59)

En continuidad con la reflexión lunar, el poeta ofrece otra que parte del sol, de su naturaleza feneciente. Entonces alcanza densidades metafísicas a partir de la constatación física del hecho de que el astro rey está muriendo desde que nació, al igual que nosotros, que comenzamos a morir al nacer.

A la perplejidad cósmica se suma la teológica, y nuestro poeta traza uno de los poemas más hermosos de su obra. “Acción de gracias” se titula el conmovedor texto, brillante de humildad, en el que se pronuncia repetidas veces la palabra gracias, acaso la más dignificante que pueda pronunciar el hombre. Justo después de esta suerte de salmo se lee otro en el mismo registro sagrado: “Oficio de víspera”. Uslar confiesa el miedo de morir, la soledad del hombre ante el inmenso poder de Dios, la estremecedora sensación que coloniza al hombre en su perplejidad ante lo desconocido.

Hasta este momento, el lector uslariano no había tenido oportunidad de seguir el curso de la perplejidad del autor de manera expresa. Estos temas habían sido tocados en otros géneros: o bien detrás de la máscara de algún personaje o bien ensayísticamente, pero no de manera confesional, en primera persona, aceptando el miedo y la desnudez ante la inmensidad del universo, y ante el sentido de la vida en su dimensión más crucial. Estos poemas, no exagero al decirlo, completan su dimensión humana, cierran el círculo de su personalidad. Hacían falta en su obra, pero vaya paradoja, muy poco se escribió sobre ellos en el momento en que aparecieron publicados, y se han ignorado en aras de otras versiones acerca de la personalidad de Uslar que quieren verlo más cerca del mármol que de la carne que se expresa en estos textos.

Ese año de revelaciones poéticas, también lo es de reconocimientos. Recibe el premio de prensa Miguel de Cervantes, en España, por su artículo “Los expulsados de la civilización”, en el cual le responde al crítico de arte británico Kenneth Clark, autor de una serie de progra-

mas televisivos en los que ignora el aporte de los pueblos de habla hispana al mundo del arte. Los argumentos de Uslar son de peso, y la recepción en España de sus defensas es justa. En Chile le otorgan el premio Mengerthaler de la Sociedad Interamericana de Prensa y en Nueva York el María Moors Cabot, con lo cual la dimensión internacional de su nombre y su obra recibe un nuevo reconocimiento.

El 29 de agosto de 1973 Uslar se despide del Congreso Nacional con un discurso memorable. “Un alerta a la democracia venezolana” se tituló. Ha tomado la decisión de no presentarse en ninguna plancha en las próximas elecciones legislativas, de modo que anuncia una - cada vez- mayor dedicación a sus tareas de escritor. Emprende nuevos viajes, esta vez hacia el sur del continente. Va a Buenos Aires a recibir el premio Alberdi-Sarmiento y a recibirse como miembro correspondiente de la Academia Argentina de la Lengua. En esa oportunidad conoce a Jorge Luis Borges, y éste lo presenta en el acto de entrega del premio, diciendo:

Presentar a Arturo Uslar Pietri es presentar a muchos hombres, porque nuestro huésped puede decir, como Walt Whitman, el escritor americano por antonomasia: soy amplio y contengo muchedumbres.

(Eskenazi, 1988: 272)

En la única visita que Borges hizo a Venezuela, en 1982, de la mano de María Kodama fue a visitar a Uslar en su casa de La Florida. De entonces quedan las fotografías en que se juntan el argentino, Uslar y Miguel Otero Silva. Ya para entonces nuestro escritor se confesaba lector de la obra del autor de “El jardín de senderos que se bifurcan” e, incluso, no exageraría quien advirtiera la influencia de la palabra poética borgeana en su próximo, segundo y último poemario: *El hombre que voy siendo*.

En las elecciones de diciembre de 1973 ha resultado electo Carlos Andrés Pérez y, como era ya tradición, *El Nacional* nombraba sus directores tomando en cuenta los cambios en las correlaciones de las fuerzas políticas. Ya Uslar llevaba cinco años al frente del rotativo, y aunque los Otero querían que permaneciera al frente de él, se imponía otro destino. Deja el cargo en abril de 1974 y de inmediato em-

prende otros viajes que le llaman con insistencia, pero más que ellos, varias empresas literarias tocan a su puerta y le exigen dedicación. Están por comenzar años de intenso trabajo literario. Venezuela está entrando en un período de bonanza petrolera gracias, entre otros factores, al conflicto en el Medio Oriente. Los precios del barril alcanzarán cotas nunca vistas antes y se mantendrán en alza hasta finales de 1982. Ocho años de vacas gordas trajeron como consecuencia, aunque parezca increíble, un endeudamiento externo que al caer los precios del petróleo se supo que alcanzaba los 30 mil millones de dólares. Aquella nación, a la que Uslar dibujó muchas veces aferrada a la rueda de la fortuna, dispendiosa y alocada, ahora experimentaba otra alza, que la iba a sumergir en un proceso de intoxicación económica y corrupción de pronóstico reservado, pero entonces los venezolanos no lo advertíamos claramente.

Embajador ante **la UNESCO** (1975-1979)

A comienzos de año el Presidente de la República, Carlos Andrés Pérez, le propone ser Embajador ante la UNESCO y Uslar acepta. El nombramiento ocurre en mayo y de inmediato viaja con su esposa a París. Antes se despide por tiempo indefinido de sus “amigos invisibles”. Además de sus labores propias como Embajador, el escritor lleva en mente varios libros por adelantar y uno por concluir. Se trata de la novela *Oficio de difuntos*, que ya ha comenzado en Caracas y está muy avanzada en su trayecto.

En ese año de 1975 el viajero Uslar toma la decisión de recoger en un solo y afortunado volumen sus crónicas de viajes. *El globo de colores* se titula, y en el prólogo nos regala una de las confesiones más inesperadas con que estremeció a sus lectores:

Está en estas páginas el testimonio reiterado de una inagotable curiosidad por la tierra y la gente. Nada me ha atraído más, ni siquiera los libros, que entrar por un camino nuevo y llegar a una ciudad desconocida.

(Uslar Pietri, 1991:7)

Estas primeras líneas prologales son de una elocuencia que no podemos pasar por alto. Es cierto que la curiosidad movió todo el instrumental intelectual de Uslar, es cierto que lo dominaba una enorme

curiosidad, que estaba enamorado del mundo y de la posibilidad de comprenderlo. Esto no se ha dicho lo suficiente, y más bien en el imaginario colectivo venezolano se ha venido aposentando una imagen que no lo representa. Uslar estaba muy lejos del mármol. Era inquieto, y esa inquietud lo llevaba con muchísima frecuencia a tomar un avión, y antes un barco, e irse a ver cómo era el mundo. No era sedentario, tampoco un nómada sin asidero. Lo movía esa gloriosa curiosidad que reconoce en las primeras líneas prologales.

Por una razón que no logro comprender, las crónicas de viajes de Uslar no han solido estudiarse desprendidas del tronco ensayístico, sino aprehendidas a él, lo que no es del todo apropiado, ya que ellas solas constituyen un conjunto de singular valor. Quizás, cierta visión decimonónica de la literatura las considera creaciones menores al lado de las narrativas o ensayísticas, lo que constituye un error, que ojalá el tiempo y nuevas lecturas de su obra contribuyan a enmendar, adjudicándoles el lugar de importancia que tienen dentro del conjunto de su vasta obra. Por mi parte, en dos oportunidades he estudiado sus crónicas de manera autónoma, como creo que debe hacerse para valorarlas justamente.

Este mismo año recoge una selección de "Pizarrón" y la titula *Viva voz*, la publica una empresa de tabacos en Venezuela, y en ella el lector se sorprende de nuevo al tener en sus manos la variedad temática de aquel hombre curioso, que todas las semanas va dando cuenta en su columna periodística de las perplejidades que lo sacuden. Estas perplejidades comprenden tanto temas nacionales como mundiales, y se nutren de la permanente búsqueda de información que nuestro autor persigue en sus lecturas. Uslar fue siempre un hombre de su tiempo, al día, informado, pendiente de los acontecimientos del mundo y de las implicaciones históricas que ellos tuviesen. Para ello recurría a las grandes revistas del mundo desarrollado y recibía, también, la prensa fundamental de las metrópolis del planeta con alguna regularidad.

París lo recibe como siempre, con los brazos abiertos. Han pasado cuarenta y un años desde su regreso a Caracas, después de haber vivido en la capital de Francia durante cinco años. La UNESCO lo recibe con regocijo, es un lujo para la institución contar con su palabra y su presencia.

En 1976 Seix Barral de Barcelona publica una de sus mejores novelas: *Oficio de difuntos*, su quinto trabajo novelístico. La obra se inscribe dentro de un proyecto hispanoamericano que se inicia con *Tirano banderas* (1926), de Ramón María del Valle Inclán, y continúa con *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* (1974) de Alejo Carpentier, *Yo, el supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez y *La fiesta del chivo* (2000) de Mario Vargas Llosa. Se trata de novelar la figura y las trapisondas del caudillo hispanoamericano, su psicología, los resortes del poder y toda la corte que gira en torno a su mandato. La obra de Uslar, por cierto, es la única contribución venezolana a este proyecto continental, que no fue urdido de manera expresa jamás, pero que era inevitable para aquellos jóvenes que soñaban con hacer carne de novela las realidades de sus países.

La novela elude con maestría el principal peligro que la acecha: el relato histórico de los hechos, y penetra en la psicología del personaje, su mayor logro junto con el lenguaje. En la obra se trazan círculos de elocuencia notable con un lenguaje poético de singular eficacia. La crítica la recibe con entusiasmo. No se propuso escribir una biografía, se avino mejor con la libertad del género novelístico, la libertad que le permitía profundizar en el personaje y su tiempo, sin que los rigores de la ciencia histórica lo conminaran a seguir algún camino. Uslar no fue historiador, por más que los hechos históricos fueron sustancia de gran parte de su obra como escritor.

La rutina de Embajador no lo separa de sus tareas de escritor. Semanalmente envía su "Pizarrón", y avanza en la redacción de una nueva novela en la que trabaja un personaje que lo llama desde su juventud: Simón Rodríguez. Además, avanza en la redacción de los relatos que formarán un nuevo libro, y escribe ensayos.

En 1978 *El Nacional* lo distingue con el premio Henrique Otero Viscarrondo por el mejor Artículo de Opinión del Año. "Mi primer libro" se titula, y en él evoca la aparición, cincuenta años antes, de su ópera prima: *Barrabás y otros relatos*. Por otra parte, en la UNESCO es nombrado Vicepresidente del Consejo Directivo, distinción que hasta entonces ningún venezolano había alcanzado. Ese año también se publicó el primer libro de diálogos con Uslar. *Conversaciones con Uslar*

Pietri se titula el libro del periodista Alfredo Peña, los otros dos son *Uslar Pietri: muchos hombres en un solo hombre* (1988) de Margarita Eskenazi y *Arturo Uslar Pietri: ajuste de cuentas* (2001) de quien esto escribe.

La vida en París lo ha acercado mucho más a la obra y la amistad de un venezolano excepcional: Jesús Soto. Juntos trabajan en un libro. *Escritura* se titula, y en él dialogan la obra cinética y la poética de ambos. La publicación fue presentada en la Galería Denise René, en París, en versión bilingüe el poema, y con ocho grabados de la obra de Soto, en particular aquella denominada “Escrituras”, y que viene desarrollando desde comienzos de los años sesenta. Se trata de dos escrituras: la que Soto teje sobre el tablero cinético, y la que Uslar traza con palabras. Ambas coinciden en el espacio del libro, pero no han sido creadas la una para la otra: ni la de Soto ilustra la de Uslar, ni la de Uslar explica la de Soto. Dialogan.

El poema titulado “Escritura”, que luego incluyó en el poemario *El hombre que voy siendo*, es el de mayor extensión que escribió nuestro autor. En él se pregunta acerca del surgimiento de la escritura, el motor que la produjo, y se detiene en hechos históricos centrales, poetizándolos, con una suerte de recuerdo nostálgico:

Qué letra de qué ignoto abecedario
vine a ser, o ya fui con otras voces,
qué eco de otros ecos, qué mensaje
iba escrito en mis pasos y mis ojos,
sin yo saberlo ni saberlo nadie
he sido una palabra que se ignora
y me escribe en mí al hombre que voy siendo.

(Uslar Pietri, 1986: 139)

Desde comienzos de año, el Embajador comienza a recoger las velas. Renuncia a la Vicepresidencia del Consejo Directivo de la UNESCO, y le es conferido el doctorado *Honoris causa* de la Universidad de París X Nanterre. En enero es publicado por Seix Barral de Barcelona uno de sus mejores libros de ensayos, el más universal por los temas que aborda: *Fantasmas de dos mundos*. Íntegramente escrito en París entre 1975

y 1978, el libro entrega un ensayo sobre la obra de Asturias; una reflexión sobre la enseñanza de las humanidades en la universidad; una conmovedora evocación de su encuentro en Buenos Aires con Borges; una diatriba en contra del término “novela histórica” para lo que él hace; un delicioso ensayo en el que se tejen las figuras de Guzmán Blanco y Marcel Proust en Turmero, y otro sobre el venezolano Reynaldo Hann y el mismo Proust; despedidas a André Malraux, Sartre, Neruda, Américo Castro, Picasso, Heisenberg; una exaltación de la obra de Soto y Cruz Diez, y su reconocimiento planetario y, finalmente, tres ensayos sobre uno de sus temas recurrentes: lo hispanoamericano, su esencia y significado. En estas páginas está, como a él mismo le habría gustado decir, “un hombre de su tiempo”, un intelectual atento al mundo, interpretándolo en su dimensión universal.

Hacia mediados del año 1979 regresa a Caracas, ha concluido un nuevo libro de cuentos y trae en la maleta los borradores de otra novela. De inmediato busca colocar en el aire su programa de televisión, cosa que ocurre en el canal estatal. Ha vuelto a casa. No volverá a vivir fuera de su país. Con este tercer capítulo de estancias en el extranjero se cierra su experiencia fuera de Venezuela. De sus noventa y cuatro años, casi noventa y cinco, quince los vivió más allá de nuestras fronteras: diez en París y cinco en Nueva York. Dos veces por su propia voluntad, y una en contra de ella.

En La Florida, **de nuevo** (1979-1985)

Al año siguiente de su regreso a casa, 1980, publica su quinto y último libro de relatos: *Los ganadores*. Manifiesta entonces que ha llegado a la madurez en el arte de escribir cuentos. Se propone articular unos relatos despojados, directos, con un “contenido de infrarrealidad”. En el cuestionario-prólogo de Subero, para la edición de *33 cuentos*, al inquirírsele por el relato “Toro sentado” ofrece una reflexión teórica sobre los orígenes subconscientes de un cuento, o de cualquier obra literaria. Se refiere a “una parte de adivinación, de visión mágica del mundo” propia de la urdimbre literaria. Entre el conjunto está también “La pluma del arcángel”: un texto que entrega una reflexión sobre la naturaleza del poder, a través del personaje de un telegrafista, figura-metáfora del influjo que tiene quien maneja las palabras. Este texto fue llevado al cine por el director Luis Manzo, con gran aceptación de la crítica, y la película fue estrenada en 2002 en Caracas. Hasta ahora, ha sido la única oportunidad en que un texto suyo es llevado al cine en dimensión de largometraje. También se lee en el conjunto “Cuando yo sea grande”, un relato sobre la infancia abandonada, que escribió por sugerencia de la FIPAN (Federación de Instituciones Privadas de Atención al Niño), una institución encargada de ella, de contribuir con la superación de esta calamidad social. El relato que le da título al libro, “Los ganadores”, traza la alegoría de un

bibliotecario que sobrevive en el paisaje de la desolación, del fin del mundo. Es cierto que estos cuentos finales entregan una sobriedad que recuerda lejanamente al minimalismo norteamericano. Es cierto que son fruto de una voluntad de despojo, de limpieza. También lo es que habiendo sido los últimos, es probable que los lectores aún no hayan reparado suficientemente en ellos.

Su obra cuentística quedó concluida con la publicación de este libro. Las fuerzas que nuestro autor intuía que quedaban en pie se las dedicaría a otros géneros que continuó cultivando. Sus cinco libros de cuentos comprenden setenta y un textos, y ello debe conformar la totalidad de su universo cuentístico, aunque cabe la posibilidad de que haya dejado fuera de sus libros alguno que haya quedado reducido al espacio hemerográfico. Igual contabilidad en relación con sus ensayos y artículos sería una tarea que sobrepasa mis propósitos.

La aparición en la prensa diaria y la televisión por parte de Uslar se incrementa a partir de estos años, en particular atendiendo a la invitación de alguna entrevista. Entonces sus críticas al sistema democrático venezolano se hacen cada vez más acérrimas. El escritor va en camino de sus ochenta años, en camino de hacerse de una suerte de *auctoritas* prácticamente indiscutible, suerte de última palabra sobre los asuntos nacionales. Lo asiste la determinación de no aspirar nunca más a desempeñar un cargo público, cosa que lo coloca, al dar declaraciones, como alguien fuera de toda sospecha, al margen de cualquier otro interés que no sea el país.

La novela que ha traído en sus maletas de París es publicada en 1981 por Seix Barral en Barcelona. *La isla de Robinson* se hace acreedora de diversos comentarios por parte de críticos y conocedores de su obra. Se centra en un personaje que lo llamó desde muy joven, y al que ya le había dedicado ensayos y artículos de diversa índole: Simón Rodríguez. De hecho, el ensayo más prolijo de *Letras y hombres de Venezuela* es el dedicado a la vida y obra de Samuel Robinson, tercer nombre con el que se hizo llamar Rodríguez. Primero Simón Carreño, luego Simón Rodríguez y, por último, Samuel Robinson, en clara alusión al personaje de Daniel Defoe, el que habita una isla en perfecta soledad, máscara con la que Rodríguez se siente, al paso de sus años, más y mejor identificado. De este caraqueño raro, a Uslar siempre le interesó el

hecho de que hiciera de la educación el eje de formación de republicanos. Le seducía el enfoque que Rodríguez le daba a la revolución: optar por hacerla en el aula, no en la calle, ni en los palacios gubernamentales, ni asaltando el poder político, sino formando ciudadanos.

Uno de los retratos menos conocidos, y quizás por ello mismo más ajustados a la realidad, es el que traza el Mariscal Sucre en carta al Libertador el 10 de julio de 1826, desde Chuquisaca. Bolívar ha destinado a Rodríguez a Bolivia, con el objeto de que materialice sus sueños pedagógicos, y Sucre arguye desde allá:

Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también con una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra.

Ciertamente, en la cabeza de Rodríguez bullía un cúmulo diverso de lecturas. Las lecturas que Bolívar afirmó haber adelantado de Locke, Helvetius, D'Alembert y Condillac le fueron sugeridas por Rodríguez, a quien el discípulo consideraba un genio. En la combinatoria rodrigueana esplenden pensadores tanto tomados por el utopismo socialista (Fourier, Saint-Simon, Owen) como propios del universo liberal (Locke) o ceñidos a la experimentación pedagógica (Lancaster), con lo que el intento de conciliación de estas filosofías hacía del caraqueño un sujeto extraño, incomprendido, pero también como señala el Mariscal Sucre, contradictorio, "con una cabeza alborotada". Exactamente la cabeza contraria a la de Uslar, un hombre tomado por el arquetipo de Apolo, a leguas del de Dionisio, al igual que Sucre. No deja de ser curiosa esta fascinación de nuestro autor por alguien que tanto se diferenciaba de él en procederes y conductas, pero no deja de ser cierto que solemos enamorarnos de quienes se distinguen radicalmente de nosotros. Dicen que la simpatía también es fruto de las más abiertas contradicciones.

Este mismo año de publicación de la novela rodrigueana entrega *Cuéntame a Venezuela*: 29 fascículos correspondientes a sus programas de televisión, en los que se pasea por la historia colonial y republicana y, también, un conjunto de ensayos sobre temas educativos *Educación para Venezuela*, en los que se traza la línea de lo que ha sido una constante en su predicamento pedagógico: la educación para el contexto y el trabajo, posición en perfecta sintonía con la que Rodríguez mantuvo sobre el mismo particular. Como vemos, en este año de 1981, por el azar y otras causas, la divulgación de la obra de Uslar estuvo toda ceñida al tema educativo y el examen de la vida de quien él consideraba el emblema de lo que en esta materia debía hacerse en Venezuela. De él afirmaba: “Es el venezolano de su tiempo más avanzado y original en educación y organización social”, así se lo señaló en entrevista publicada en *El Nacional* a Julio Barroeta Lara en 1979, al ser entrevistado con motivo del Premio Henrique Otero Vizcarrondo al mejor artículo de opinión del año anterior.

En 1982 sale de la imprenta un nuevo libro de ensayos, respondiendo al sistema que se ha hecho común a lo largo de su vida intelectual: cada cierto tiempo hace un alto en el camino y selecciona un conjunto de ensayos, artículos, discursos, conferencias y los salva de la dispersión hemerográfica. *Fachas, fechas y fichas* es fruto del mismo procedimiento. En el conjunto destacan los ensayos de tema hispanoamericano, así como varios de sustancia bolivariana y rodrigueana. También recoge sus páginas acerca del arte cinético venezolano en París (Soto y Cruz Diez), a la vez que vuelve sobre una de sus recurrencias temáticas: El Dorado. Se detiene en aspectos vinculados con el futuro del mundo hispanoamericano y el destino de la lengua española, mientras acomete un curioso texto de matices autobiográficos en el que recuerda la publicación de su primer libro, con motivo de los cincuenta años de su aparición.

Con motivo del Bicentenario del Natalicio de Simón Bolívar, Uslar publica *Bolívar hoy*, que sigue y completa la edición de 1972: *Bolivariana* y es designado por el Congreso Nacional para pronunciar el discurso en el acto que el Poder Legislativo dispone para la celebración.

El año de 1983, en el contexto nacional, se inicia con el llamado “Viernes Negro” del 18 de febrero, en el que el modelo económico ve-

nezolano hizo aguas. Aquella economía montada sobre el propósito de la sustitución de importaciones y la producción petrolera, que permitía aceitar una industria subsidiada y protegida por aranceles y créditos blandos, se vino a pique ante la caída estrepitosa de los precios del barril de petróleo. Las elecciones de diciembre las ganó un médico de larga vida partidista en AD, Jaime Lusinchi, frente al veterano Caldera, a quien fue imposible que los electores no le cobraran el gobierno de su copartidario Herrera Campíns. Ya Venezuela tiene para esta época quince años viviendo en un esquema bipartidista, desde que durante el primer gobierno de Caldera (1969-1974) se consolidaran en el parlamento dos fuerzas políticas mayoritarias: AD y COPEI.

La Universidad Simón Bolívar le otorga el doctorado *Honoris causa* a Uslar y la Universidad de Los Andes en Mérida hace lo mismo. La Academia Nacional de la Historia le rinde un homenaje y se publica el libro colectivo: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*. El Presidente de la República, Jaime Lusinchi, lo designa Presidente de la Comisión Presidencial para el Estudio del Proyecto Educativo Nacional, tarea que desempeña con fervor hasta que concluye entregándole al gobierno un rosario de recomendaciones que, lamentablemente, no fueron tomadas en cuenta en su totalidad. Nuevo elemento que se sumó al desencanto con que Uslar observaba el acontecer nacional.

Instituciones, publicaciones y cuerpos colegiados comienzan a prever en sus programaciones el cumpleaños que el año siguiente tendrá lugar: ochenta años del hijo de Arturo y Helena, aquel muchacho que comenzó transcribiendo la carta que ofrecía el restaurante de un hotel en Maracay, con la máquina de escribir que le regaló su padre, y que sería el instrumento principal de su vida. En sus teclados redactó toda su obra creadora fundamentada en la imaginación, otras facetas de su obra se materializaron mediante el dictado directo o, también, gracias a la grabación de sus disertaciones y su posterior corrección por parte de su autor, aunque es fama que Uslar solía hablar ya con los signos de puntuación incorporados. Para sus cuentos, novelas, poemas, crónicas de viajes y ensayos, la relación entre la máquina y sus largos dedos sobre el teclado era indispensable, en silencio y soledad.

Ochenta años y el homenaje nacional (1986-1989)

Con motivo de cumplirse los ochenta años de nuestro autor el 16 de mayo, diversas publicaciones organizaron *dossier* sobre su vida y obra. Fue el caso de *El Papel Literario* de *El Nacional*, las *Páginas Culturales* de *El Universal*, y las revistas *Imagen* y *Bohemia*. En todas se pasó revista a las distintas facetas de su trabajo de escritor, y también a las del hombre público. El Congreso Nacional, por su parte, convoca a una sesión solemne el día 15, y se escucha un discurso del senador Carlos Canache Mata en el que se pasea por la vida y obra del homenajeado, y luego el presidente del cuerpo le da la palabra a Uslar, quien ofrece un discurso que se titula “Un soldado de la esperanza”. En buena parte de la disertación, el orador se dedica al análisis del tema de la deuda externa y a la lacerante contradicción que significó haberla contraído en tiempos de bonanza petrolera. Es un tema del momento, estamos en 1986, y la crisis del modelo económico recién se manifestó en 1983.

Al día siguiente, el Poder Ejecutivo le rinde homenaje en el Palacio de Miraflores, ámbito en el que se le ofrece un almuerzo y la presentación de una edición especial, de mil ejemplares fuera de comercio, de *Las lanzas coloradas*, con ilustraciones de Pedro León Zapata, diseño gráfico de John Lange y la coordinación de Simón Alberto Consalvi. Entonces el Presidente de la República, Jaime Lusinchi, lo elogia con sus palabras, mientras Uslar responde con gratitud.

En este año celebratorio, Uslar acomete el poemario por segunda y última vez. El título del libro, *El hombre que voy siendo*, lo toma de un verso del largo poema que ha escrito motivado por la obra de Jesús Soto, ya referido. En esta entrega de veintisiete poemas ya el orden no es cronológico ni se ofrecen con fecha de escritura los textos, como sí ocurrió en *Manoa*. De allí que pueda inferirse que fueron escritos entre 1972 y 1985, ya que de haber sido alguno escrito antes, lo habría incluido en su poemario príncipe.

El poema que abre el libro, “David”, representa una nueva reflexión de nuestro autor sobre la naturaleza del poder. Este tema lo había abordado en el cuento “La pluma del arcángel” y en muchos artículos y ensayos. Esta vez, el mito de David y Goliath es poetizado claramente, resaltando el carácter efímero del poder, así como las posibilidades del ingenio frente a éste. Hay que señalar que la palabra poética de Uslar es limpia, despojada de cualquier guiño barroco, que no se cuece en ninguna combinatoria que aleja al referente de su posible expresión poética. Su lenguaje, sin llegar a ser conversacional, es directo, insuflado por una nostalgia particular, y como en toda su obra, manifestación de una cadencia musical que hace del verso una cascada de palabras que no hay manera de imaginar distintas. Pertinencia y claridad.

En ese mismo año publica *Godos, insurgentes y visionarios*, un libro enteramente dedicado al tema hispanoamericano, en el que incluye tanto ensayos como transcripciones editadas de conferencias dictadas en Bogotá y México. Los textos representan otra vuelta de tuerca en la indagación que fue central en su vida intelectual: qué es Hispanoamérica, de dónde venimos y hacia dónde vamos como comunidad histórica. Bolívar y Rodríguez, de nuevo, atraviesan sus páginas. Allí están como suerte de dos alas de la totalidad nacional: las armas y la voluntad política (Bolívar), la educación y la formación de republicanos para el trabajo (Rodríguez). No deja de ser curioso que Uslar le haya seducido tanto el modelo educativo esbozado por Rodríguez, nunca verdaderamente puesto en práctica, que siempre quedó como suspendido en el limbo de las utopías, de las deudas pendientes y, en oposición, no señaló con el mismo entusiasmo el de Andrés Bello, que sí se materializó en la Universidad de Chile y que se expresó en una obra verdaderamente monumental. En esto, probablemente, pesó singularmente

el influjo del personaje de Rodríguez y, también, el hecho de que Bello no proponía un modelo pedagógico revolucionario sino que se avenía con la experiencia probada de su tiempo, ciertamente de menor interés futurista que lo que asomaba Rodríguez. No quiero decir con ello que no se interesó por la obra de Bello; por el contrario, este mismo año recoge cuatro ensayos sobre el caraqueño y los publica con el título *Bello, el venezolano*. Lo que digo es que el entusiasmo no fue el mismo, cosa para la que tenía el más claro derecho. Por otra parte, la escritura ensayística de Uslar en *Godos, insurgentes y visionarios* ofrece su acostumbrado fulgor, sus giros de gran exactitud y belleza.

Cuadernos Lagoven encarga al estudioso de la obra de Uslar, Efraín Subero, de la organización de una antología de su obra venezolanista, se titula *Medio milenio de Venezuela*, obra que luego es reeditada por Monte Ávila Editores. Allí se congregan sus visiones sobre la conquista, la gesta independentista, los personajes centrales y colaterales del período republicano inmediato y los mitos nacionales: el petróleo, el mesianismo, el peso del azar, la improvisación y demás simplificaciones de una realidad compleja, nunca suficientemente comprendida.

En el último mes de este año de reconocimientos unánimes, el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid le dedica su “Semana de Autor”, seminario de cuatro días en el que se examinó la totalidad de su obra, al menos en sus vertientes fundamentales. Este seminario de gran prestigio le fue dedicado antes y después a la obra de Borges, de Octavio Paz y de otros escritores hispanoamericanos de valía. Entonces fue el turno de Uslar, quien durante cuatro días escuchó lo que un conjunto de conocedores de su trabajo tenían que decir, y al final él mismo, conmovido, expresó su asombro, en muchos casos, sobre el conocimiento que de ella se tenía, y su complacencia, en todos, por el interés que se había colocado en su trabajo. Nuevo reconocimiento peninsular a una obra literaria cuya vertiente novelística comenzó en Madrid, con la publicación de *Las lanzas coloradas*, cincuenta y cinco años antes.

De vuelta en Caracas a comienzos de 1987, nuestro autor corrige las pruebas de un nuevo “ajuste de cuentas” con un universo que le llamó desde muy joven la atención: las artes visuales. La Fundación Eugenio Mendoza, de cuyo comité cultural formó parte Uslar durante muchos

años, publica su libro *Giotto y compañía* en el que recoge un grupo de ensayos sobre arte universal y venezolano. El libro es prologado por Pedro Grases, por Alfredo Boulton y por el propio autor.

A lo largo del año, nuestro autor ha aceptado ser entrevistado por Margarita Eskenazi con miras a publicar un libro de conversaciones, cosa que ocurre al año siguiente, cuando se publica *Muchos hombres en un solo nombre*, título que recuerda la frase de Borges al presentar a Uslar en Buenos Aires. La periodista Eskenazi, de origen argentino y radicada en Caracas, casada con venezolano, en su país natal había cultivado el género de la entrevista, de modo que emprendió la tarea con propiedad.

El año de 1989 es de particulares satisfacciones para Uslar: la Fundación Polar publica la *Contribución a la biblio-hemerografía de Arturo Uslar Pietri*, investigación adelantada por Astrid Avendaño y Javier González, mientras la Universidad Metropolitana le confiere el doctorado *Honoris Causa*, junto a su viejo amigo, el humanista Pedro Grases. Por otra parte, después de cinco años de intenso trabajo de coordinación, Uslar ve publicado en Madrid el libro *Iberoamérica, una comunidad*, obra que había comenzado a trabajarse en 1984, cuando el Instituto de Cooperación Iberoamericana constituyó una comisión integrada por Enrique Barba (Argentina), José Manuel Pérez Prendes (España), Joaquim Veríssimo Serrao (Portugal), Silvio Zavala (México) y el propio Uslar para el diseño de un libro que diese cuenta del proceso hispanoamericano, desde las distintas facetas que lo integran.

En el contexto nacional, como se recuerda, tuvieron lugar los hechos de estallido popular en febrero, quince días después de la asunción de la Presidencia de la República por parte de Carlos Andrés Pérez. Meses después de los hechos, el gran periodista español de televisión, Joaquín Soler Serrano, en entrevista con Uslar, buscaba una interpretación del fenómeno que comenzó a llamarse “El Caracazo”. Entonces el intelectual explicó:

Se ha dicho que fueron medidas dictadas por el Fondo Monetario Internacional. Pero lo que hace el FMI es expresar una filosofía, que es la filosofía de los países desarrollados, los países del norte del mundo. O sea las condiciones básicas para que pueda funcionar una economía de mercado. Las medidas que tomó el gobierno de Carlos Andrés Pérez

figuraban en esa filosofía del FMI, y yo pienso que eran necesarias. A mi modo de ver, Carlos Andrés Pérez actuó en ese sentido con mucho valor, con un precio muy riesgoso, con el gran peligro de un saldo de anti-popularidad. Pero él se lanzó a hacerlo, y lo hizo. Sin preparación alguna. Y sin previsión de lo que podría venirle encima. Él y su gobierno deberían haber explicado mucho, y muy claramente al país, a todo el mundo, por qué se hacía eso. Y debieran haberse anunciado cuáles eran las compensaciones que el Estado daba a cambio.

(Soler Serrano, 1990:284)

Con el pasar de los meses, la voz de Uslar entonaba cada vez más alto, y su prédica en contra de la corrupción, del tamaño del Estado, de la economía rentista, de la crisis del sistema de partidos, se hacía cada día más severa. Venezuela entraba en una zona de turbulencia grave para su sistema político, puesto que ya el económico venía haciendo aguas desde 1983. Pérez gobernaba en contra de su partido, con académicos de inspiración liberal, e implementaba una reforma política de extraordinarias consecuencias: la descentralización administrativa y política del país, a través de las elecciones directas de gobernadores y alcaldes. Sin embargo, esta reforma esperada y deseable traía como consecuencia un cataclismo dentro de los partidos, entre ellos AD, que no supo reaccionar rápido ante el cambio y comenzó a ver la erosión de su capital político. El bipartidismo estaba herido de muerte, como se demostraría en las elecciones de 1993, y las instituciones republicanas sumamente resentidas en sus estructuras y funcionamiento. Abonábamos el terreno para lo que sucedió después: intentos autoritarios, de corte militarista, que sólo pudieron aflorar cuando el sistema se debilitó dramáticamente. Ya en pleno desarrollo de la crisis nacional, el país escuchaba con atención, casi con embeleso, la voz de Uslar: suerte de *Pater familiae* o de Tótem de la tribu que señalaba el camino con su crítica enérgica, crítica que asombraba a muchos porque provenía de un hombre de ochenta y tres años, que no descansaba en el papel que sus compatriotas venían asignándole: el de conciencia nacional.

Dos premios internacionales, el episodio de los “Notables”, y la publicación de sus **dos últimos libros** (1990-1994)

Entre tres y cuatro años le tomó a nuestro autor la investigación y la escritura de su última novela, *La visita en el tiempo*, la única de sus siete novelas que no trabaja un personaje y un entorno americano, que sucede en España en el siglo XVI, y se articula en el seguimiento de la peripecia vital de Don Juan de Austria. La novela fue publicada por la editorial *Norma*, en Bogotá, en el año 1990. Casi al mismo tiempo en que es publicado el libro, Uslar recibe la noticia de haberle sido conferido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por la valoración de la totalidad de su vasta obra. Entonces viaja a Madrid en abril, a recibir de manos del Príncipe de Asturias el galardón con el que se le distingue. El jurado estampa en el acta sus razones: “Creador de la novela histórica moderna en Hispanoamérica, cuya incesante y fructífera actividad literaria ha contribuido severamente a vivificar nuestra lengua común, iluminar la imaginación del Nuevo Mundo y enriquecer la continuidad cultural de las Américas”.

Como dije antes, la obra es la única en el conjunto de su canon novelístico que no ocurre en América y que no trabaja un personaje venezolano o vinculado estrechamente con Venezuela. Los hechos de Juan de Austria ocurren en España, en el Mediterráneo y en los Países Bajos del norte de Europa. Está escrita con un ritmo vertiginoso, de frases cortas, desarrollando un lenguaje sorprendente en un anciano. Tam-

bién sorprende la investigación que está detrás de ella, investigación basada en fuentes secundarias, pero sumamente completa y acuciosa.

La novela fue presentada al concurso que otorga el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos y ganó su VII edición, según veredicto firmado el 25 de julio de 1991 por los cinco miembros del jurado. Al momento de recibir el premio de manos del Presidente de la República de entonces, Carlos Andrés Pérez, el 2 de agosto de 1991, Uslar Pietri improvisó unas palabras que quienes las escuchaban no podían creer que estaba improvisando. Hizo el elogio de Rómulo Gallegos, apuntando con precisión la validez de sus aportes novelísticos y republicanos, y disertó sobre el arte de escribir, sin dejar de hacer alguna breve mención a sus años y a la conciencia de estar al final de su trabajo literario. El auditorio del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos bullía en su conciencia de estar rindiéndole homenaje a uno de los grandes venezolanos.

Fue una noche apoteósica para Uslar, que de manera ínfima aliviaba el dolor reciente por la pérdida de su hijo Arturo, quien había tomado la decisión de no estar más en este mundo, en marzo del mismo año de 1991. Había nacido en 1940, contaba con cincuenta años y una breve obra ensayística y teatral, que era expresión de una voluntad de conocimiento desproporcionada, que lo llevó a cultivar una extraordinaria biblioteca, como si fuera un jardín. Días después de su muerte, el padre escribió en su acostumbrada columna "Pizarrón":

Era un empeño de riesgo, una inclinación constante a la insatisfacción, un rechazo tácito y firme de toda resignación cobarde y de toda transacción fácil. La idea nietzscheana de que el hombre es algo que debe ser sobrepasado reverberaba en él con nobleza. Era un cilicio constante. Ya se lo advertía entonces: "Lo veo caminar por la terrible soledad propia con ojos conmovidos que no pueden ser los suyos, y en la más excelsa y peligrosa compañía. Es su camino."

Era ávido de saber y penetrar y, al mismo tiempo, desbordante de generosidad y prodigo de todo lo que podía dar a los demás. Descanse en paz ahora para siempre, él que tan poco descansó y tan poca paz se dio a sí mismo en la vida."

(Uslar Braun, 1991: II)

En paralelo con estos episodios literarios y familiares, la participación política de Uslar en la vida nacional fue *in crescendo* con la conformación de un grupo que la prensa comenzó a llamar "Los notables". La primera carta pública de este grupo data del 10 de agosto de 1990, dirigida al Presidente de la República, al Congreso Nacional y a los partidos políticos. En ella avalan el trabajo de la Copre (Comisión para la Reforma de Estado) y exhortan a implementar sus proposiciones con rapidez, antes de que sea tarde. Parten de la base según la cual el sistema político instaurado en 1958 no da para más, y se hace necesario un cambio radical: pasar de una economía rentista a otra productiva, reforma del sistema electoral, reducción del tamaño del Estado, legislación específica que regule a los partidos políticos, y reforma del sistema judicial.

Luego, en carta pública del 3 de diciembre, reconocen que los partidos políticos han reaccionado favorablemente a sus planteamientos, pero les parece insuficiente todo lo que se ha hecho. La reacción de los partidos políticos ante la segunda carta no fue de beneplácito, sino enconada, de modo que la tercera carta pública de "Los Notables" traía consigo un tono más admonitorio y una lista de firmantes más amplia. Fue fechada el 30 de julio de 1991, y en ella explican que la situación del país es tan grave que se requiere la declaratoria de una situación de emergencia nacional por parte del Congreso de la República. Sostienen, en pocas palabras, que la magnitud de la crisis es superior a lo que se ha hecho para resolverla, y que ya es un problema de orden nacional urgente.

El 20 de septiembre de 1991 ocurre otra "vuelta de tuerca" y la carta es dirigida, exclusivamente, a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia a quienes se les insta a renunciar, de manera de poder nombrarse un Poder Judicial que fuese garantía de independencia frente a los otros poderes del Estado. Una segunda carta firmada el 24 de febrero de 1992, veinte días después de la primera intentona de golpe de Estado por parte de los tenientes coroneles conjurados, insistía en su solicitud de renuncia. Ésta tomaba otro cariz a partir de los hechos recientes, que profundizaban la crisis que "Los Notables" advertían. El clima nacional en torno a la composición de la Corte Suprema de Jus-

ticia, en verdad, no era el más favorable, de modo que la solicitud, aunque parezca a la distancia increíble, tuvo respuesta: los propios magistrados renunciaron y le abrieron la puerta a otras designaciones de magistrados por parte del Poder Legislativo. Los firmantes de esta carta, por lo demás, ya pasaban de cinco mil, que se fueron sumando espontáneamente.

La nueva composición de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia accedió a examinar la solicitud que introdujera José Vicente Rangel en la Fiscalía General de la República, y que el titular del despacho, Ramón Escovar Salom, presentara ante el máximo tribunal. En ella se solicitaba la separación del cargo por parte del Presidente de la República, en razón del destino que se le había dado a la partida secreta. Esto ocurrió el 20 de mayo de 1992, cuando la Corte Suprema de Justicia, presidida por Gonzalo Rodríguez Corro, le ordena a Carlos Andrés Pérez la separación del cargo. Durante quince días el Presidente de la República fue el Presidente del Congreso Nacional, Octavio Lepage, hasta que el propio Congreso designó a Ramón J. Velásquez como Presidente de la República, para que concluyera el período constitucional que Pérez había iniciado en febrero de 1989 y culminaría en febrero de 1994. Si el trabajo de “Los notables” se hubiese reducido a alcanzar la destitución de Pérez, pues el encargo estaba hecho. Si, por el contrario, se proponían provocar una sacudida en las bases ya muy frágiles del sistema político partidista, pues también el trabajo estaba hecho, porque la Presidencia de la República la alcanza Rafael Caldera al frente de un movimiento que representaba el anti-partidismo o la anti-política, como también se le ha llamado. Ignoraba aquel grupo de “Notables” que con su trabajo estaban sembrándole el camino a la epifanía de la anti-política y el anti-partidismo, que no fue Irene Sáez Conde como algunos soñaron, sino Hugo Chávez Frías, quien vino a sepultar el sistema al que ellos querían cambiar radicalmente.

En noviembre de 1992, Uslar publica un libro de gran significación política e histórica que, lamentablemente, no se ha leído con la debida atención. Se titula *Golpe y Estado en Venezuela* y en él entrega un largo ensayo de análisis político e histórico de la Venezuela del siglo XX, a partir de la fecha más importante de esta centuria: el 18 de octubre de 1945. En el texto Uslar da su versión de los hechos y, sobre todo,

su interpretación de los mismos, añadiéndole a lo ya conocido, la lectura que hace de las intenciones del año 1992. Le atribuye al petróleo, como siempre lo hizo, la condición epicéntrica nacional. El valor del ensayo no estriba en que desarrolle alguna posición inédita hasta entonces, sino que por primera vez ofrece un dilatado análisis sobre la historia política contemporánea de Venezuela, cosa que antes había hecho fragmentariamente a través de sus artículos semanales.

Su último libro publicado, *Del cerro de plata a los caminos extraviados* (1994), encierra una posibilidad y una imposibilidad. El título abre con un ensayo sobre el cerro de plata de Potosí, y sabemos por confesión suya que pensó en adelantar una novela sobre el tema, pero la vista le falló y los años se le vinieron encima. En verdad, puede decirse con propiedad que el tema del Potosí era uslariano por naturaleza: una ciudad que creció desmesuradamente alrededor de la extracción de una mina de plata, y que así como emergió, desapareció cuando la mina se agotó. De haber podido emprender la novela, habría cerrado el círculo temático de su trabajo con un caso paradigmático. No fue así, pero allí está el ensayo en donde trasluce el entusiasmo que le provocaba el tema.

Recogiendo **las velas** (1995-2001)

En 1995 la salud de su esposa se resiente, y la visión de nuestro autor sigue nublándose, de modo que no viaja a Francia con ocasión del Coloquio de Literatura y Culturas venezolanas organizado por la Sorbona y el Consejo Nacional de la Cultura de Venezuela, en donde se le rinde homenaje. Su presencia en la Venezuela política amaina en su intensidad, pero continúa teniendo la última palabra cuando de asuntos centrales se trata, y lo entrevistan en la televisión o la prensa con relativa frecuencia. Comienza un repliegue, que agudiza la enfermedad de su compañera de toda la vida.

Hacia finales de año, el 27 de noviembre, fallece su primo hermano y entrañable amigo, Alfredo Boulton Pietri. Entonces le dedica un emocionado “Pizarrón” de despedida, señalando sus méritos en el mundo de la historiografía de las artes visuales venezolanas, de la que fue pionero, y en el mundo de la fotografía, arte en el que fue un virtuoso. Boulton había nacido en 1908, de modo que fue un contemporáneo de Uslar, y su amigo desde la adolescencia. Esta muerte lo sacudió particularmente, entre otras razones porque la amistad entre ambos se había mantenido sin fisuras durante casi ochenta años, y porque se frecuentaban semanalmente, con naturalidad y alegría.

El año 1996 fue de celebraciones y muertes. El Congreso Nacional reunió a ambas Cámaras en sesión solemne e invitó a Juan Liscano a

ser el orador de orden en el homenaje. También, en esos mismos días cercanos al 16 de mayo, el entonces Presidente de la República, Rafael Caldera, le ofrece un almuerzo en Miraflores. Al responder el discurso de Liscano, afectuoso y profundo, Uslar hizo gala de un humor que a medida que se acercaba a la muerte fue emergiendo. Comenzó su disertación señalando: “Vengo hoy aquí, ante el Congreso de la República, con motivo de haber alcanzado la hazaña fisiológica de los noventa años”.

Por su parte, el profesor de la Universidad Simón Bolívar, Francisco Barbadillo, publica *Los artículos de Pizarrón -aproximación al pensamiento de Arturo Uslar Pietri-*, con el sello editorial de la Presidencia de la República. Se registran artículos entre 1948 y 1994. El también profesor Gustavo Luis Carrera recibe en sus manos, este mismo año de 1996, la edición que había preparado para el Fondo de Cultura Económica de México. *La invención de América mestiza* se titula, y está organizada con base en criterios geográficos, en cuanto a los intereses de la obra de Uslar: la universalidad, la hispanidad, la americanidad y la venezolanidad. La obra cumple con su propósito: introduce al lector en un universo intelectual amplísimo, del que Carrera ha extraído lo más significativo, para entregarlo como puerta abierta hacia los lectores.

El año concluye con la muerte de Isabel Braun Kerdel de Uslar el 19 de diciembre. Había nacido en 1913, de modo que contaba ochenta y tres años al momento de fallecer. La soledad fue rodeando al escritor, llevándose a sus seres queridos antes que a él. Su salud, salvo la vista y cierta debilidad en las rodillas, era perfecta.

Mientras llega la muerte, Philippe Dessommes Flórez traduce al francés una selección de su cuentos, *Les vainqueurs*, luego *Insurgés et visionnaires d'Amérique Latine* y *El camino de El Dorado*, todas para la editorial *Criterion*, entre 1994 y 1997. Por otra parte, en este último año Astrid Avendaño publica su exhaustivo estudio político sobre Uslar, *Entre la razón y la acción*, mientras Jorge Marbán hace énfasis en la obra literaria en *La vigilia del vigía, vida y obra de Arturo Uslar Pietri*.

Durante los últimos meses del año 1997, Uslar venía tomando la decisión de suspender su columna de opinión en *El Nacional*. Finalmen-

te escribió el último “Pizarrón” el 4 de enero de 1998. “Una larga jornada” se tituló aquel artículo memorable, que sorprendió y sacudió a su fieles lectores. En páginas anteriores hicimos la relación de los lapsos de esta columna, de modo que no los repetiré ahora. Simplemente, leamos las últimas líneas de esta breve pieza, imantada por la humildad y la sabiduría:

Por muy largos años he mantenido esta columna, con un claro sentido de propuesta y de obligación, hasta llegar a formar parte importante de mi existencia. La interrumpo hoy porque he entrado, inevitablemente, en esa dura etapa de la vida, que es el repliegue.

Todo ello constituye un cambio muy importante para mí, que espero que algún no tan remoto ni ocasional lector comparta sinceramente.

En esos mismos días el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos le otorga a una sala de exposiciones su nombre, mientras la Biblioteca Ayacucho publica un nuevo tomo de sus ensayos hispanoamericanistas intitulado *Nuevo mundo, mundo nuevo*. Este año de 1999 muere su único hermano, Juan Uslar Pietri, aquel niño que había nacido casi veinte años después de él, y que se había desarrollado como diplomático e historiador, tarea esta última en la que contribuyó con aportes verdaderamente valiosos. También en diciembre de este año sufre una pérdida física que comportaba otra de orden espiritual. Su casa de Caraballeda, en la avenida costanera, frente al mar, fue severamente afectada por la tragedia de Vargas. El agua y el lodo inundaron toda la casa, y hasta un automóvil quedó incrustado en el salón comedor. Muy poco, casi nada de lo que había allí se pudo recuperar. La casa quedó en ruinas, y con ella décadas de recuerdos para Uslar. Casi todos los fines de semana, durante muchos años, solía irse a la casa de la playa con su esposa a leer, a descansar frente al mar, a recibir la visita de sus hijos y amigos. Fue su espacio de descanso, a orillas del Caribe, absolutamente íntimo, pero también fue su lugar de trabajo: cuántas obras no surgen del ocio creador, del *dolce far niente* indispensable para el surgimiento del relato o el poema, o la trama de un ensayo.

En agosto del año 2000 quien escribe regresó a Venezuela, y traía en mente la idea de entrevistar dilatadamente al escritor. Así se lo hice

saber y el doctor Uslar accedió inmediatamente, de modo que comenzamos a grabar en septiembre y concluimos en noviembre. Trabajé todo diciembre en la edición del libro y se lo entregué en enero. Oly Guerrero, su secretaria de tantos años, leyó el manuscrito para Uslar en presencia de su hijo Federico y le satisfizo el trabajo. Me devolvieron el manuscrito para su publicación a mediados de enero. *Arturo Uslar Pietri: ajuste de cuentas* salió en abril de 2001, dos meses después de su muerte.

Durante tres meses asistí dos y tres veces por semana a su casa a entrevistarle, en las tardes, ya que las mañanas seguían siendo para dictar la correspondencia, y leer la prensa nacional con aquella gran lupa con la que se asistía en los últimos años, y la prensa internacional que siempre recibió y leyó con interés, fascinado por los tópicos más diversos. Había ido por primera vez a su residencia en 1986, con motivo de una entrevista que sostuvimos a propósito de sus ochenta años. En la casa ahora, como antes, se respiraba un clima de paz y armonía que sólo puede emanar de un hombre con una personalidad signada por el equilibrio. Antes, la presencia silenciosa de la señora Uslar, le añadía algo todavía más de peso al equilibrio reinante, ahora su ausencia se notaba, por más que su presencia de antes fuese tan expresamente leve. Lo que sí se respiraba ahora en el ambiente que el escritor imantaba con sus palabras, era un dejo de tristeza, a ratos depresión, a ratos una visión sin esperanzas del país en que vivíamos. No se había perdido el equilibrio en cuanto a la expresión de sus emociones, ya que no siendo un hombre de odios ni complejos estos no podían emerger, pero sí pesaba en cambio la depresión final, que sólo mitigaba la presencia de su hijo Federico y la visita de los que nos acercábamos con alguna frecuencia. Por otra parte, la tristeza no lo había alejado de un rasgo de su personalidad, indiscutible: la claridad de su pensamiento, y la diafanidad de sus sentimientos. Con Uslar todo quedaba claro, clarísimo, iluminado por una luz que, para muchos, podía ser ruda, y para otros, precisa. Nunca premeditadamente hiriente. Uslar no hería porque en su psique no encontraron morada permanente el resentimiento ni la envidia. Era imposible que estas bajas pasiones prosperaran en un hombre con su hoja de vida, entregado al trabajo, con fracasos tan significativos como sus logros.

A Uslar le había sido diagnosticado un cáncer en la próstata, que inmediatamente hizo metástasis y para el que a su edad, obviamente, no había nada qué hacer desde el punto de vista médico. Tenía los días contados. Las últimas semanas permaneció en “el alto de la casa”, pues ya las piernas no le daban para bajar y subir las escaleras. Una tarde de comienzos de febrero me pidió Juan Liscano que lo llevara a visitarlo. Se alegró muchísimo de ver a su amigo de tantos años. Aquella conversación no fue fácil: Liscano estaba afectado de salud y había perdido el ímpetu de la voz, mientras Uslar padecía grandes dificultades para escuchar. En medio de los intentos por comunicarse yo hacía el incómodo papel de amplificador, o de traductor, de lo inaudible. Tres semanas después de aquel diálogo los dos habían muerto.

El lunes de carnaval, 26 de febrero de 2001, Uslar sufrió una baja de tensión arterial. El médico fue a su casa a examinarlo y prescribió unas medicinas. Le comentó a su hijo que su padre se encontraba muy afectado, por ello Federico tomó la decisión de ir a su apartamento a buscar ropa para mudarse a la casa de La Florida. Estaba en camino cuando su padre falleció, sin entrar en coma, sin perder la conciencia. Llamó a Lola Morillo, la señora de la limpieza de su casa que tantísimo le quería, para que lo ayudara acomodándole la almohada, entonces le dijo que se sentía cansado, muy cansado, muy cansado. El reloj marcaba las ocho de la noche.

Con su muerte se ausentaba una de las mentes mejor dotadas para la advertencia de los elementos esenciales de un asunto, y la consecuente formulación del nudo que él encerraba. Se iba un hombre dueño de la palabra escrita en dimensiones excepcionales, así como extraordinaria fue su capacidad para expresarse oralmente. Se iba un maestro de la facultad de resumir, de decir mucho con pocos vocablos, quizás por ello su obra cuentística sea de magnitudes magistrales. Esa misma facultad para comprender y reducir los problemas a su nuez más descarnada lo acompañó en su aventura ensayística, bien sea en aquellos de largo aliento o en esas piezas breves, con frecuencia perfectas, que fueron sus artículos de prensa. Se ausentaba la más recia voluntad por construir un *corpus* ficcional alrededor de la llamada novela histórica, denominación esta última con la que él mismo no estaba de acuerdo. Se despedía un hombre longevo, cuya personali-

dad pública y privada estuvo signada por un equilibrio al que propendía naturalmente su manera de ser. Se iba un hombre sereno, en quien las bajas pasiones no hallaron vivienda, mientras sí lo hicieron la voluntad de trabajo, el fervor por comprender y la gloriosa curiosidad que le hizo menos ajena la vastedad del universo.

- Anderson Imbert, Enrique. **El realismo mágico y otros ensayos**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1992.
- Angarita Arvelo, Rafael **El libro de las separaciones y de las revelaciones**. El Universal, Caracas 16 septiembre, 1928.
- Araujo, Orlando. **Narrativa venezolana contemporánea**. Editorial Tiempo Nuevo, Caracas, 1972.
- Arráiz Lucca, Rafael. **Grabados**. Academia Nacional de la Historia, Colección El Libro menor, Caracas, 1989.
_____. **Arturo Usler Pietri. Ajuste de cuentas**. Los Libros de El Nacional, Caracas, 2001.
- Aveledo, Ramón Guillermo. "Ciudadano invisible: Arturo Usler Pietri en la construcción de la democracia venezolana". En: **Todo Usler**. Editorial Panapo, Caracas, 2001.
- Avendaño, Astrid. **Arturo Usler Pietri: entre la razón y la acción**. Oscar Todtmann Editores, Caracas, 1996.
- Barbadillo, Francisco. **Los artículos de Pizarrón**. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1996.
- Betancourt, Rómulo y Otero Silva, Miguel. **En las huellas de la pezuña**. Edición de autores, Santo Domingo, 1929.
- Boulton de Bottome, Margot. **Una mujer de dos siglos**. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1992.
- Caballero, Manuel. **Dramatis personae- doce ensayos biográficos**. Alfadil Ediciones, Caracas, 2004.
- Cadenas, Rafael Augusto. **Usler Niño**. Revista Bohemia, edición n° 1192, 12 de mayo, 1986.

- Catalá, José Agustín. **23 de enero de 1958: reconquista de la libertad.** Ediciones Centauro, Caracas, 1982.
_____. **Golpes militares en Venezuela 1945-1992.** Ediciones Centauro, Caracas, 1998.
- Eskenazi, Margarita. **Uslar Pietri: muchos hombres en un solo hombre.** Editorial Caralex, Caracas, 1988.
- Fajardo, Luis Carlos (pseudónimo de Carlos Eduardo Frías). **Luis Carlos Fajardo y sus personajes.** Ediciones de Ars, Caracas, 1981.
- Harwich Vallenilla, Nikíta. **Venezuela en Oxford: 25 años de la Cátedra y otros Andrés Bello en el St Antony's College de la Universidad de Oxford.** Banco Central de Venezuela, Caracas, 1999.
- Liscano, Juan. **Homenaje parlamentario al escritor Arturo Uslar Pietri.** Discursos del escritor Juan Liscano y del Homenajeado. Congreso de la República, Caracas, 1996.
- Marbán, Jorge. **La vigilia del vigia.** Foncied, Caracas, 1997.
- Márquez Rodríguez, Alexis. **Arturo Uslar Pietri y la nueva novela histórica Hispanoamericana.** Contraloría General de la República, Colección Medio Siglo, Caracas, 1986.
- Miliani, Domingo. **Uslar Pietri: renovador del cuento venezolano.** Monte Ávila Editores, Caracas, 1969.
- Peña, Alfredo. **Conversaciones con Uslar Pietri.** Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1978.
- Picón, Delia. **Mariano Picón Salas y sus amigos.** Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2004.
- Polanco Alcántara, Tomás. **Arturo Uslar Pietri: biografía literaria.** Ediciones G, Barcelona (España) 2002.

- Sambrano Urdaneta, Oscar. **Letras Venezolanas**. Biblioteca Trujillana de Cultura, Trujillo, 1959.
- Santaella, Juan Carlos. **Manifiestos literarios venezolanos**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1992.
- Silva, Ludovico. **Ensayos temporales –poesía y teoría social–**. Academia Nacional de la Historia, El Libro menor, Caracas, 1983.
- Soler Serrano, Joaquín. **Venezolanos a fondo**. Editorial Planeta, Caracas, 1990.
- Sotillo, Pedro. **Comentarios bibliográficos: Barrabás y otros relatos**. *El Universal*, Caracas, 14 septiembre, 1928.
- Subero, Efraín. **Bibliografía**. UCAB, Caracas, 1973.
- Uslar Braun, Arturo. **Hasta cien hombres**. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1991.
- Uslar Pietri, Arturo. **Todo es subjetividad**. Tipografía Vargas, Caracas, 1924.
- _____. **El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen (Tesis de grado para optar al título de doctor en Ciencias Políticas)**. Tipografía Vargas, Caracas, 1929.
- _____. **Cartas a Josefina Vallenilla Lanz**, entre septiembre de 1929 y diciembre de 1930.
- _____. **Carta a Rafael Rivero Oramas**, junio 1930.
- _____. **Carta a Alfredo Boulton**, 4 de junio de 1931.
- _____. **Die roten lanzen**. Verlag der Bücher Kreis, Berlín, 1932.
- _____. **Les lances rouges**. Librairie Gallimard, Paris, 1933.
- _____. **Sumario de Economía Venezolana para alivio de estudiantes**. Centro de Estudiantes de Derecho, UCV, Caracas, 1945.
- _____. **Obras selectas**. Editorial Edime, Madrid, 1953.
- _____. **Pizarrón**. Ediciones Edime, Caracas-Madrid, 1955.
- _____. **Materiales para la construcción de Venezuela**. Ediciones Orinoco, Caracas, 1959.

- _____. **La ciudad de nadie**. Editorial Losada, Buenos Aires, 1960.
- _____. "Política para inocentes" *Revista Nacional de Cultura*, nº 151-152, marzo 1962.
- _____. **La palabra compartida**. Pensamiento vivo Editores, Caracas, 1964.
- _____. **En busca del nuevo mundo**. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.
- _____. **Vista desde un punto**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1971.
- _____. **Valores humanos**. Editorial Edime, Caracas-Madrid, 1972.
- _____. **Moscas, árboles y hombres**. Editorial Planeta, Barcelona, 1973.
- _____. **Fantasmas de dos mundos**. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1979.
- _____. **Fechas, fichas y fachas**. Editorial del Ateneo de Caracas, Caracas, 1982.
- _____. **Bello, el venezolano**. Ediciones de La Casa de Bello, Caracas, 1986.
- _____. **33 cuentos**. Ediciones de Petróleos de Venezuela, Caracas, 1986.
- _____. **El hombre que voy siendo**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1986.
- _____. **Giotto y compañía**. Fundación Mendoza, Caracas, 1987.
- _____. **Cuarenta cuentos**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1990.
- _____. **El globo de colores**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1991.
- _____. **Golpe y Estado en Venezuela**. Editorial Norma, Caracas, 1992.
- _____. **Del cerro de la plata a los caminos extraviados**. Editorial Norma, Bogotá, 1994.
- _____. **La invención de América mestiza**. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- _____. **Las nubes**. Monte Ávila Editores, Caracas, 1997.
- _____. **Oraciones para despertar**. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1998.
- _____. **Las lanzas coloradas, primera narrativa**. Colección Archivos nº 56, París, 2002. Edición crítica de Francois Delprat.
- _____. **Oficio de difuntos**. Biblioteca Uslar Pietri, Los Libros de El Nacional, Caracas, 2004.

- Varios Autores. **Diccionario de Historia de Venezuela**. Fundación Polar, Caracas, 1997.

- Varios Autores. **Entrevista con Uslar Pietri en el CENDES**. Caracas, 1964, aún inédita.
 - Varios Autores. **Conversación con Arturo Uslar Pietri**. Cedice, nº 61, Caracas, 1997.
 - Varios Autores. **El valor humano de Arturo Uslar Pietri**. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1984.
 - Varios Autores. **El pensamiento político venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio**, Tomo 15.
 ———. **Gobierno y época de la Junta Revolucionaria. El pensamiento político venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio**, Tomo 68.
- Varios Autores. **Discursos Académicos, Tomo IV**. Academia Venezolana de la Lengua, Caracas, 1983.
- Velásquez, Ramón J. **Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo**. En: **Venezuela moderna**, Fundación Mendoza, Caracas, 1976.

Los primeros años (1906-1916)	9
Los valles de Aragua: adolescencia y juventud (1916-1923)	13
El quinquenio universitario (1924-1929)	17
París era una fiesta (1929-1934)	23
Vuelta a la patria (1934-1939)	35
Los hilos del poder (1939-1945)	43
El exilio en Nueva York (1945-1950)	57
Segunda vuelta a la patria (1950-1958)	67
El llamado de la democracia (1958-1963)	77
La candidatura presidencial y la fundación de un partido político (1963-1968)	85
La dirección de El Nacional (1969-1974)	91
Embajador ante la UNESCO (1975-1979)	97
En La Florida, de nuevo (1979-1985)	103
Ochenta años y el homenaje nacional (1986-1989)	109

Dos premios internacionales, el episodio de los “Notables”, y la publicación de sus dos últimos libros (1990-1994)	115
Recogiendo las velas (1995-2001)	121
Biblio-hemerografía	127

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay Angulo
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero
26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

Próximos

Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de marzo de 2006, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Arturo Uslar Pietri

Rafael Arráiz Lucca

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Como un pintor avezado, Rafael Arráiz Lucca dibuja el retrato de Arturo Uslar Pietri con los trazos seguros de quien conoció al personaje, conversó con él sin los apremios del reloj, e indagó sobre sus peripecias en la vida y en la política. Una vida tan rica como prolongada, la aventura de un hombre que trajinó su siglo siempre en los primeros planos de la escena y, quien desde muy joven, a la edad de 24 años, escribió una de nuestras novelas de mayor fortuna: *Las lanzas coloradas*.

Unas veces muy cerca del poder, otras muy lejos, en la historia personal de Arturo Uslar Pietri puede leerse la historia de Venezuela, sus avatares y contradicciones. Alternó, según los vientos y las tempestades, la política con la literatura. En su novela *Oficio de Difuntos* dejó el testimonio de la época del general Gómez. Entre los personajes que lo sedujeron estaban el tirano Aguirre y Samuel Robinson. El petróleo fue una de sus obsesiones.

AUP fue un personaje clave en la transición hacia la democracia. A los 33 años fue Ministro de Educación del presidente López Contreras, y con Medina Angarita figuró entre los factores más influyentes, al punto de considerársele como la *eminencia gris* del régimen. El 18 de Octubre de 1945, a la edad de 39 años, y luego de tan considerable influencia, comenzó para Uslar un periodo de adversidades. Desterrado, se radicó en Nueva York, fue profesor de Columbia University. Volvió al ejercicio de las letras, y en Manhattan, escribió su bello libro *La ciudad de nadie*. Desde los 50 hasta su muerte, hombre mediático, les habló constantemente a los "amigos invisibles", dirigió *El Nacional* (donde lo acompañé para mi bien) y, sin fortuna, intentó volver a la política. Así está escrito en este diestro retrato de Rafael Arráiz Lucca.

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL



BANCO DEL CARIBE